



EN EL CAMINO
HACIA
LA
CONDICIÓN DE
SUPERHOMBRES

por Satprem

El hombre es un ser de transición;
no es final.

El paso del hombre hacia el superhombre
es el siguiente logro aproximándose
en la evolución de la Tierra.

Es inevitable porque es directamente
la intención del Espíritu interno
y el lógico proceso de la Naturaleza.

Sri Aurobindo

A los pies de la Verdad
O podremos hallar
cuando todo el resto ha fracasado
escondida en nosotros mismos
la clave del perfecto cambio [1]

Sri Aurobindo

Contenidos

Introducción	4
1. El Fortín Mental	7
2. El Gran Proceso	12
3. El Sendero Iluminado por el Sol	17
4. La Bifurcación en el Camino	22
5. La Nueva Conciencia	24
6. El rompimiento de los Límites	28
7. El Fuego del Nuevo Mundo	36
8. El Cambio de Visión	43
9. El Ser más Grande	50

10. Armonía	56
11. El Cambio de Poder	65
12. La Sociología del Superhombre	74
13. ¿Y luego?	83
14. La Victoria sobre la Muerte	87
15. El Ser Transformado	94
16. La Estación de la Verdad	102
Referencias & Notas	106

Introducción

Los secretos son simples.

Porque la Verdad es simple. Es la cosa más simple en el mundo -- es por eso que no la vemos. No hay sino una Cosa en el mundo, no dos, como los físicos y matemáticos modernos han comenzado a darse cuenta, y como un niño bien sabe cuando sonrío ante las olas en una playa soleada donde la misma espuma parece haber estado llegando a raudales desde el comienzo del tiempo, rememorando un grandioso ritmo que brota desde una memoria ancestral y entrelaza días y pesares en una única historia, tan vieja se siente como una presencia inmutable, tan incluyente en su inmensidad abarca incluso al planear de una gaviota. Y todo está contenido en un segundo, la suma de todas las eras y de todas las almas, todo dentro de un simple pequeño punto resplandeciente sobre la bravía espuma. Pero hemos perdido ese punto, y esa sonrisa, y el segundo cantado. De tal modo, hemos intentado restablecer esa Unidad mediante la suma: $1 + 1 + 1 \dots$ como nuestras computadoras, como si sumar todo el conocimiento posible de toda dirección concebible redituara finalmente la nota correcta, la única nota que da lugar a la canción y que mueve los mundos y el corazón de un niño olvidado. Hemos intentado elaborar esa Simplicidad para todos los recursos, pero cuanto más multiplicábamos nuestros astutos botones, para simplificar la vida, tanto más lejos volaba nuestra ave, y la sonrisa --incluso la chisporroteante espuma está contaminada por nuestras ecuaciones. Ni siquiera estamos completamente seguros si nuestro cuerpo es aún nuestro -- la hermosa Máquina ha devorado todo.

Sin embargo, esa única Cosa igualmente es el único Poder porque lo que brilla en un punto también brilla en todos los demás puntos. Una vez que se comprendió esto, todo lo demás es comprendido; no existe sino un único Poder en el mundo, no dos. Hasta un niño sabe que: él es rey, él es invulnerable. Pero el niño se hace mayor; se olvida. Y los hombres adultos, y las naciones y civilizaciones, cada uno buscando a su manera el Gran Secreto, el secreto simple -- a través de la guerra y de la conquista, a través de la meditación o de la magia, a través de la belleza, la religión o la ciencia. Sin embargo, en realidad, no sabemos quién es el más evolucionado: el constructor de la Acrópolis, el mago tebano, el astronauta del Cabo Kennedy, o el monje cisterciense, pues uno ha rechazado la vida con el propósito de comprenderla, uno la ha abarcado sin comprenderla, otro ha dejado un rastro de belleza, y otro más, una huella en un cielo inmutable -- nosotros somos meramente los últimos en la lista, eso es todo. Y todavía no hemos hallado nuestro sortilegio. El punto, el pequeño punto potente, aún está allí en la playa abierta del mundo; brilla para quienquiera que lo tome, tal como brilló antes de que fuéramos humanos bajo las estrellas.

Otros, sin embargo, han palpado el Secreto. Tal vez los griegos lo supieron, y los egipcios, y ciertamente los Rishis hindúes de los tiempos Védicos. Pero los secretos son como flores en un hermoso árbol; tienen su estación, su desarrollo no visto y repentino florecimiento. Hay un "momento" para todo, para la conjunción de las estrellas sobre nuestras cabezas y el paso del cormorán sobre la roca salpicada de espuma, y tal vez hasta para la espuma misma, lanzada por un instante desde la cresta de la ola; todo se mueve de acuerdo a un único rito. Y así lo hacen los hombres. Un secreto, es decir, un conocimiento y poder, tiene su propio tiempo orgánico; una pequeña célula más evolucionada que las demás no puede encarnar el poder de su conocimiento, es decir, cambiar el mundo, acelerar el florecimiento del gran árbol, a menos que el resto del terreno evolutivo esté listo.

Pero el momento ha llegado.

Ha llegado, está prorrumpiendo en toda la Tierra, incluso si la flor no vista todavía se ve como un supurante forúnculo: estudiantes decapitan la estatua de Gandhi en Calcuta, los antiguos dioses se desmoronan, las mentes alimentadas de intelecto y filosofía claman por destrucción e invitan a los bárbaros extranjeros para ayudarles a romper su propia prisión, tal como lo hicieron los antiguos romanos; otros demandan paraísos químicos -- ¡cualquier forma es mejor que esta! Y la Tierra se queda sin aliento y gime a través de todas sus grietas, sus incontables grietas, a través de todas las células de su gran cuerpo en transformación. La así llamada maldad de nuestra época es un nuevo nacimiento disfrazado, el cual no sabemos cómo manejar. Estamos ante una nueva crisis evolutiva tan radical como debe haber sido la primera aberración humana entre los grandes simios.

Pero dado que el cuerpo terrestre es uno, el remedio es uno, como la Verdad, y un único punto transmutado transmutará a todos los demás. Ese punto, sin embargo, no ha de ser encontrado en la reforma de nuestras leyes, nuestros sistemas o ciencias, nuestras religiones, escuelas de pensamiento o doctrinas de múltiples matices -- todos ellos son parte de la vieja Maquinaria; ni una sola tuerca necesita ser ajustada, agregada o mejorada en algún lugar: estamos asfixiándonos en sumo grado. Más aún, ese punto no tiene nada que ver con nuestra inteligencia -- eso es lo que ha inventado toda la Máquina en primer lugar -- o incluso con perfeccionar al Hombre, lo cual

resultaría únicamente en glorificar su debilidad y pasada grandeza. “La imperfección del Hombre no es la última palabra de la Naturaleza”, dijo Sri Aurobindo, “pero también su perfección no es el último pico del Espíritu.” Por supuesto, este punto se encuentra en un futuro más allá del alcance de nuestra inteligencia, pero está creciendo en las profundidades del ser como las flores del árbol de la llama cuando todas sus hojas se han caído.

Pero hay un indicador hacia el futuro, siempre que vayamos al corazón de la cosa. Pero, ¿dónde está ese corazón si no está en nuestros estándares humanos? Un día, los primeros reptiles fuera del agua, pretendieron volar, los primeros primates fuera de la selva lanzaron una extraña mirada nueva sobre el mundo: el mismo afán irresistible estaba haciéndolos contemplar otro estado. Y tal vez todo el poder transformador ya estaba contenido en esa simple mirada HACIA algo más, como si esa mirada, ese afán, ese punto de lo desconocido clamando, tenía el poder de destrabar las compuertas hacia el futuro.

Y afirmamos que existe un futuro mucho más maravilloso que todos los paraísos electrónicos de la mente: el hombre no es el fin, no más de lo que lo fue el arquíptero, al nivel de los reptiles --¿cómo algo podría ser posiblemente la culminación de la gran ola evolutiva? Lo vemos claramente en nosotros mismos: Parecemos inventar cada vez más maravillosas máquinas, expandir incesantemente los límites de lo humano, incluso avanzar hacia Júpiter y Venus. Pero eso es solamente una apariencia, crecientemente engañosa y agobiante, y no expandimos nada: meramente enviamos hacia la otra extremidad del cosmos un lamentable pequeño ser que ni siquiera sabe cómo cuidar de su propia especie, o si cavernas albergan a un dragón o a un bebé lloriqueando. No avanzamos; estamos inflando excesivamente un enorme globo mental, el cual explotará en nuestra cara. No hemos mejorado al hombre; simplemente lo hemos colosalizado. Y no podría haber sido de otra manera. La falla no reside en alguna deficiencia de nuestras virtudes o capacidades intelectuales, pues impelidas hacia su extremo éstas sólo podrían generar supersantos o supermáquinas -- monstruos. Un reptil santo en su agujero no haría más un apogeo evolutivo de lo que lo haría un monje santo. O bien, olvidemos todo. La verdad es, el apogeo de un hombre -- o el apogeo de cualquier cosa en absoluto -- no reside en perfeccionar hacia un grado más elevado a la especie bajo consideración; reside en un “algo más” que no es de la misma especie y a la que aspira a convertirse. Tal es la ley evolutiva. El hombre no es el final; el hombre es un “ser de transición”, dijo Sri Aurobindo hace mucho. Él se está dirigiendo hacia la condición superhombre tan inevitablemente como la más diminuta ramita de la rama más alta del árbol de mango está contenida en su semilla. Por lo tanto, nuestra única ocupación verdadera, nuestro único problema, la única pregunta de siempre a ser resuelta de era en era, la que ahora está despedazando nuestra gran nave terrenal del dolorido miembro, es cómo realizar esta transición.

Nietzsche también lo dijo. Pero su superhombre fue solamente una colosalización del hombre; vimos lo que él hizo cuando anduvo pesadamente por Europa. Ese no fue un progreso evolutivo, únicamente un regreso hacia el antiguo barbarismo del rubio o moreno bruto del egoísmo humano. No necesitamos un super-hombre, sino algo más, lo cual ya está murmurando en el corazón del hombre y es tan distinto del hombre como lo son las cantatas de Bach de los primeros gruñidos del homínido. Y, ciertamente, las cantatas de Bach suenan pobres cuando nuestro oído interior comienza a abrirse a las armonías del futuro.

En esta apertura, nos gustaría investigar este nuevo desarrollo a la luz de lo que hemos aprendido de Sri Aurobindo y de Ella quien continuó la tarea de Él, el modus operandi de la transición, para que así podamos nosotros mismos asir la manija y trabajar metódicamente en nuestra propia evolución -- realizar la evolución experimental -- la manera en que otros intentan realizar embriones de tubos de ensayo, a pesar de que puedan únicamente oír el eco de sus propios monstruos.

El secreto de la vida no está en la vida, ni tampoco aquel del hombre en el hombre, no más que el "secreto del loto está en el lodo del cual crece," dijo Sri Aurobindo; y sin embargo el lodo y el rayo de sol se combinan para crear un grado superior de armonía. Es este lugar de convergencia, este punto de transmutación, que debemos encontrar. Entonces, tal vez, redescubramos lo que un niño quieto en una playa contemplaba en una salpicadura de espuma bravía, y la suprema música que hace girar a los mundos, y la única Maravilla que estaba esperando su hora.

Y lo que parecía ser humanamente imposible se convertirá en un juego de niños.

El Fortín Mental

Nuestras dificultades siempre derivan de la creencia de que sólo nosotros las remediamos. Mientras que nuestro poder intelectual (o incompetencia) no desempeñe un papel y nuestras mayores o menores capacidades no estén activamente involucradas, sentimos que nuestro propósito está condenado a fracasar. Tal es la creencia profundamente asentada del hombre mental. Conocemos sus resultados demasiado bien. Pero incluso si fueran perfectos dentro de su propio ámbito, todavía encubrirían un defecto supremo, que es aportar únicamente lo que está contenido en nuestra propia inteligencia o músculos -- excepto cuando la vida o un evento fortuito frustra nuestros planes. En otras palabras, nuestra existencia mental es un sistema cerrado. Nada ingresa en él sino lo que nosotros mismos ingresamos. Esto es el principio básico del Gran Fortín. Su segunda característica inevitable es el rigor mecánico de su proceso: todo fluye en un circuito cerrado de acuerdo con el pensamiento, el plan o el músculo que pongamos en movimiento, dado que nada puede ingresar al proceso excepto lo que hemos elucubrado. Y todo es mensurable hasta la menor dina, centidina y milidina que hemos gastado: obtenemos exactamente lo que hemos regateado -- pero eso ya fue anticipado en el cociente intelectual puesto en juego. Es decir, el sistema está perfecta y herméticamente sellado hasta la última grieta. No hay un sola rajadura, excepto, una vez más, cuando ocurre que la vida altera más o menos oportunamente nuestras impecables medidas. La tercera característica inevitable que se deriva de las otras dos es su impecable minuciosidad: nada escapa de su atención, y lo que lo hace, pronto será elaborado, puesto en ecuación y "programado" para ser realimentado en la máquina y además para inflar el gran globo que está agrandándose. Todo es, por supuesto, perfectamente objetivo, dado que

todos llevamos los mismos lentes; hasta nuestros instrumentos se comportan escrupulosamente de acuerdo a los resultados que queremos que ellos evidencien. En resumen, el sistema opera rigurosa y perfectamente de acuerdo con la especificación. Al igual que el hechicero de antaño, hemos trazado un círculo mental en el suelo, ingresando en él, y acá estamos.

Pero eso solamente puede demostrar ser una estupenda ilusión.

De hecho, la ilusión está siendo destruida a pesar de nosotros mismos. Lo que consideramos ser un espantoso desarreglo es un gran arreglo de nuevas energías que vienen a bombear aire fresco en nuestros pulmones de mentalizados terrícolas. "Nuevas energías" . . existe una frase con un anillo místico en él que indudablemente provocaría oscuros ceños de los materialistas. Pero admitámoslo (antes de que las circunstancias nos fueren a hacer así con nuestra nariz hacia el piso), los materialistas de hoy en día son tan obsoletos como los religionarios; ellos se encuentran en un sistema cerrado, sofocante, previsible y obsoleto. Ambos son productos del círculo mental, el anverso y reverso de la misma moneda, la cual está comprobando falsificación. El verdadero punto no reside en dios versus no-dios, sino en algo más: el punto es salir del círculo y ver cómo uno respira del otro lado -- uno respira muy bien del otro lado, tan bien, de hecho, que es como respirar por primera vez en toda la vida.

De esta manera, no efectuaremos el pasaje con nuestra propia fuerza; si esa fuera la condición, nadie podría hacerlo, excepto los atletas espirituales. Pero aquellos atletas, repletos de meditaciones y concentraciones y ascetismo, tampoco pueden salir, aunque puedan parecer hacerlo. Ellos inflan su propio ego espiritual (una clase peor que la otra, mucho más falaz, porque está ataviada con un grano de verdad) y las iluminaciones de ellos son simplemente las descargas luminosas de su propia nube acumulada. La lógica de ello es simple: uno no sale del círculo por el poder del círculo, no más de lo que el loto se eleva por encima del lodo por el poder del lodo. Se necesita un poco de sol. Y porque los ascetas y santos y fundadores de religiones a lo largo de las eras sólo alcanzaron los enrarecidos dominios de la burbuja mental, crearon una iglesia u otra que se asemejaban asombrosamente al sistema cerrado del cual ellos se originaron, a saber, un dogma, un número de normas, las Tablas de la Ley, un único profeta nacido en el bendito año 000, alrededor de quien giraba la hermosa historia, fijada para siempre en el año 000, como los electrones alrededor del núcleo, las estrellas alrededor del Gran Oso, y el hombre alrededor de su ombligo. O, si salían, era solamente en espíritu, dejando la Tierra y los cuerpos a su habitual descomposición. Garantido, cada nuevo centro era más sabio, más luminoso, digno y virtuoso que el precedente, y le ayudó a los hombres, pero no cambió nada en el círculo mental, como hemos visto, por miles de años -- porque su luz era sólo el otro lado de uno y la misma sombra, lo blanco de lo negro, el bien del mal, la virtud de una espantosa desdicha que nos sujeta a todos en las profundidades de nuestras cavernas.

Esta implacable dualidad la cual invade toda la vida del hombre mental -- una vida que es únicamente la vida de la muerte -- obviamente es insoluble en el nivel de la Dualidad. Uno podría igualmente combatir la mano derecha con la izquierda. Sin embargo, exactamente eso es lo que la mente humana ha hecho, sin mucho éxito, en todos los niveles de su existencia, contrarrestando su cielo con infierno, materia con espíritu, individualismo con colectivismo, o cualquier otra doctrina que prolifera en este lamentable sistema. Pero uno no sale por el decreto de cualquier doctrina propugnada a su perfección: desprovista de su cielo, nuestra Tierra es una pobre máquina que gira;

desprovista de su materia, nuestro cielo es una pálida nebulosa con sus silenciosas medusas del espíritu desencarnado; desprovistas del individuo, nuestras sociedades son espantosos hormigueros; y desprovisto incluso de sus "pecados", el individuo pierde el foco de tensión que lo ayudó a crecer. El hecho es, ninguna idea, no importa cuán elevada pueda parecer, tiene el poder de deshacer el Artificio -- por la muy buena razón de que el Artificio tiene su valor y estación. Pero también tiene su estación, como una semilla que vuela girando sobre las praderas, hasta el día que encuentra su suelo propicio y se abre de golpe.

Por supuesto, no saldremos a través de una idea sino a través de un Hecho orgánico.

La naturaleza siempre nos ha demostrado que ella sabe perfectamente bien lo que está haciendo. Nosotros nos pensamos superiores a ella debido a que la mentalizamos, la encasillamos, y hemos aprovechado algunos de sus secretos, pero al hacerlo estamos todavía bajo su ley. Si ella realmente fue capaz de desarrollar los tentáculos tornasolados de la actinia a partir del pálido protoplasma, así podía atrapar mejor a su presa, y ofrecer a nuestra mirada este panorama multicolor de millones de diferentes especies terrestres, debemos creer que ella también tuvo buenas razones para diferenciar sus actinias humanas, cada uno atrapando la presa que podía en la policroma red de sus miles de pensamientos, sentimientos e impulsos. Si este círculo mental, esta misma hidra desfalleciente, se ha acercado a nuestras especies, ciertamente no es una trampa inútil, sobre la cual pudimos haber saltado de haber sido más listos. Por eso, ¿por qué hacerlo en primer lugar si sólo era para salir de él? Si el pastor vidente de los tiempos Upanishádicos pudo haber saltado directamente a la superhumanidad, entonces ¿cuál es el sentido evolutivo de todo este sudor y sangre? Nada es fútil en este mundo. Todavía tenemos que descubrir el dolor que no tiene su poder secreto de crecimiento.

Pero su uso no es como la mente imagina en la arrogancia de su conocimiento y descubrimientos, pues la mente siempre confunde el instrumento por el Maestro.

Pensamos que la herramienta mental era ambos, el fin y los medios, y que ese fin era un dominio creciente, siempre más triunfante y riguroso sobre el campo mental, el cual ha colonizado con ciudades maravillosas y suburbios menos maravillosos. Pero ese es sólo un fin secundario, un subproducto turbulento, y resulta que el mayor efecto de la Mente en el hombre no ha sido para hacerlo más inteligente (¿inteligente con respecto a qué? El ratón en su agujero tiene la inteligencia perfecta para su propia área), sino que para individualizarlo dentro de su propia especie y dotarlo del poder para cambiar - mientras que las otras especies eran invariables y fueron únicamente individualizadas como una especie general -- y finalmente hacerlo capaz de lanzar una mirada a lo que excede su propia condición. Con esta individualización y poder de variación comenzaron los "errores" del hombre, sus "pecados", su angustiantes dualidades; no obstante su capacidad para el error es también una capacidad secreta para el progreso, lo cual es porque nuestras morales basadas en correcto o incorrecto y todos nuestros perfectos cielos han fracasado y fracasarán para siempre -- si fuésemos perfectos e irreprochables, seríamos una especie estancada e infalible, como el crustáceo o la zarigüeya. En otras palabras, la Mente es un instrumento de evolución acelerada, un "evolucionador". En cincuenta años de desarrollo científico, el hombre ha progresado más que durante todos los milenios pre-científicos. Pero, ¿progreso en qué sentido? Sin duda, no en el sentido de la maestría falaz, ni en la calidad de vida o el grado de confort, sino en el sentido de la saturación mental de la especie. Uno no

puede dejar un círculo a menos que uno haya vaciado individual y colectivamente el círculo. Uno no puede dar un paso hacia el otro lado; o lo hacen todos (o son capaces de hacerlo) o nadie lo hace; la especie completa va junta, porque no hay sino un Cuerpo humano. En lugar de un puñado de iniciados desparramados en una masa humana semi-animal e ignorante, toda la especie está experimentando ahora su iniciación o, en términos evolutivos, su variación suprema. No hemos atravesado el círculo mental para enviar cohetes a la luna, sino con el propósito de ser individual, innumerable y voluntariamente capaces de efectuar el pasaje hacia el siguiente círculo más elevado. El romper el círculo es un grandioso Hecho orgánico de nuestros tiempos. Todas las dualidades y polos opuestos, los pecados de la virtud y las virtudes del pecado, todo este deslumbrante caos fueron los instrumentos de la Tarea, los “tensores”, podríamos decir, inclinándonos hacia el punto de rotura contra una pared de hierro -- la cual es una pared de ilusión. Pero la ilusión se cae solamente cuando uno decide verla.

Eso es donde estamos. La ilusión no está muerta; incluso se enfurece con violencia sin precedente, equipada con todas las armas que tan atentamente hemos afinado para ella. Pero estas son las últimas convulsiones para un coloso con pies de barro --el cual en realidad es un gnomo, un gnomo sobredimensionado, sobre equipado. Los antiguos sabios de la India lo sabían bien. Ellos dividieron a la evolución humana en cuatro círculos concéntricos: aquel de los hombres de sabiduría (Brahmins), quienes vivían al comienzo de la humanidad, en la “era de la verdad”; aquel de los nobles y guerreros (Kshatriya), cuando quedaba únicamente “tres cuartos de la verdad”; aquel de los mercaderes y de la clase media (Vaishya), quienes tenían solamente “mitad de la verdad”; y finalmente el nuestro, la era de los “hombres pequeños”, los Shudra, los sirvientes (de la máquina, del ego, del deseo), el gran proletariado de las libertades regimentadas --la “Era de la Oscuridad”, Kali Yuga, cuando no quedó ninguna verdad en absoluto. Pero porque este ciclo es el más extremo, debido a que todas las verdades han sido intentadas y agotadas, y explorados todos los caminos posibles, nos estamos acercando a la solución correcta, la verdadera solución, el surgimiento de una nueva era de la verdad, la “era supramental”. Sri Aurobindo habló de ella, como un ranúnculo rompiendo su última cubierta para liberar su dorada fruta. Si el paralelo se mantiene centrado entre el cuerpo colectivo y nuestro cuerpo humano, podríamos decir que el centro rigiendo la era de los sabios estaba localizado a nivel de la frente, mientras que aquel de la edad de los nobles estaba a nivel del corazón, aquel de la edad de los mercaderes, en el estómago, y el que está rigiendo nuestra edad está al nivel del sexo y de la materia. El descenso es completo. Pero ese descenso tiene un significado -- un significado para la materia. De habernos quedado para siempre en el nivel de la frente de las verdades divinas de la mente, esta Tierra y este cuerpo nunca se hubieran transformado, y probablemente hubiésemos terminado escapando hacia algún cielo espiritual o nirvana. Ahora, todo debe ser transformado, incluso el cuerpo y la materia, dado que estamos justo en él. Irónicamente, este es el mayor servicio que esta era oscura, materialista y científica pueda habernos prestado: compeler semejante zambullida del espíritu en la materia, de forma tal que ya tenga que perderse en ella o ser transformado con ella. La oscuridad absoluta no es sino la sombra de un Sol superior, el cual cava sus pozos con el propósito de instaurar una belleza más estable, cimentada en la base purificada de nuestro subconsciente terrenal y asentada erguida en la verdad hasta las células mismas de nuestro cuerpo.

*Oh raza nacida en la Tierra, Coaccionada por la fuerza, Conducida por el destino
Oh insignificantes aventureros en un mundo infinito
Y prisioneros de una humanidad de hombrecillos,
¿Cuánto tiempo andarán los caminos circundantes de la mente
Alrededor de vuestro pequeño ser y cosas insignificantes? . . .
Un Vidente, un fuerte Creador, está adentro,
La inmaculada Grandeza se cierne sobre vuestros días,
Poderes todopoderosos están encerrados en la célula de la Naturaleza. (2)*

Este cometido imposible (para nosotros) no es imposible para la Gran Albacea quien ha dirigido el juego evolutivo hasta este momento decisivo. Es Ella quien puede. Nosotros solamente tenemos que apoderarnos de Sus secretas vertientes, o mejor, dejarla que nos sujete y colabore en nuestra propia evolución al tener una íntima comprensión del Gran Proceso. Ninguno de los deportes ni de las virtudes espirituales del viejo sistema cerrado será de utilidad alguna. Lo que se necesita es una clase de salto radical, completamente conscientes y con los ojos bien abiertos, una entrega muy ingenua a los dioses del futuro, una férrea decisión para rastrear y ubicar a la Ilusión momentánea hasta el más pequeño escondrijo, una suprema apertura hacia la suprema Posibilidad -que nos elevará hasta Sus brazos y nos llevará hasta Su camino iluminado por el sol incluso antes de que estemos satisfechos de haber tomado un cuarto de paso hacia Ella. Pues ciertamente “hay momentos en que el Espíritu se mueve entre los hombres. . ., hay otros en los que se retira y los hombres son dejados a que actúen en la fortaleza o en la debilidad de su propio egoísmo. Los primeros son períodos en los cuales hasta un pequeño esfuerzo produce grandes resultados y cambian el destino.” (3)

Estamos justo en ese momento.

EL GRAN PROCESO

El secreto de un círculo está en el círculo siguiente mismo, como el secreto de la flecha está en el objetivo que persigue, y si pudiésemos desandar nuestros pasos hacia el Maestro Arquero, poseeríamos el secreto de los secretos, el punto central que determina este círculo y todos los círculos, la meta de todas las metas. Pero se dice que la búsqueda es larga, y debemos regresar un paso a la vez, desde el instrumento hacia la Mano que guía el instrumento, dado que nosotros mismos comenzamos siendo ese instrumento: una pequeña antena vital buscando a tientas a un ser de vida antes de descubrirse a sí misma como una polilla o un milpiés, o una pequeña antena mental oscilando inexplicablemente alrededor de un ágil ser antes de descubrirse a sí misma como un hombre entre hombres, y que otra, aún no definida antena que parece prescindir de sentidos y pensamientos para llevarnos adelante hacia otro ser, aún más grande. Hasta el día en que arribamos al gran Ser y estaremos realizados. Habremos encontrado al Maestro de todos los instrumentos y el significado pleno del trayecto.

Pero ¿cómo podríamos conocer posiblemente el secreto de lo que ahora parece un no-ser indefinido y perturbador, quizás incluso destructivo de lo que tan concretamente conocemos como ser, nosotros quienes estamos al final de este círculo mental, en esta era de sirvientes del ego y esparcimientos ambiguos de un pequeño ser pensante? . . . De hecho, el sendero se hace al caminarlo, como en un bosque. No hay sendero, no existe: tiene que ser hecho. Y una vez que hemos caminado unos cuantos pies, aparentemente en la oscuridad, nos daremos cuenta que nuestros pasos a tientas llevaron hacia un primer espacio libre, y que durante todo el tiempo habíamos sido guiados, incluso en nuestros más sombríos tropezones, por una Mano infalible que ya

había guiado a nuestro andar sin rumbo de milpiés. Pues, en realidad, la meta que perseguimos ya está adentro; es una Meta eterna. Es un Futuro que tiene millones de años y es tan joven como un niño recién nacido. Está abriendo sus ojos a todo, constantemente mirando en asombro. EncontrarLO es entrar en constante asombro, un nuevo nacimiento del mundo a cada instante.

Pero al menos tenemos postes indicadores para ayudarnos a dar estos primeros pasos, y si planteamos preguntas sobre el futuro del hombre (no plantear preguntas en el sentido de un hilado teorizante de su vanidosa red y sumando una idea a otra solamente para abultar la misma vieja historia, sino en el sentido de un marinero urdiendo su curso, porque hay un canal a ser cruzado aún cuando el mar se estrella contra los arrecifes), tal vez descubramos unas pocas pistas al estudiar el viejo círculo del animal, cuando aún estábamos sólo en el futuro del simio.

Un animal es sencillo. Está totalmente comprendido en sus garras, su presa, sus sentidos, en el viento del norte que levanta el imperceptible aroma de la lluvia y la imagen de un ciervo en el pasto alto. Y cuando no está en movimiento, está perfectamente quieto, sin un temblor de duda acerca del pasado o anticipación del futuro. Hace exactamente lo que se necesita, en el momento en que se necesita. Y en cuanto al resto, está en armonía con el ritmo universal. Pero cuando los primeros grandes simios comenzaron a surgir de sus bosques, algo ya había cambiado. Lanzaron una mirada menos directa al mundo: el pasado ya tenía un peso y el futuro sus preocupaciones –estaban ocupados en el primer acto de introspección, el cual conocemos bien, con su carga de dolor y error. Lo que parecía un ejercicio tan inútil y vano en términos de eficacia simiesca se ha convertido en la piedra angular de nuestro elevado edificio mental; todo, incluso Einstein, estaba contenido en ese simple y totalmente superfluo ejercicio. Y a la orilla de otro bosque, hecho de concreto y titanio, podemos estar parados delante de un misterio idéntico, aún más estupendo, y no menos superfluo, cuando nos detenemos por un segundo en medio del ajeteo de las cosas, esta vez no para reflexionar sino para echar una mirada silenciosa, como cegados, ante esta primera persona pensando y especulando y sufriendo y pugnando. De esta manera, levantamos una extraña antena nueva, bastante absurda y aparentemente señalando a nada, a pesar de ello posee el secreto del siguiente círculo, y luego se maravilla ante los espléndidos cohetes del siglo veintiuno que son como torpes juguetes de niños. Estamos ocupados en la introspección de la segunda clase; estamos golpeando a la puerta de lo desconocido del tercer círculo, sosteniendo el hilo del Gran Proceso.

Los secretos son sencillos, como hemos dicho. Desgraciadamente, la mente se ha apoderado de éste, como se apodera de todo, y ha presionado en el servicio de su ego mental, vital o espiritual. Ha descubierto ciertos poderes de meditación o concentración, energías más refinadas, planos mentales más elevados que eran como la fuente divina de nuestra existencia, luces que no eran de la luna ni de las estrellas, facultades más directas y casi superhumanas -- ha subido la escalera de la conciencia -- pero todo esto sólo sirvió para sublimar y enrarecer a una inusual elite humana; sublimarla tanto, en realidad, que no parecía haber ningún otra cuestión para esta subida que un último salto hacia fuera de las dualidades y hacia la inmutable paz y eternas verdades. Unas pocas almas fueron “salvadas”, posiblemente, mientras que la Tierra continuaba en su sombrío curso, cada vez más sombrío. Y lo que podría haber sido el secreto de la Tierra se convirtió en el del cielo. Se había cumplido el cisma más aterrador de todo el tiempo, las más desolada dualidad fue impresa en el corazón de la Tierra. Y los

mismos que deberían haber sido los supremos unificadores de la humanidad, se convirtieron en sus divisores, los Padres Fundadores del ateísmo, del materialismo y de todas las demás doctrinas que luchan por nuestro mundo. La Tierra, engañada, no tuvo otro recurso que creer exclusivamente en sí misma y en su propia fuerza.

Pero el daño no se detiene aquí. Nada es más pegajoso que la falsedad. Se pega a las suelas de nuestros zapatos incluso a pesar de que nos hemos alejado del sendero equivocado. Otros, por cierto, han visto la relevancia terrenal del Gran Proceso —los budistas Zen, los iniciados tántricos, los sufí y otros—y, más y más, mentes desconcertadas están volviéndose hacia él y hacia sí mismos: nunca han florecido tantas escuelas más o menos esotéricas. Pero el viejo error se está sujetando fuertemente (a decir verdad, no sabemos si “error” siempre es un término apropiado, ya que el así llamado error invariablemente resulta ser una ruta tortuosa de la misma Verdad dirigiendo hacia una visión más amplia de sí misma). Requirió tanto esfuerzo por parte de los Sabios de aquellos días, y de los menos sabios de estos días, tantas condiciones indispensables de paz, austeridad, silencio y pureza para alcanzar su meta más o menos iluminada, que nuestra mente subconsciente estaba como marcada por un hierro al rojo vivo con la idea de que, sin condiciones especiales y maestros especiales y dones algo especiales o místicos o innatos, no era realmente posible partir por ese sendero, o en el mejor de los casos sería más exiguo y proporcionado al esfuerzo hecho. Y todavía, por supuesto, un cometido individual, una excelsa extensión de conocimiento libresco. Pero esta nueva dicotomía amenaza con ser más seria que la otra, más potencialmente dañina, entre una masa sin redimir y una elite “iluminada” haciendo malabares con aptitudes mentales sobre las que se puede decir cualquier cosa ya que no hay un microscopio para confrontarlo. Las drogas, también, son un pasaje barato hacia vertiginosos vislumbres de deslumbrantes aptitudes mentales.

Pero todavía no tenemos la clave, la sencilla clave. No obstante el Grandioso Proceso está allí, el proceso sencillo.

Uno tiene que reconocer un desperfecto mayor en el método, y primero, un desperfecto en el objetivo perseguido. ¿Qué conocemos del objetivo, en realidad, sumergido en la materia al igual que lo estamos nosotros, ennegrecidos por la arremetida del mundo? Nuestra primera reacción inmediata es gritar: “¡No puede estar aquí! ¡No está aquí! ¡No en este lodo, esta maldad, este torbellino, no en este oscuro y agobiado mundo!” Debemos salir a toda costa, liberarnos de este peso de carne y lucha y a partir de esa subrepticia erosión en la que parecemos estar consumidos por miles de voraces trivialidades. De esta manera hemos proclamado al Objetivo estar muy arriba, en un cielo de pensamientos liberados, un cielo de arte y poesía y música --¡cualquier cielo en absoluto es mejor que esta oscuridad! Vinimos aquí simplemente para granjearnos ese solaz para nuestro propio cielo privado, libresco, religioso, pictórico o ascético -- la larga vacación del Espíritu por fin libre. Así, hemos escalado y escalado, poetizado, intelectualizado, evangelizado; nos hemos liberado de todo aquello que pueda agobiarnos, erigimos un muro protector alrededor de nuestras contemplaciones ermitañas, nuestro yoga enclaustrado, nuestras meditaciones privadas, rastreamos el círculo blanco del Espíritu, como nuevos médicos brujos espirituales. Luego ingresamos en él, y aquí estamos.

Pero, al hacerlo, tal vez estemos cometiendo un error tan grande como el del humano aprendiz en su primera habitación lacustre quien habría proclamado que el Objetivo, el cielo mental, que él estaba descubriendo a tientas, no estaba en la trivialidad de la vida

diaria, en aquellas herramientas para rebanar, aquellas bocas que alimentar, aquellas redes enmarañadas, aquellas innumerables trampas, sino que en alguna cueva de hielo o en algún desierto australasiano -- y quien habría descartado sus herramientas. Las ecuaciones de Einstein nunca habrían visto la luz del día. Al perder sus herramientas, el hombre pierde su objetivo; al descartar toda la grosería y maldad y oscuridad y carga de la vida, podemos ir adormeciéndonos hacia los bienaventurados (?) límites del Espíritu, pero estamos completamente afuera del Objetivo, porque el Objetivo puede muy bien estar exactamente ahí, en la grosería y oscuridad y maldad y carga -- que son únicamente groseros y oscuros y agobiantes porque los miramos erróneamente, como el humano aprendiz observaba erróneamente a sus herramientas, incapaz de ver cómo al atar él esa piedra a ese garrote ya estaba atando la sucesión invisible de nuestro pensamiento hacia el desplazamiento de Júpiter y Venus, y cómo el cielo mental en realidad pulula por todas partes aquí, en todos nuestros gestos y actos superfluos, al igual que nuestro siguiente "cielo" pulula debajo de nuestros ojos, oculto sólo por nuestra falsa mirada espiritual, encerrado en el círculo blanco del así llamado Espíritu que no es sino nuestro acercamiento humano por el siguiente estado de evolución. "La vida . . . únicamente la vida es el campo de acción de nuestro Yoga", exclamó Sri Aurobindo. (4)

Sin embargo el proceso, el Gran Proceso, está aquí, al igual que comenzó hace mucho tiempo como la era pleistocena -- ese ocioso pequeño segundo, esa introspección de la segunda clase -- pero el movimiento revelado al simio y el movimiento revelado a los espiritistas de eras pasadas (y superadas) de ninguna manera son un indicio de la siguiente dirección que ha de tomar. No hay continuidad -- ¡eso es una falsa ilusión! No hay refinamiento del mismo movimiento, no hay mejora sobre el simio o el hombre, no hay perfeccionamiento de la herramienta de piedra o de la herramienta de metal, no hay escalada hacia cumbres más elevadas, no hay maneras de pensar pensamientos más elevados, no hay meditaciones más profundas o descubrimientos que serían una glorificación del nivel existente, una sublimación de la carne vieja, un halo sublime alrededor de la vieja bestia -- hay ALGO MÁS, algo radicalmente diferente, un umbral a ser cruzado, tan diferente del nuestro como el umbral de la vida vegetal lo era de la animal, otro descubrimiento más de los que ya están aquí, los cuales cambiarán nuestro mundo tan radicalmente como la mirada humana cambió el mundo de la oruga -- sin embargo es el mismo mundo, pero visto con dos miradas diferentes -- otro Espíritu, podríamos decir, tan diferente del espíritu religioso o intelectual o el Espíritu manifiesto sobre las alturas de lo Absoluto, como el pensamiento del hombre es distinto del primer estremecimiento de una rosa silvestre bajo un rayo de la luz del sol -- no obstante es el mismo Espíritu eterno pero en una mayor concretización de sí mismo, pues, de hecho, la verdadera dirección del Espíritu no es desde abajo hacia arriba, sino de arriba hacia abajo, y se convierte cada vez más en materia, porque es la Materia misma del mundo, arrebatada pedacito a pedacito de nuestra errónea mirada de oruga y falsa mirada humana y falsa mirada espiritual -- o, digamos, reconocida poco a poco por nuestra creciente mirada real. Este nuevo umbral de visión depende primero de un alto en nuestra regular rutina mental y visual -- y ese es el Gran Proceso, el movimiento de introspección de la segunda clase -- pero el sendero es completamente nuevo: esta es una nueva vida sobre la Tierra, otro descubrimiento más a realizar; y cuanto menos agobiados estemos por la sabiduría pasada, los ascensos pasados, las iluminaciones pasadas, todas las disciplinas y virtudes y viejos adornos dorados del "Espíritu", cuanto más libres y más abiertos estemos hacia lo nuevo, tanto más se presentará a la vista el sendero bajo nuestros pies, como por magia, como si emanara de ese completo sacrilegio.

Este superhombre, de quien hemos dicho que es el siguiente objetivo de la evolución, por lo tanto no será de manera alguna un paroxismo del hombre, una hipertrofia dorada de la capacidad mental, ni será él un paroxismo espiritual, una especie de aparición de semidiós en un halo de luz y equipado con una conciencia sobredimensionada (cósmica, por supuesto) vetado de rayos de relámpagos, fenómenos maravillosos y “Experiencias” que harían palidecer de envidia a los pobres perezosos de evolución. Es verdad que ambas cosas son posibles, ambas existen. Son Experiencias maravillosas; son capacidades superhumanas harían que el hombre en la calle empalidezca. No es un mito; es un hecho. Pero la Verdad, como siempre, es simple. La dificultad no reside en descubrir el nuevo sendero; nunca ha sido vista por los ojos humanos, nunca antes ha sido pisado por los atletas del Espíritu, sin embargo es andado cada día por millones de hombres ordinarios inconscientes del tesoro que tienen a mano.

No teorizaremos acerca de lo que es este superhombre. No deseamos pensarlo; deseamos transformarnos en él, de ser posible, manteniendo a distancia los viejos muros y las viejas luces, permaneciendo tan completamente abiertos como sea posible, tan alertas al gran proceso de la Naturaleza como sea posible –tan sólo caminando, pues esa es la única manera de hacerlo, solvitur ambulando. Incluso si no llegamos muy lejos, quién sabe, aún podemos irrumpir en un primer espacio libre que llenará nuestros corazones, almas y cuerpos con la luz del sol, pues todo es uno y todo se salva conjuntamente o nada lo es.

Entonces otros vendrán quienes avanzarán hacia un segundo espacio libre.

El Sendero Iluminado por el Sol

Existen dos senderos, solía decir Sri Aurobindo, el sendero del esfuerzo y el sendero iluminado por el sol. El sendero del esfuerzo es bien conocido. Es el que ha presidido por encima de toda nuestra vida mental, debido a que intentamos alcanzar algo que no tenemos o pensamos que no tenemos. Estamos llenos de necesidades, de dolorosos huecos, de vacíos a ser llenados. Pero el vacío nunca se llena. Ni bien se llena es que se abre otro, implicándonos todavía en otra persecución más. Somos como la ausencia de algo que nunca puede encontrar su presencia, excepto en excepcionales destellos, los cuales se desvanecen inmediatamente y parecen dejar un vacío aún más grande. Podemos decir que nos falta esto o aquello, pero en realidad carecemos de una cosa, y eso es el ser: Hay una ausencia del ser. Pues lo que realmente es el ser es pleno, ya que es. Todo lo demás viene y va, pero no es. ¿Cómo podría lo que es, estar alguna vez en necesidad de algo más? Un animal está perfectamente en su ser de animal, y una vez que sus necesidades inmediatas son satisfechas, está en equilibrio, en armonía con el universo. El hombre mental no está en su ser, aunque él cree que lo está –incluso cree en la grandeza de su ser, porque debe tener tamaño como todo lo demás, y debe haber seres más grandes y más pequeños, seres más o menos voraces o talentosos o santos o exitosos; pero al hacerlo, el hombre reconoce su propia debilidad, porque ¿cómo podría lo que es ser, ser más o menos ser? Es, o no es. El hombre mental no está en su ser: él está en su inventario, como un topo o una ardilla.

Pero entonces, ¿dónde está ese ser evasivo? . . . Plantear la pregunta es golpear a la puerta del siguiente círculo, para ocuparse en el movimiento de introspección de la segunda clase. Y aquí, tampoco, tiene sentido teorizar sobre el ser; debe ser buscado y descubierto experimentalmente. Ahora, hemos dicho que el método tenía que tener lugar en la vida y en la materia, porque muy bien podemos encerrarnos en una habitación, mantener afuera los sonidos del mundo, mantener afuera sus deseos, tensiones e innumerables tentáculos; podemos mantener todas estas cosas al alcance de la mano y, tal vez, desde adentro de nuestro círculo interior percibir un atisbo del

ser, alguna trascendencia inefable, pero en el momento que abrimos la puerta de nuestra habitación y liberamos nuestra sujeción, todo volverá a caer sobre nosotros, como una capa de algas marinas sobre un buzo, y nos encontraremos exactamente como antes, únicamente menos capaces de soportar el ruido y la horda de pequeños antojos aguardando su hora. No es mediante la sujeción de nuestras virtudes o meditaciones excepcionales que quitaremos esa capa, sino enteramente mediante algo más. Por ello, comenzaremos con lo que somos y como somos, a nivel físico de la vida cotidiana.

Somos Bill Smith, un nombre sin un significado, un artificio legal para atarnos a la gran Máquina y para una oscura genealogía de la cual no sabemos mucho, excepto que somos el hijo de nuestro padre, quien fue el hijo de su padre, quien fue el hijo de su padre, y que evidentemente seremos el padre de nuestro hijo, quien será el padre de su hijo, quien será el padre de su hijo, y así sucesivamente de manera interminable. Y caminamos de un lado para el otro la gran avenida del mundo, aquí o allí, en un Los Ángeles que se parece más y más a Tokio, que se parece más y más a la Ciudad de México, que se parece más y más a cualquier ciudad en el mundo, al igual que un hormiguero se parece a otro. Muy bien podemos tomar un avión, pero nos encontraremos nuevamente en todas partes. Somos franceses o americanos, pero, a decir verdad, eso es solamente historia y pasaportes, otro artificio más para atarnos de pies y manos a una máquina o a otra, mientras que nuestro hermano en Calcuta o Rangún camina la misma avenida con la misma pregunta, bajo una bandera amarilla, colorada o anaranjada. Todo eso es el vestigio de los campos de caza, pero no queda mucho para cazar, salvo nosotros mismos, y vamos bien en nuestro camino de ser triturados fuera de esa posibilidad, también, bajo la aplanadora de la gran Máquina. Así, subimos y bajamos las escaleras, realizamos llamados telefónicos, andamos apresurados, nos apresuramos a las vacaciones o disfrutamos la vida, como nuestro hermano bajo una piel amarilla o marrón: en inglés, francés o chino, somos acosados por todos lados, exhaustos, y todavía no estamos bastante seguros si estamos disfrutando de la vida o si la vida nos está disfrutando a nosotros. Pero sigue sin parar de todas maneras. Y a través de todo ello, hay algo que sube y baja, se apresura y se apresura, y a veces, por un segundo, hay una especie de pequeño grito interior: “¿Quién soy? ¿Quién soy? ¿Dónde estoy? ¿Dónde estoy?”

Ese breve segundo, tan vano y fútil en medio de esta gigantesca prisa, es la verdadera clave para el descubrimiento, una palanca todopoderosa que no se parece a nada – pero la verdad no se parece a nada, naturalmente, porque si se pareciera a algo, ya hubiésemos retorcido su cuello, para encasillarla y unirla a otra pieza de maquinaria. Es etérea; se desliza a través de los dedos. Es una brisa pasajera que refresca todo.

Entonces la cuestión se sumerge un poco más profundo. De hecho, no es que se sumerge o se intensifica, es como si un primer aliento de aire nos permitió apreciar mejor el sofocamiento en el que vivimos y reveló capas más profundas ante nuestros ojos, distintas, coberturas más sutiles. Ciertamente somos Bill Smith, un artificio legal y nacional, un pequeño diente de engranaje mecanizado que le gustaría salir de la máquina. Pero, ¿qué hay detrás de Bill Smith? Hay un hombre caminando por una avenida, subiendo y bajando la gran montaña rusa mental, muy ocupado con miles de pensamientos, de los cuales ninguno tiene realmente importancia, ninguno remedia su pesar o deseo; ahí está lo que piensa el libro más reciente, lo que vociferan esa cartelera o aquellos titulares, lo que dijo el profesor o el maestro o el amigo o el colega o el amigo –un millar de transeúntes machacando en la calle interior –pero, ¿dónde

está aquel que no pasa, el inquilino de la morada? Está la experiencia de ayer, la cual se relaciona con el accidente del día anterior, el cual se relaciona con . . . un gigante sistema de red telefónica, con conmutadores, retransmisores y comunicaciones instantáneas, pero que en realidad no comunica nada, excepto la misma historia recalentada y auto-suficiente, que continúa hinchándose e hinchándose y reenrollándose sobre sí mismo y desenrollando un cantidad de pasado que nunca hace un verdadero presente, o un futuro que no es sino la suma de un millón de actos sumando cero --¿dónde está el acto, dónde? ¿Dónde está el ser de esa suma, el minuto de existir que no es el resultado del pasado, el tacto puro de la luz del sol que escapa a esa maquinaria, incluso más despiadado que el otro? Ahí está lo que nuestros padres y nuestras madres han puesto dentro de nosotros, y los libros, sacerdotes, partidarios, el cáncer del abuelo, la lujuria del tío abuelo, lo bueno de este, y lo menos bueno de aquel; están las Tablas de la Ley de hierro, los tú no puedes, Newton y las iglesias, Mendel y la ley de la gestación de las células de los gérmenes --pero, ¿qué germina en todo eso? ¿Dónde está el Germen, la inesperada semilla pura abriéndose repentinamente, el Tú-Puedes como un golpe de gracia en esta ronda implacable condicionada por los padres de nuestros padres dentro del fortín mental? Hay un hombre pequeño caminando por la avenida, yendo y viniendo mil veces por la misma avenida; adentro, afuera, es todo lo mismo, como nada caminando en nada, cualquiera dentro de cualquiera, Juan o Pedro sólo con diferentes corbatas: entre este poste de luz y aquel no ha sucedido nada. No había nada, ¡ni siquiera un único segundo de existencia!

Pero, repentinamente, en esta avenida, hay una especie de sofocación de segundo grado. Nos detenemos y miramos fijamente. ¿A qué miramos fijamente? No lo sabemos, pero miramos fijamente. De pronto ya no estamos en la máquina; ya no estamos en ella, ¡nunca estuvimos! Ya no somos más Bill Smith o americano o neoyorquino, el hijo de nuestro padre o el padre de nuestro hijo, nuestro pensamiento, nuestro corazón o nuestros sentimientos, o ayer o mañana, u hombre o mujer o nada por el estilo --somos totalmente algo más. No sabemos qué, pero mira fijamente. Somos como la apertura de una ventana.

Entonces se desvanece; la máquina nuevamente toma el poder.

Pero, solos en nuestra habitación esa noche, si repasamos el día, revisamos los miles de gestos y pasos y rostros, las idas y venidas en ese vertiginoso gris en el cual nada parece haber sucedido, un día entre miles de otros que son como una desierta semi-oscuridad, advertimos de pronto una pequeña chispa de luz elevándose hacia la superficie, oh, tan diminuta, tan efímera que es casi como una huidiza luciérnaga, y es ese solitario pequeño segundo cuando nos detuvimos en el medio del frenesí, ese pequeño segundo de nada, ese traspie inútil, esa vacilación de pensamiento, ese tropiezo de la existencia -- eso es todo lo que permanece del día, el único segundo existente, el único momento inhabitado. Eso es todo lo que hubo entre un millón de segundos vacíos.

A partir de entonces, la sofocación se hace muy eficaz. Es como si nuestro ser hubiese comenzado a sentir una imperceptible fisura en la oscuridad, cierta grieta que aún no conocemos deja ingresar a la luz --¿y qué luz, ya que parece todavía más oscuro que antes? Pero regresamos a ella a pesar de nosotros mismos. Hay como otro aire circulando, un impalpable cambio de densidad, y al mismo tiempo como un fuego que

está siendo encendido, un fuego negro oscuro que no conoce nada excepto que necesita, que necesita muchísimo algo más.

¡Fuera, fuera con la mente y sus llamas de candela

Ilumina, ilumina los soles que nunca mueren! (5)

De esta manera, Bill Smith -- quien ya no es más cualquier cosa en realidad, quien es más o menos algo, quien escapa a través de todos los poros de su piel -- se detiene nuevamente, se detiene más y más frecuentemente en el medio del gran bullicio, y ya ni siquiera plantea una pregunta, ni siquiera aguarda una respuesta: se ha convertido en la pregunta, un fuego viviente de nada, una pregunta pura, irrefutable, una creciente ausencia, tan conmovedora, es casi como una presencia. Él se detiene aquí, se detiene allí, levanta los ojos que no ven hacia el afiche de la calle, aquel hombre vestido de marrón, aquellos millones de humanos sombríos; él ya no es siquiera un pensamiento, ni siquiera un sentimiento: el es un paso sacado de sí mismo, del algo que se conmueve, sube y baja, transmite pensamientos y sentimientos y memorias y deseos, y marcha como un reloj bien aceitado --¿dado cuerda desde cuándo? -- desenrollándose y desenrollándose, adentro, afuera, es todo lo mismo. Él es ese sitio de repentina quietud, ese grito de sofocación, esa mirada ciega de un recién nacido de un mundo aún por ser, parece, pero que golpea como la única cosa existente en esta inexistencia. Él está en una tierra de existencia perteneciente a nadie, a veces un estado de desgarramiento del no ser, tan desgarrante parece que esa desgarradura es la única medida de existencia en él.

Ahora la tierra del derroche, ahora el silencio

Un negra pared en blanco, y detrás de ella el cielo. (6)

De esta manera, a la noche, solo en su habitación, observa esos breves segundos que brillan inexplicablemente, que incluso resplandecen como si se proyectaran más allá, recargando todo lo que tocan con gotas de su luz; el hombre de marrón, el absurdo afiche, el rayo de sol sobre el banco de plaza están como llenos de una vida especial, capturados, fotografiados hasta el último detalle --ellos viven, ellos son. Todo lo demás está como tragado por la tierra en un limbo de no existencia. Sin embargo no había ningún pensamiento en él, ningún sentimiento, ninguna memoria, ni siquiera algún Yo, especialmente ningún Yo; fue el único segundo en que todo se había ido, en que él tropezó con un bastante vertiginoso no-Yo.

Entonces el vanidoso caminante descubre algo más. Advierte que aquellas pequeñas gotas de luz diseminadas (¿es luz? Es más bien una repentina erupción en algo más, una vibración tan ligera que se escapa a nuestras habituales percepciones y coloridas interpretaciones; vibra, es algo vibrando, como una nota de otra música para la cual aún no tenemos oído, pinceladas coloridas de otro país para las cuales aún no tenemos ojos), aquellos pocos diminutos hitos de una geografía ciega, son indestructibles, por decirlo así. Viven y continúan viviendo mucho después de que han pasado, como si nunca fallecieran. Y en realidad nunca mueren; son la única cosa que

no pasa. Parece como si esa pequeña gota allí, frente a ese afiche o banco de plaza, esa repentina mirada ante nada, mantuviese su propia intensidad; esa gota de algo más, ese repentino pequeño grito por nada, continúa existiendo, como si se hubiese instalado en una secreta grieta en nosotros y mantenido vibrando y vibrando, una gota sumada a otra sin disiparse jamás, sin ser nunca extraviada; y continúa acrecentándose y acrecentándose como un depósito infalible en nosotros, un lugar seguro en la construcción, un conjunto de baterías siendo recargadas con otra intensidad, y que es como un comienzo de la existencia. Comenzamos a salir sobre el sendero iluminado por el sol.

Ya no estamos bien en la máquina, a pesar de que todavía nos pueda complicar de vez en cuando, pero sólo para hacernos sentir su abrumadora tensión, su oscura rotación en una nada que conecta con nada que conecta con nada –hemos sentido otro aire, incluso si se parece a nada, y ya no podemos soportar más esta no existencia, que deambula de una punta del planeta a la otra, de un llamado telefónico a otro, de una cita a otra, que aumenta y disminuye la eterna rutina como si nada ocurriese jamás, excepto la misma historia sempiterna con diferentes rostros y diferentes nombres y diferentes palabras, en esta avenida o en otra --¡tiene que ser! Entre este poste de alumbrado y aquel, este tercer piso y el cuarto, estas 9 a.m. y 9.30 a.m. de un reloj que cronometra nada, algo ha de ser, de vivir, este paso tiene que tener su eterno significado como si fuere único en las millones de horas en el cuadrante, este gesto tiene que ser sostenido por alguien, este puesto de diarios que pasamos, esta rasgadura en la alfombra, el timbre que tocamos, este segundo -- este segundo-- ha de tener su propia única e irremplazable totalidad de existencia como si él sólo fuera a brillar hasta el fin del tiempo --¡oh, no esta nadería caminando en la nadería! ¡Déjalo ser, ser, ser! . . . Queremos recordar, recordar todo el tiempo, y no tan sólo caminar sin rumbo por la avenida como una medusa. Pero, ¿recordar qué? Ni siquiera sabemos qué tiene que ser recordado -- sin duda, ni Yo ni la máquina, o cualquier cosa que conecte nuevamente una cosa con otra. Una pura revocación, que termina convirtiéndose en como un llamado, un fuego ardiendo para nada, una pequeña vibración de existencia que nos acompaña a todas partes e impregna todo, llena todo, cada paso, cada gesto, cada segundo, y que incluso se extiende detrás nuestro, como si nos desplazáramos en otro espacio, con ese pequeño semejante en primer plano quien continúa avanzando, pero ya no está totalmente en él, quien ya ha huido, llenado sus pulmones con otro aire, quien pone el oído a otra canción, corre hacia otro ritmo -- y es casi como un ritmo eterno, muy extenso y suave. Y repentinamente, levanta su cabeza en la mitad de la avenida; asoma su cabeza por encima del frenesí; y es una mirada tan clara, tan luminosa, casi jubilosa, chispeante, amplia y llena de sol, captando todo de una mirada tan triunfante y segura y cristalina -- majestad instantánea. ¡Somos! ¡Es!

Estamos en el sendero iluminado por el sol, como transportados por esa pequeña creciente vibración de existencia.

No tenemos necesidad de silencio, de una habitación bien aislada, de mantener a distancia a los tentáculos de la vida. Por el contrario, cuanto más ceñidos sean e intenten sofocarnos, más ensordecidos estamos por todo ese alboroto de vida, y cuánto más arde adentro, más abrasador es, tanto más grande la necesidad de ser eso y solamente eso, esa otra cosa vibrante sin la cual no podemos vivir ni respirar -- olvidarlo hasta por un segundo es caer en total sofocación. Estamos caminando el sendero iluminado por el sol en medio de la oscuridad del mundo -- ¡adentro, afuera, es

todo lo mismo, solo o en una muchedumbre estamos seguros para siempre, nada ni nadie puede sacarnos eso! Llevamos nuestra realeza secreta a todas partes que vamos, desplazándonos hacia delante a tientas dentro de otra geografía, la cual gradualmente revela puertos seguros y fiordos inesperados y continentes de paz y atisbos de mares desconocidos retumbando con el eco de una vida más enorme. En nosotros no hay más querer o no querer, no hay más compulsión por adquirir esto o aquello, ninguna lucha por vivir o convertirse o saber: somos sostenidos por otro ritmo que tiene su conocimiento espontáneo, su vida clara, su imprevisible voluntad y relampagueante efectividad. Un reino diferente comienza a abrírsenos; arrojamos otra mirada al mundo, todavía algo ciego e ignorante, pero intuitivo, como cargado de una futura realidad, ensanchado por un conocimiento todavía sin formular, un aún tímido asombro. Tal vez somos como aquel hermano simio de no hace tanto tiempo quien miraba a su bosque con una mirada extraña, a sus compañeros que corrían y trepaban y cazaban tan bien pero que no eran conscientes de la pequeña vibración clara, la extraña maravilla, la repentina quietud que parecía cercenar las oscuras nubes y expandirse lejos, lejos, hacia una vastedad vibrando con posibilidades creativas.

La Bifurcación en el Camino

A partir de este punto, el camino se bifurca, y tomar un sendero en lugar del otro implica consecuencias de largo alcance que pueden extenderse a lo largo de todo un período de vida. No es que un sendero sea auténtico y el otro falso, dado que tendemos a creer que todo es a fin de cuentas auténtico ya que existe, pero esta es una verdad que crece, y la falsedad meramente está perdiendo el tiempo o persistiendo en una verdad que ha sobrevivido a su tiempo y utilidad. Desde el momento que hemos escapado de la máquina, lo exterior al igual que lo interior (el primero es en realidad un reflejo o expresión del último, y una vez que cambiamos adentro, necesariamente cambiaremos afuera; si desistimos de “mentalizar” la vida, desistirá de ser un ciclo mental y se convertirá en otra vida), a partir de ese momento, literalmente comenzamos a tener cierta “latitud”. Ya no más amarrados a la pequeña persona sombría como una cabra atada a una correa, podemos elegir desplazarnos hacia distintas direcciones. Podemos tomar el sendero ascendente, es decir, sutilizarnos más y más, quitarnos la carga terrenal, remontarnos en el pequeño encantado cohete de luz que estamos comenzando a intuir, y nos encontramos con dominios de conciencia más libres, exploramos ámbitos etéreos, descubrimos niveles mentales más elevados como la pura fuente de todo lo que ocurre, distorsionado y aproximado aquí, la cara de ángel de lo que se está pareciendo más y más a una caricatura. (7) Es muy tentador, de hecho, tan tentador que todos los sabios y buscadores más bien apresurados, o simplemente hasta aquellos a quienes hoy llamaríamos mentes adelantadas o genios, lo han tomado -- se ha conservado por miles de años. Pero, desgraciadamente, una vez que alcanzamos aquellos estratos más elevados, es muy difícil regresar hacia abajo; e incluso si deseamos bajar, motivados por algún afán caritativo o humanitario, advertimos que los caminos de arriba aquí son bastante ineficaces. Parece haber un abismo irreconciliable entre esa luz y esta oscuridad, y lo que queremos (o de lo que

somos capaces) de bajar desde arriba llega aquí disminuido, amortiguado, desfigurado, plúmbeo, finalmente a ser perdido en las grandes ciénagas de la Máquina.

Pero demasiado brillantes eran nuestros cielos, demasiado distantes,

Demasiado frágil su materia etérea;

Demasiado espléndida y repentina nuestra luz no pudo quedarse;

Las raíces no estaban lo suficientemente profundas. (8)

Es la historia de hace mucho tiempo del ideal versus “realidad”. Inevitablemente el ideal es materializado dado que es un futuro avanzado, pero es un camino dibujado hace mucho en el cual la verdad frecuentemente aparece frustrada, menospreciada. Por consiguiente, es este camino, la transmisión defectuosa entre las “cumbres” y las llanuras, el que debería ser acortado.

Pero tal vez la “cumbre” no está ubicada arriba. Tal vez está en todas partes aquí, a nivel del suelo, simplemente tapada por la Máquina y todas nuestras sucesivas capas evolutivas, como el diamante en su matriz. Si el sendero de subida es el único camino de salida, entonces mejor que salgamos de una vez por todas. Y si el santo en realidad es el triunfo del simio, uno podría dudar que la evolución siempre alcance su meta satisfactoria, y bendita, y que toda la Tierra sea consagrada. ¿Qué entonces con los demás, aquellos quienes niegan la santidad? No creemos que el propósito final de la evolución sea una clasificación moralista del electo y del condenado. La evolución no es moralista; sencillamente es, y cultiva todo su árbol así todas sus flores pueden producir florecimientos. La evolución no es asceta; abarca todo suntuosa y opulentamente. La evolución no ha abandonado a la Tierra, o nunca hubiera dado comienzo sobre la Tierra. La naturaleza no es incoherente; es más sabia que nuestra coherencia mental, aún más sabia que nuestra santidad.

Pero ella es lenta. Esa es su deficiencia.

De esta manera queremos acortar el camino. Queremos condensar la evolución, efectuar una evolución concentrada, aunque respetando todavía sus métodos. Y dado que la Naturaleza abarca todo, seguiremos su ejemplo. Ya que no se aleja corriendo de ella misma sino que siempre se esfuerza por desarrollar sus semillas en frutos, nos esforzaremos para hacer que esa semilla fructifique, hacer que lo que ya está adentro, y alrededor y en todas partes, florezca. Sólo, tenemos que encontrar esa semilla específica. Hay muchas semillas silvestres en este mundo –aunque, ellas, también, tienen su encanto y utilidad. De este modo, no buscaremos nuestra cumbre arriba sino durante todo el camino abajo en el punto más bajo, pues nuestro secreto ya puede estar allí, en la Verdad simple, infalible que un día arroja esta semilla sobre nuestra buena tierra. Entonces, tal vez, descubramos que lo que hemos estado buscando está tan cerca que no hay distancia que recorrer, ningún abismo irreconciliable, ninguna transmisión defectuosa ni dilución de poder a través de los rangos de conciencia, y que la Verdad está justo aquí, cercana y todopoderosa, en cada átomo, en cada célula, en cada segundo de tiempo.

En conclusión, el método no será como la flecha, desdeñando todos los obstáculos con el propósito de remontarse a alturas espirituales, sino todo-abarcante; no será un ascenso abrupto sino un descenso o, más bien, quitar el velo de la Verdad que impregna todo, hasta las células de nuestro cuerpo.

La Nueva Conciencia

Existe un hecho radicalmente nuevo.

No es antiguo. Se remonta solamente a unos pocos años. Es un nuevo comienzo sobre la Tierra, y tal vez en el universo, tan simple y desconcertante como debe haber sido la aparición de la primera vibración mental entre los grandes simios.

Un nuevo comienzo no es conciente de sí mismo, ni es estruendoso ni hace temblar a la Tierra. Es simple y renuente, frágil como un joven retoño, y uno no sabe totalmente si aún es el viento de ayer que uno siente o algún aliento nuevo, casi el mismo y sin embargo tan diferente, que lo deja a uno un poco aturdido e incrédulo, como una maravilla tomada de improviso, una sonrisa atrapada, que se desvanece instantáneamente si uno mira por mucho tiempo. Un comienzo es mil diminutos golpes incipientes que vienen y se van; pasan rozando y se escapan corriendo; aparecen de ningún lado, sin ton ni son, porque son de otra ley; se ríen y se burlan de todo, porque son de otra lógica; reaparecen cuando los pensamos perdidos y nos dejan viéndonos como tontos cuando pensamos que los habíamos atrapado, debido a que son de otro ritmo o, tal vez, de otra forma de ser. Y con todo, todavía estas diminutas líneas construyen gradualmente otra imagen; estos pequeños golpes repetidos hacen un algo sin nombre que vibra diferentemente y nos cambia inadvertidamente, punteando una cuerda que no sabe bien su nota pero termina creando otra música. Todo es lo mismo, y todo es diferente. Uno nació sin darse cuenta de ello.

Por lo tanto, no podemos decir precisamente cómo funciona, no más que los simios de antaño podían decir qué se tenía que hacer para controlar el pensamiento. No obstante, podemos intentar describir algunos de estos pequeños golpes escurridizos, indicar una dirección general y, junto con nuestro caminante del nuevo mundo, seguir paso a paso el hilo de un descubrimiento que a veces parece incoherente pero

eventualmente hace a un todo coherente. Nunca antes hemos estado en este país. Hasta parece haber tomado forma debajo de nuestros pies, casi parece crecer bajo nuestra mirada, como si el advertir esta curva, ese casi travieso destello, lo alentó a crecer y a trazar esta línea de puntos debajo de nuestros pies, esta otra curva, y esa encantadora colina, hacia la cual corremos con un corazón galopante. Nuestro caminante del nuevo mundo es ante todo un observador: nada se le escapa a su atención, ni un detalle, ni el más leve encuentro, la menor conjunción o apenas perceptible correspondencia -- la maravilla ha nacido en gotitas, como si el secreto fuera de un orden infinitesimal. Él es un observador microscópico. Dado que tal vez no hay cosas "grandes" o pequeñas, sino el mismo afluyente supremo, cada uno de cuyos puntos está tan supremamente lleno de conciencia y significado como la suma total de todo el universo, como si, en realidad, toda la meta estuviera en cada instante.

Por lo tanto hemos llenado cada yermo de nuestro día -- no hay más desperdicio -- hemos imbuido la vacante entre dos actos con existencia, e incluso nuestros actos ya no se ven tan completamente involucrados en la Máquina. Podemos hablar, realizar llamadas telefónicas, escribir o reunirnos con personas, pero detrás en el fondo, algo continúa siendo, vibrando, vibrando muy suavemente, como un aliento de un lejano mar, la corriente de un pequeño río en la distancia; y si nos detenemos por un momento en medio-gesto y hacemos sólo un único paso hacia atrás, instantáneamente estamos en ese siempre tan fresco pequeño río, ese espacio libre, ese espacio sencillo, y nos hundimos dentro de él como en dentro del reposo de la Verdad, porque solamente la Verdad está en descanso, desde que es. De manera suficientemente extraña, esta clase de resbalón o corrimiento del centro de la existencia no suelta nuestro agarre a la vida, no nos arroja a una especie de estado de ensueño que estaríamos tentados en llamar hueco. Por el contrario, estamos absolutamente despiertos -- hasta parece como si el durmiente fuera aquel que habla, escribe y telefonea -- en un estado de vigilia, pero no alerta al conjunto de arandelas de la máquina, al juego de los rasgos, al cálculo del siguiente paso, al remolino de apariencias: estamos absortos en algo más, como si escuchara detrás de nuestra cabeza, en esa vibrante expansión, esa corriente pausada; y a veces sentimos vibraciones de intensidad, cambios de ritmos, presiones repentinas, como si un dedo de luz estuviera presionando allí, haciendo que nos percatemos de algo, llamando nuestra atención a un punto en particular al hacer brillar su luz. Entonces, sin saber por qué, pronunciamos algunas palabras, hacemos algún gesto, o, por el contrario, nos contenemos de hacer un gesto, cambiamos de dirección hacia aquí en lugar de ahí, sonreímos cuando la persona con la que estábamos hablando parecía tan antipática, o, por el contrario, la despachamos rápidamente cuando parecía tan bien intencionada. Y todo es exactamente como debería ser, perfectamente. Lo que hicimos o dijimos era exactamente lo que tenía que hacerse o decirse, precisamente donde debíamos cambiar de dirección para evitar el accidente o tener el encuentro necesario -- dos días o dos horas más tarde, con absoluto asombro, comprendemos el significado o la exactitud de nuestra acción. Es como si hubiésemos sido introducidos en un funcionamiento de la verdad.

Y una primera peculiaridad comienza a llamar nuestra atención. Estas indicaciones que nos están llegando, estas percepciones o repentinas presiones, no tienen absolutamente nada en común con esta llegada desde arriba al proseguir en el sendero de subida: no hay revelaciones, ni inspiraciones o visiones o iluminaciones, ni los relámpagos y truenos de los niveles más elevados de la mente. Más bien parecen ser un funcionamiento muy humilde y material, uno envuelto en el más diminuto detalle, el

más leve aliento pasajero, este rincón secreto, ese gesto automático, esos miles de pequeños trajines. Casi parece como un funcionamiento a nivel del suelo.

Pero al comienzo este funcionamiento todavía es inseguro. Constantemente somos atrapados hacia atrás por la vieja maquinaria, el hábito de reflexionar sobre los pensamientos, juzgando, deduciendo, calculando e inmediatamente como si cayera un velo, apareció una pantalla entre la calma claridad atrás y el agobiante torbellino aquí: las comunicaciones están atascadas. Nuevamente tenemos que dar un paso hacia atrás y encontrar el espacio confortable -- y es irritante, no comunicativo y aparentemente indiferente a nuestro destino, oponiendo un silencio neutral, una impasibilidad no aliviada para la pregunta que le enviamos y la cual sin embargo demandaría una respuesta inmediata. De esta manera claudicamos una vez más; nuevamente ponemos en marcha la máquina -- sólo para darnos cuenta que detrás todo estaba en blanco, de modo tal que no nos desplazaríamos hacia delante, y que el momento para la respuesta todavía no había llegado. Continuaríamos trastabillándonos y persistiendo, confiados pero externamente complicados (o en el frente), cuando las circunstancias nos pidieran rapidez y eficiencia, y aquellos quienes trabajan con la antigua razón podrían burlarse, como el viejo aguerrido antropeide se burlaba de la torpeza del hombre aprendiz: erramos la rama. Nos caemos y nos levantamos. Seguimos adelante. Pero gradualmente, a medida que nuestra "desmaquinización" gana terreno, crece con pie firme y más perfecto, las comunicaciones se hacen más claras, las percepciones más exactas y precisas. Comenzamos a desenmarañar la embrollada red que previamente nos había parecido lógica en sí misma. Desde adentro la tranquila claridad, advertimos una multitud de movimientos surgiendo desde abajo, desde afuera, desde los demás; es una mezcla de vibraciones, una cacofonía de minúsculos impulsos, un campo de batalla, una palestra llena de tenebrosos competidores, estímulos ciegos, oscuros destellos, microscópicos y tercos legados. Y de pronto, en todo ese embrollo cae una diminuta gotita del calmo río -- sin que lo queramos ni lo intentemos ni siquiera lo pidamos -- y todo se desentumece, se suaviza, desaparece, se disuelve. Ese rostro allí frente a nosotros, esta cargosa pequeña circunstancia, ese nudo de dificultad, esta obstinada resistencia se desvanece, desaparece, se abre como por magia. Comenzamos a acceder a la potestad.

Pero es una curiosa especie de potestad --¡no nos obedece en absoluto! Por el contrario, en el momento que intentamos utilizarla, nos elude completamente, se desliza entre nuestros dedos, se ríe de nosotros y se retira dejándonos mirando como tontos, como un escultor aprendiz intentado imitar el golpe del Maestro: nuestro golpe falla. Incluso golpeamos nuestros dedos. Y aprendemos. Tal vez aprendemos a no querer todo. Pero es un poco más complicado que eso -- complicado desde nuestro punto de vista, por supuesto, porque de este lado todo es complicado; es la complejidad en sí misma. En realidad, es simple. Estamos aprendiendo la ley del ritmo. Porque la Verdad es un ritmo.

Tiene corrientes ligeras, cascadas abruptas, distancias con poca actividad que van profundas dentro de ellas mismas como un mar en un mar más profundo, como una gran ave en el azul infinito. Tiene repentinos impulsos, diminutos puntos de diamante sondean y perforan, blancos silencios expansivos como una estepa en la eternidad de las eras, como una insondable mirada abarcando vidas sobre vidas, océanos de pesar y rutina, continentes de lucha, camino sobre camino de ruego y fervor. Tiene abruptas explosiones, milagrosas consecuencias instantáneas, una larga, incansable paciencia que le sigue a cada paso, a cada estremecimiento de existencia como un murmullo de

eternidad sosteniendo el minuto. Y detrás de ese instante o destello como una espada, esa vasta lentitud desplegando su estela de infinidad, ese abrasador punto prorrumpiendo, esa abrumadora palabra o apremiante presión, siempre yace una clase de tranquila claridad, una cristalina distancia, una pequeña nota blanca como la nieve que parece haber viajado y viajado a través de distancias de calma luz, filtrada desde una infinidad de suavidad de visión aguda, goteada desde una vasta pradera bañada por el sol donde nadie sufre, actúa o llega a ser -- una extensión arrolladora manteniendo la pequeña nota, el gesto, la palabra, y la brusquedad de un acto que surge de una insondable paz donde el ruido del tiempo y la urgencia de los hombres y el remolino de pesares están encubiertos en su manto de eternidad, ya cicatrizados, ya pasados, ya llorados. Pues la Verdad envuelve al mundo como en una gran túnica de suavidad, en un infinito cielo donde nuestras negras aves y pájaros del paraíso, pesares de aquí y allí, alas grises y otras rosadas se fundieron. Todo se convierte en uno, se ajusta a esa nota, y está en armonía; todo es simple e inmaculado, sin vestigio, marca o duda, porque todo fluye desde esa música, y ese diminuto gesto inmediato armoniza con una gran crecida que aún llegará a raudales mucho después de que hayamos partido.

Pero si “Yo” interfiere, incluso por un segundo, un pequeño remolino, un pequeño a mí, un pegajoso y resistente nodulito, un poco de terquedad, todo va torcido y comienza a rechinar, quiere o no quiere, duda y anda a tientas --hay un desorden instantáneo: la consecuencia del acto, la consecuencia de todo, la obsesionante memoria, el rastro pegajoso, la rutina en todo. Dado que no es suficiente para estar claros en nuestra cabeza; tenemos que estar claros en todas partes.

En esa tranquila claridad detrás, en realidad tropezamos con un segundo nivel de confusión, más profundo (este es verdaderamente el sendero descendente). A medida que nuestra maquinaria mental se pone más y más tranquila, apreciamos la magnitud con la cual cubrió todo -- toda la existencia, el menor gesto, la más leve agitación de una pestaña, la más diminuta vibración, como una hidra voraz que crece sin parar -- y vemos a la fauna bizarra que ocultó comenzando a aparecer a plena luz del día. Esta ya no es una arena sino que un pantano pululante hirviendo con toda clase de microbios psicológicos: una multitud de reflejos como los tirones de los pulsos, miles de deseos, completado con el pez moteado más grande de nuestras idiosincrasias instintivas, nuestros gustos y aversiones innatos, nuestras afinidades “naturales” y el discordante juego completo de nuestras simpatías y antipatías, atracciones y repulsiones -- un mecanismo que se remonta a la era precámbrica, un sólido residuo del hábito de devorarse unos a otros, un inmenso vórtice múltiple en el cual selectivas afinidades son escasamente más que una extensión de afinidades gustativas. De esta manera, no hay solamente una maquinaria mental sino también una vital. Deseamos y queremos. Desgraciadamente, queremos toda clase de cosas contradictorias, que se mezclan con las contradictorias voluntades de nuestro vecino, formando una mezcla sin salida; y ni siquiera sabemos si el triunfo de la pequeña voluntad de hoy no está preparando el colapso de mañana, o si este deseo satisfecho, esta austera y honesta virtud, ese gusto noble, ese “altruismo” bien intencionado o austero ideal no está procesando algún desastre peor que el mal que estamos tratando de curar. Toda esta vital mezclanza, adornada con justificaciones y etiquetas mentales, que filosofa y eyecta sus maravillosas y perfectas razones, aparece ahora en sus verdaderos colores, podríamos decir, en el tranquilo espacio libre donde hemos tomado nuestra posición. Y aquí, también, gradualmente aplicamos el mismo proceso de “desmecanización”. En lugar de arrojarlos de bruces a nuestras sensaciones y emociones, nuestros gustos y

aversiones, nuestras certidumbres e incertidumbres, como el animal en sus garras (pero sin su destreza), damos un paso hacia atrás, hacemos un alto y dejamos que disminuya el torrente, refrenamos en el reflejo, el juicio perentorio, la emoción más o menos mezclada -- de todos modos, es una mezcla para la pequeña corriente clara que fluye detrás, el rayo de luz que desengaña: repentinamente se rompe el ritmo, el agua ya no es clara, el rayo fragmentado. Estos cortes, estas interferencias, estas irritantes intrusiones se hacen más y más insoportables. Es como una repentina falta de oxígeno, un hundimiento en el lodo, una ceguera intolerable, la destrucción de una pequeña canción detrás, la cual hizo a la vida suave, inmensa y rítmica, como una gran pradera movida por una brisa de otra parte.

Dado que realmente hay un ritmo de verdad detrás, y alrededor y en todas partes, una corriente vasta y tranquila, un espacio de tiempo etéreo en el cual los días y las horas y los años parecen seguir el movimiento inalterable de las estrellas y de las lunas, subiendo y bajando como una marea desde las profundidades del tiempo, armonizando con el movimiento del todo, y llenando este presente pequeño segundo fugaz con una eternidad de existencia.

Ahí es donde hemos tomado nuestra posición, en ese pequeño espacio libre. Es nuestra base, nuestro santuario claro como el cristal, nuestro Himalaya de las avenidas, nuestra diminuta canción inalterable. Y finalmente nos damos cuenta que no hay necesidad de "hacer" o de "no hacer", para involucrarse o no, para querer o no, para dominar; todo lo que necesitamos es estar allí, firmemente, y dejar que ese pequeño ritmo fluya en las cosas, esa clara cadencia en la oscuridad de las circunstancias, ese tranquilo rayo en todos los seres. Y todo se endereza, simplemente, maravillosamente, sin que sepamos por qué, por el sencillo hecho de estar allí. Todas las sombras son disueltas, el orden es restablecido, la paz y la armonía son establecidas, los ritmos son corregidos -- dado que no hay verdadero mal, ni enemigo ni contradicciones, únicamente ritmos discordantes. Cuando estamos en armonía con nosotros mismos, todo está en armonía -- pero no conforme a nuestras ideas del bien y del mal, feliz e infeliz, fracaso y éxito, sino conforme a otro orden, el cual gradualmente resulta ser infalible y dotado de extensa previsión -- un orden de la verdad.

Y cada minuto se hace claro. Cada rostro detrás de sus sombras, cada circunstancia detrás de su confusión, cada paso fortuito, cada accidente, cada caída revela su significado, como médula de pura verdad intentando hacerse. No hay más enjuiciamiento, ni más impulsos equivocados, ni apresuramiento ni tensión ni ansia, ni temor de perder o fallar, ni incertidumbres inquietantes o certidumbres cuestionadas a corto plazo: hay aquello, que fluye, que es genuino, y que únicamente quiere ser más y más genuino, porque la Verdad es la gran dulzura de la vida, la paz y el aliento de la existencia, la exactitud de cada gesto y la perfección de cada momento.

Y nuevamente el mismo fenómeno llama nuestra atención. Esta no es una conciencia sublime como la encontrada en las cumbres del Espíritu, la cual es únicamente un paroxismo del ser. Aquí no hay centelleo, sino minúsculas centellas que se agolpan en nuestros segundos con una dulzura de eternidad; no hay alcances deslumbrantes, únicamente pequeños espacios abiertos donde es muy fácil respirar a cada instante; no hay visiones cósmicas, sino diminutas gotitas de verdad que parecen llenar cada punto con total significado; ni profecías o predicciones; no hay éxtasis, únicamente una simple y clara mirada que hace lo que se necesita cuando se necesita y prepara

humildemente las maravillas a venir; no hay revoluciones trascendentales, sino una pequeña revolución a cada instante dependiendo de un imperceptible sol en el corazón de las cosas; no hay cosas grandes, no hay pequeñas: una afinidad de verdad creciendo con cada paso y con cada gesto -- uno casi podría decir una conciencia de la Verdad de la Materia.

Este es el grandioso nuevo Hecho en el mundo. Esta es la nueva conciencia anunciada por Sri Aurobindo, el microscópico comienzo de la Tierra-de-la-Verdad. Debido a que ellos no han visto (o el momento no ha llegado), los sabios de antaño buscaban un cielo escalando elevadas cumbres del Espíritu. Pero el cielo está entre nosotros. Está creciendo mediante nuestra mirada, haciéndose más fuerte con cada obstáculo, cada gesto de verdad, cada segundo vivido realmente; está delineando sus gallardas colinas bajo nuestras pisadas sorprendidas y vibra imperceptiblemente en una pequeña erupción de existencia arrebatada de nuestros grandes yermos.

El rompimiento de los Límites

Habíamos partido en busca de un ser en medio de toda esta maquinaria interna y externa; necesitábamos tanto de algo diferente que esta suma genérica, esta ficción legal, este curriculum vitae que es como un curriculum de muerte, esta suma de acciones y gestos diarios sumando cero o perpetuamente con la esperanza de un algo inescrutable y esquivo, esta cima de existencia deslizándose por siempre bajo nuestros pies y retrocediendo hacia la distancia, hacia otro ademán, la más o menos feliz repetición de la misma vieja historia, del mismo “programa” guardado en la computadora con los cromosomas de nuestros padres, nuestros estudios, nuestros años formativos y deformativos; algo que no fuera el maletín que arrastramos a todas partes, ni el estetoscopio, ni la lapicera, ni la suma de nuestros sentimientos ni la suma de nuestros pensamientos inalterables que nos dejan para siempre los mismos solos en nuestra pequeña isla del ser el cual no es ser, el cual es millones de cosas apiñadas dentro nuestro de afuera, de alrededor y arriba y debajo nuestros, de la vida, del mundo, de otros seres --¿dónde está el ser? ¿Qué es yo en todo eso? ¿Dónde estoy yo? La pregunta se ha hecho tan insoportable que un día dimos un paso hacia fuera -- pisamos en nada, lo que tal vez era algo, pero era todo, el único camino para salir de la oscura isla. Entonces, poco a poco, en el diminuto intervalo vacío entre esta sobra del ser mecánico y ese algo, o nada, que observa todo, vimos crecer en nosotros una llama de necesidad, una necesidad que se hizo más y más intensa y ardiente a medida que la oscuridad se hacía más densa dentro y alrededor nuestro, una llama inexplicable saltando en esa asfixiante nada. Y lentamente, muy lentamente, como un vago amanecer emergiendo desde abajo de la noche, como una lejana ciudad envuelta en bruma, vimos comenzar a aparecer pequeñas luces centellantes, señales desfallecientes, tan desfallecientes que parecían luces flotantes en un marco oscuro, que no podrían haber estado a más de diez pies o diez millas, a menos que fueran el reflejo de estrellas o la fosforescencia de las noctilucas debajo de las olas. Pero incluso esa nada ya era algo en un mundo lleno de tal nada no superada. De tal modo que

insistimos. La pequeña llama de necesidad se instaló en nosotros (¿o era afuera de nosotros, o en nuestro lugar?); se convirtió en nuestra compañera, nuestra presencia en medio de una ausencia de todo, nuestro indicador, nuestra intimidad siempre ardiendo. Y cuanto más crecía, dando gritos desde adentro nuestro, llamando tan desesperadamente en esta vacía y sofocante nada, tanto más brillantes crecían las señales, centellaban un poco en todas partes por debajo de nuestros pasos, como si dijeran, “¿Ves? ¿Ves?”, como si llamaran al nuevo mundo que la hizo volver en sí, como si algo respondido, se hizo más firme, se constituyó en líneas, coordenadas, canales, y comenzamos a ingresar en otra tierra, en otra conciencia, en otra forma de ser -- pero ¿dónde está “yo” en todo esto, aquel que dirige y posee, ese caminante singular, el centro que no es ni del simio ni del hombre?

De este modo miramos atentamente hacia la derecha y hacia la izquierda: ¿dónde está “yo”, ¿quién es “yo”? . . . ¡No hay yo! Ni un rastro, ni un solo murmullo de él. ¿De qué sirve? Está esta pequeña sombra al frente, la cual asignó y acumuló sentimientos, pensamientos, poderes, proyectos, como un mendigo temeroso de ser robado, temeroso de la indigencia; se aprovisionó desesperadamente en su isla, no obstante continuó muriendo de sed, una sed perpetua en el medio de la adorable capa de agua; continuó construyendo líneas de defensa y fortalezas contra la abrumadora inmensidad. Pero nos marchamos de la isla oscura; dejamos que cayera la fortaleza, la cual no era tan fuerte. Entramos a otra corriente que parecía inagotable, un tesoro brindándose generosamente: ¿por qué deberíamos retener algo del minuto actual si en el siguiente todavía habría otras riquezas? ¿Por qué deberíamos pensar o planear algo si la vida se organizó a sí misma de acuerdo a otro plan, el cual frustró todos los planes viejos y, a veces, por un segundo, en una especie de onda de risa, nos deja tener un vislumbre de una inesperada maravilla, una libertad repentina, una desconexión total del viejo programa, una pequeña ley etérea y sin trabas que abrió todas las puertas, hizo caer las ineludibles consecuencias y todas las viejas leyes de hierro con el golpe de un dedo, y nos dejó aturdidos por un minuto, en el umbral de un inconcebible espacio de luz de sol, como si hubiésemos ingresado en otro sistema solar -- el cual quizás no es un sistema en absoluto -- como si romper los límites mecánicos adentro hubiesen causado la misma rotura de los límites afuera. Posiblemente porque la Maquinaria a la que estamos enfrentando es la misma cosa: El mundo del hombre es como el lo piensa; sus leyes son el resultado de su propia represión.

Sin embargo esta otra forma de ser no es sin lógica, y esa lógica es lo que deberíamos intentar capturar, si es posible, si queremos pasar concientemente hacia el otro estado, no sólo en nuestra vida interior sino en la exterior también. Debemos conocer las reglas del pasaje.

A decir verdad, no se revelan fácilmente -- porque son demasiado simples. Requiere de incansables experimentaciones, observaciones, y por sobre todo -- sobre todo -- mirar al microscopio. Imaginamos que los grandes primates del pasado que avanzaban con incertidumbre hacia la condición de hombre deben haber descubierto gradualmente el secreto de otro estado, en miles de pequeños segundos divididos, cuando advirtieron que la pequeña misteriosa vibración que llegó surgió entre ellos y el acto mecánico de ellos tenía el poder de hacer diferente el gesto de ellos y el resultado del gesto de ellos: un principio no material de manera subrepticia estaba comenzando a cambiar la materia y las leyes de trepar los árboles. Y, además imaginamos, que eventualmente les llamó la atención la insignificancia del movimiento que activó tan formidables consecuencias (lo cual es por qué se les escapó durante tanto tiempo; era demasiado

simple): “Eso” nunca se involucró con cosas grandes, los grandes asuntos de los simios, pero con gestos minúsculos, la piedrita casual que uno levanta al borde del sendero y sujeta por un momento en su palma, el rayo de sol jugando sobre el joven retoño entre millones de otros retoños en el bosque idénticos pero envanecidos. Pero ese retoño y esa piedrita son mirados de manera diferente. Y todo está en esa diferencia.

Por eso, nada es demasiado pequeño para el buscador del nuevo mundo; la más leve fluctuación del estado vibratorio interno es cuidadosamente advertida, junto con el gesto que lo acompaña, la circunstancia que surge de pronto o el rostro que pasa. Pero dijimos “vibración”: los pensamientos no tienen casi nada que ver con esto; pertenecen a las viejas acrobacias mentales y son casi tan importantes para la nueva conciencia como lo fue trepar a los árboles para el primer pensamiento. Es más como un cambio de colorido interior, un juego de sombras fugaces y repentino brillo del sol -- punzantes sobresaltos o corrientes pausadas, presiones abruptas que despiertan nuestra atención, súbitas grietas en las nubes, momentos de malestar, desmoronamientos inexplicables. Nada es inútil; no hay retoños vanidosos en el bosque, ni molestias, nada que descartar, ninguna circunstancia infeliz, ningún lugar desfavorable, ningún encuentro inoportuno, ningún accidente desgraciado -- todo está bien para el buscador del nuevo mundo, todo está en su área de estudio Casi parece como si todo le hubiese sido dado para que el pueda aprender el oficio. De esta manera, el buscador comienza a poner su dedo en la primera regla del pasaje: Todo es parte de éste. ¡Todo apunta hacia esa dirección! No hay molestia, ningún enemigo, ningún obstáculo, ningún accidente, ninguna cosa negativa -- todo es supremamente positivo, nos da señales, nos invita al descubrimiento. No hay cosas insignificantes, únicamente momentos de inconsciencia. No hay circunstancias contrarias, únicamente actitudes erróneas.

Pero, entonces, ¿cuál es la actitud que trae la conciencia nueva, la mirada que hace la diferencia? La actitud es simple, hemos dicho: uno primero debe haber cercenado todas las ataduras con la máquina y vivir en la extensión de atrás. Decimos “de atrás”, pero a decir verdad no sabemos si hay frente, atrás, arriba o abajo; es únicamente una distancia de “nosotros mismos”, la vieja sombra, una especie de posición tanto arriba como atrás, y como si esa sombra fuese solamente parte de un cuadro entre muchas otras cosas que miramos -- pero, ¿quién hace la observación, dónde esta el Ser que mira? Realmente es un ser extraño, que no es yo mismo. Se siente como si “yo mismo” ya no estuviera adentro del cuerpo, suspendido en el centro de la tela de araña mental y vital, sino como si el cuerpo estuviese adentro mío, junto con muchas otras cosas. Y a medida que esta desconexión de la maquinaria se hace más y más absoluta, este ser parece hasta extenderse hacia fuera, para tocar muchos otros puntos, aparentemente capaz de vivir en muchos lugares diferentes, sin ninguna preocupación por la distancia, como si ya no dependiera más de los órganos de los sentidos y pudiera, tal vez, vivir innumerablemente, aquí o ahí, dependiendo de hacia donde está enfocado el haz de luz Es un ser innumerable.

La condición básica parece en consecuencia establecer esa pequeña extensión clara “de atrás”, ese creciente caudal: el medio debe ser claro, de otra manera todo es distorsionado y no hay una mirada en absoluto, únicamente la misma vieja mezcla. Pero esa claridad es únicamente una condición básica para algo más: el instrumento está siendo limpiado para ser utilizado. Y regresamos a nuestra pregunta: ¿Qué clase de mirada “desenterrará” a la nueva conciencia? Pues, en realidad, es una cuestión de “desenterrar”: está aquí, no a millones de millas en los cielos o en el espacio. Está

tan cerca que no la vemos; se parece tanto a nada que pasamos caminando junto a ella, como el simio pasó caminando junto al río mil veces sin advertir el torrente de energía que podía cambiar al mundo.

Nuestra mirada es falsa porque percibe todo a través del deformante prisma de su rutina, que es múltiple y sutil, hecho de miles de años de hábitos que son tan deformantes en su diablura como lo son en su sabiduría. Este es el residuo del antropoide, que tuvo que levantar barreras para proteger su pequeña vida, su pequeña familia, su pequeño clan, trazar una línea aquí, una línea ahí, marcadores de límites, y generalmente asegurar su precaria existencia encajonándola en una coraza de ser individual y colectivo. Se deduce que no hay bien y mal, correcto e incorrecto, útil y dañino, normas de conducta --lentamente nos hemos embrollado en una inmensa red de policía en la cual apenas tenemos la libertad espiritual para respirar --y hasta ese aire está contaminado por innumerables decálogos que están escasamente un pie arriba de la polución por monóxido de carbono en nuestros motores. En conclusión, por siempre estamos "corrigiendo" al mundo. Pero estamos comenzando a darnos cuenta que esta corrección no es del todo tan correcta. Ni por un momento dejamos de ponernos nuestros lentes multicolores sobre las cosas con el propósito de verlas en el azul de nuestras esperanzas, en el rojo de nuestros deseos, en el amarillo de nuestros principios morales y leyes a la medida, y en negro, en el interminable gris de una maquinaria que continúa rechinando y rechinando por siempre. La mirada -- la verdadera mirada -- que tendrá el poder de escaparse de este conjuro mental es, por ello, la única que será capaz de lanzarse claramente sobre las cosas, sin "corregirlas" inmediatamente: para reposar aquí, sobre este rostro, esa circunstancia u objeto, la manera en que uno contempla el infinito mar, sin intentar solidificar algo -- dejarlo que sea llevado por esa tranquila y fluida infinitud, bañarse en lo que vemos, hundirse en la cosa hasta que lentamente, como si desde muy lejos, desde las profundidades de un tranquilo mar, aflorara una percepción de la cosa vista, de la enigmática circunstancia o del rostro cerca nuestro; una percepción que no es un pensamiento, ni un juicio, escasamente una sensación, sino que es como el verdadero contenido vibratorio de la cosa, su modo especial de ser, su cualidad de ser, su música más íntima, su relación con el gran Ritmo que fluye por todas partes. Entonces, lentamente, el buscador del nuevo mundo verá una especie de pequeña chispa de pura verdad en el corazón del objeto, circunstancia, rostro o accidente, un pequeño grito de verdadera existencia, de verdadera vibración debajo de todas las capas negras y amarillas y azules y rojas -- algo que es la verdad de cada cosa, cada ser, cada circunstancia, cada accidente, como si la verdad estuviera en todas partes, en cada instante, en cada paso, únicamente revestida de negro. De este modo, el buscador habrá puesto su dedo en la segunda regla del pasaje y el más grande de todos los secretos sencillos: Mirar a la verdad que está en todas partes.

Armado con esta dos reglas, firmemente establecido en su posición iluminada por el sol, ese tranquilo espacio libre, el buscador del nuevo mundo avanza con un ser más grande, quizás infinito, que abarca esta calle y a todos los seres y a todos los pequeños gestos de la hora; continúa avanzando más firmemente, como llevado por un grandioso ritmo, el cual también lleva a los seres y a las cosas a su alrededor, los miles de encuentros brotaron de ninguna parte y desapareciendo en la distancia; él mira esta pequeña sombra caminando, que parece haber caminado tanto, tal vez caminado durante muchas vidas, repetido los mismos pequeños gestos, tropezó aquí y ahí, intercambió los mismos comentarios sobre el humor de las estaciones; y todo parece tan similar, tan mezclado con dulzura que esta calle y estos seres y los encuentros

pasajeros parecen haber sido hechos con el mismo molde, emanados desde las profundidades de la noche, rememorados de la misma historia idéntica, bajo el cielo de Egipto o de India o de Vermont, hoy, ayer o hace cinco mil años -- y ¿qué ha cambiado realmente? Hay un pequeño ser caminando con su fuego de la verdad, su fuego de la necesidad, tan intenso en medio de la turbulencia del tiempo -- un fuego es quizás la única cosa que es verdaderamente él, una llama del ser desde las profundidades del tiempo, un grito invariable en medio del inmenso flujo de las cosas. Y ¿qué es lo que está pidiendo, este ser; qué es lo que clama? ¿No es la vasta y creciente luz del sol, en ese ritmo que lleva a todo? Él es y no es. Él tiene un pie en una serena eternidad y el otro tropezando y yendo a tientas en la penumbra -- el otro en un pequeño ser de fuego anhelando llenar este segundo de tiempo, este gesto vacío, este paso entre miles de pasos similares, con una plenitud de verdadera existencia tan completa como todos los milenios reunidos, con una tan infalible exactitud como el entrecruzamiento de las estrellas arriba de nuestras cabezas; queriendo que todo fuera cierto, completamente cierto y lleno de significado, en este enorme torbellino de vanidad; queriendo que esta línea que él cruza, esta calle que él camina, esta mano que él extiende, esta palabra que él pronuncia para ser entrelazada con la grandiosa corriente de los mundos, con el ritmo de las estrellas, con las líneas, las innumerables líneas que surcan este universo y forman una canción entera, una verdad repleta con el todo y con cada fragmento del todo. De esta manera, él mira a todas estas pequeñas cosas pasando, las llena con su fuego de súplica, mira y mira a esa pequeña verdad en todas partes como si fuera a salir a chorros, forzada en existir por su fuego.

Y es verdad que el mundo comienza a cambiar ante nuestros ojos y que ya nada es insignificante, nada está separado del resto. Presenciamos un nacimiento grandioso, total. Nuestra simple mirada tiene extrañas prolongaciones, nuestro pequeño gesto un eco que repercute. Pero nuevamente aquí, es un nacimiento tímido; es más como pequeños indicios de nacimiento desparramados. El buscador se detiene y fija la vista en un desparramo de pequeños arranques, de acontecimientos sin una conexión aparente, un poco como el antiguo homínido mirando fijamente una rama flexible aquí y una enredadera y un trozo de pedernal más allá antes de juntarlos en un arco y cortando a su presa en plena carrera. No conoce las conexiones -- prácticamente tienen que ser inventadas. Pero nuestras invenciones son únicamente un descubrimiento de lo que ya está ahí, como el río y la enredadera en el bosque. Un nuevo mundo es un descubrimiento de nuevas conexiones. Ahora, la nuestra es una era de introspección de la segunda clase, cuando la invención, la verdadera invención, ya no es la que juntará dos objetos materiales por medio del sutil fenómeno del pensamiento, sino la que será capaz de juntar la misma materia y el fenómeno más sutil de un segundo grado de conciencia, silencioso y sin pensamiento. La tarea de nuestra era ya no es perfeccionar la materia a través de la materia, aumentar la materia agregándole más materia -- ya estamos sofocándonos bajo la monstruosa plétora que nos encadena y que, de forma básica, es únicamente un "mejoramiento" de la técnica de los simios -- sino transformar la materia mediante ese poder más sutil, o mejor dicho, quizás, hacerla que revele su propio poder innato de la verdad.

Es difícil escoger ejemplos de aquellas miles de pequeñas experiencias microscópicas las cuales uno apenas sabe si llamarlas experiencias, coincidencias o imaginaciones.

No obstante continúan surgiendo, insistiendo, como si un invisible dedo de luz estuviera guiando nuestros pasos, inspeccionando este gesto, aplicando una presión sutil en un punto o en otro, hasta que comprendemos -- entonces la presión es levantada y avanzamos hacia otro punto, que parece regresar una y otra vez con la misma obstinación. Una experiencia es mil experiencias inconscientes de sí mismas. No hay ninguna receta, ninguna hoja de instrucciones; la única manera es caminar, tropezar, caminar más, hasta, que de pronto, hay un pequeño “¡ah!” que de inmediato rellena miles de fisuras.

Hay dos categorías de “experiencias”, unas positivas y unas negativas, y ellas abarcan todo desde la entidad subjetiva que somos todo el camino hacia la gran entidad objetiva a la que entramos. Entonces, en algún punto, esta subjetividad y esta objetividad se funden, este pequeño fragmento de materia se fusiona con el grande, y todo avanza en un solo movimiento. Este es el rompimiento de los límites.

Entre aquellas innumerables pequeñas explosiones del comienzo, la que más frecuentemente se repite es la interpenetración o fusión de lo interno y lo externo, pero en la dirección opuesta a la de las mecánicas materialistas. Ahí, al golpear nuestros dedos resulta en un desorden en nuestra sustancia interna; aquí, un desorden en nuestra sustancia interna resulta en un soplo en la materia. Esta experiencia es repetida miles de veces, en cada nivel de nuestro ser, para que así comprendamos claramente el proceso. Primero es negativo, atrapándonos en nuestros lados flacos, como si el error fuera siempre la puerta hacia una verdad más grande. De esta manera, hemos salido de nuestro pequeño espacio libre, una vez más enredados por la máquina (uno debería decir por el dolor, pues es realmente un ser de pena), y todas las circunstancias de la vida comienzan a cambiar subrepticamente, a veces hasta de una manera impactante la cual puede llegar tan lejos como un accidente físico. A pesar de que no hubo ningún pensamiento malo, ningún viejo deseo o una impaciente agitación; únicamente hubo un resbalón hacia el viejo hábito de estar bajo un peso de ansiedad, un oscurecimiento sin razón aparente, una pérdida del pequeño rayo claro. Y todo comienza a rechinar, nada concuerda, nada ensambla, cada gesto está mal, nos luxamos un tobillo en la escalera. Recaemos en una especie de esfuerzo arduo, como si estuviésemos empujando constantemente contra un muro. De esta manera, nos detenemos por un momento, volvemos a llamar al silencio, retrocedemos un paso, reavivamos ese fuego de necesidad, el cual es en realidad como un grito por aire, y repentinamente todo se ilumina, se simplifica, se relaja —el muro se ha ido. Volvimos hacia atrás a la vastedad, recapturamos el ritmo, la musiquita en las profundidades de las cosas; e imperceptiblemente todas las circunstancias comienzan a girar hacia otra dirección, inesperadas, sutiles, casuales, salpicadas de pequeñas sonrisas que titilan por aquí y por ahí, haciéndonos señas. A veces, hasta hay un acomodamiento milagroso, pero milagros minúsculos que no les interesa vanagloriarse exhibiendo su poder, que ni siquiera quieren ser reconocidos, que únicamente sonríen levemente si los señalamos con el dedo, como si dijeran, “¿Ven qué bobos que son ustedes?”.

Por cierto, nos sentimos bastante bobos. De repente entramos en un paisaje increíble donde pequeñas luces parecen titilar suavemente por todas partes, parpadeando alegremente, casi con picardía hacia nosotros, como si se estuviesen abriendo puertas de cada lado, gotas de tesoro resplandeciendo como rocío por todas partes. ¡De golpe, todo parece seguir otra ley, vivir de acuerdo a otro ritmo, como si nuestros ojos hubiesen visto mal durante centurias y ahora están viendo correctamente, el mundo se hace verdadero, todo se revela, todo es una revelación! Casi podríamos decir, “Qué

sea de esta manera”, para que la circunstancia se haga exactamente como la hemos visto en ese instante, para obedecer nuestro mandato, para adherirse explicablemente, como si hubiese una coincidencia perfecta, instantánea entre la materia y la mirada que se abrió en nosotros -- todo es posible, todo se hace posible. Parece como un milagro, pero no es un milagro. No hay ningún milagro, únicamente conexiones que no captamos. Y la experiencia se repite hasta que la captamos. Es fugaz, caprichosa, y nos elude cuando intentamos capturarla; depende de algo más. Y regresamos una y otra vez a ese algo más, que parece como nada, que es simple como una sonrisa, ligero como una brisa, dócil como una flor al sol --¿tal vez eso es lo que la abre del todo, una especie de aceptación llena de luz del sol, al todo, a cada segundo? Pero, primero, siempre hay un florecimiento interno, algo que se abre y se comunica instantánea y directamente con la materia, como si el punto de la verdad en nosotros se hubiese unido a y tocado los mismos puntos de la verdad en la materia. Todo fluye sin pausas; lo que “eso” quiere aquí, en este punto del “ser”, también es querido aquí, en ese punto de la materia, porque es la misma sustancia, la misma voluntad, el mismo ser global, el mismo ritmo. Por un segundo se abren ante nosotros fabulosos horizontes, luego desaparecen. El buscador ha tropezado con un secreto escurridizo que posee la maravilla del nuevo mundo en semilla tan ciertamente como el primer pensamiento del simio poseía la semilla de las maravillas de Einstein -- pero esta es una maravilla sin restricciones, completamente libre e independiente de mecanismos externos, una especie de brote espontáneo desde adentro. Él ha puesto su dedo sobre la tercera regla del pasaje: Desde adentro hacia fuera. La vida ya no es el resultado de una manipulación de un fenómeno externo, una suma y combinación de diferentes clases de materia por el poder de la maquinaria mental, sino el despliegue de un fenómeno interno que manipula la verdad de la materia por la verdad interna -- un despliegue de la verdad en la verdad y por la verdad.

Y una vez más el mismo fenómeno llama nuestra atención. Estas pequeñas explosiones fugaces no tienen nada que ver con “cosas grandes”, los sensacionales y estremecedores asuntos de los hombres. Son milagros humildes, uno podría decir meticulosos milagros de detalle, como si la clave real estuviera allí en la pequeña trastabillante nimiedad de todos los días tomada por sorpresa, a nivel del suelo, como si, de hecho, una victoria ganada a un minúsculo punto de materia estuviese más cargado de consecuencias que todos los viajes a la luna y las enormes revoluciones de los hombres -- que al final no revolucionan nada.

Este nuevo funcionamiento en realidad parece ser radicalmente nuevo. No es como cualquiera de los así llamados poderes espirituales u ocultos que uno puede obtener al subir la escalera de la conciencia: estos no son poderes proféticos, o poderes sanadores, o poderes de levitación -- los mil y un pobres poderes que nunca han curado la pobreza del mundo -- no son deslumbrantes luces que dirigen la atención de los hombres por un instante, sólo para dejarlos después como eran antes, medio dormidos y enfermos de cáncer; no efímeras, apremiantes imposiciones desde arriba que vienen y alteran las leyes de la materia, sólo para dejar que al momento siguiente caiga en su opresiva y terca obstinación. Es una conciencia nueva -- nueva, completamente nueva, como un joven brote en el árbol del mundo -- un poder directo desde la materia hacia la materia, sin interferencia de arriba, sin sentido descendente, intermediario deformante o pasaje diluido. La verdad aquí responde a la verdad ahí, instantánea y automáticamente. Es una conciencia global, innumerable e infinitesimalmente consciente de la verdad de cada punto, cada cosa, cada existencia, cada segundo. Podríamos decir una divina conciencia de la materia, la misma que un

día echó su semilla sobre nuestra buena tierra, y estas millones de semillas silvestres, y estas millones de estrellas, que en todo momento conoce perfectamente todos los grados de su desarrollo, hasta la hoja más diminuta --todo armoniza cuando uno armoniza con la Ley. Porque, en realidad, hay únicamente una Ley, la Ley de la Verdad.

La verdad es suprema eficacia.

El Fuego del Nuevo Mundo

Pero, ¿qué era esta nueva conciencia que apareció repentinamente en el año de gracia de 1969 de nuestra evolución? (Pudo haber muchos años de gracia con anterioridad, sepultados ahora por los escombros de la Tierra, y otros ciclos humanos que alcanzaron el punto que hemos alcanzado ahora y fueron destruidos quizás por las mismas razones que nos amanzanan en la actualidad. ¿Somos nosotros la más alta cima de la grandiosa ola evolutiva o simplemente la enésima repetición de un intento que ha tenido lugar muchas veces antes, aquí o en otros universos?) Esta nueva conciencia puede no ser tan nueva después de todo, pero llegó a ser nueva para nosotros e ingresó en el campo de las comprensiones prácticas el día mismo en que fuimos capaces de establecer una relación con ella -- quizás deberíamos decir renovamos la relación con ella, porque desde el comienzo de tiempo, aquí o en otros mundos, puede ser eternamente la misma Cosa eterna con la cual establecemos diferentes relaciones de acuerdo a nuestro grado de preparación. Lo que le parecía remoto y divino al orangután es bastante cercano y mucho menos divino para nosotros, pero las divinidades del futuro continúan por ser reclamadas, y siempre habrá un eternamente a ser encarnado. Ese eternamente es el significado mismo de la evolución y el malentendido “Dios” que perseguimos en una forma de orangután, en una forma religiosa o científica; a pesar de que no Lo bautizamos, Él podría ser tanto mejor para ella, y nosotros también. Pero es la misma Cosa, ahí, siempre ahí -- tan sólo, hay puntos de ruptura entre las especies, momentos de acceso hacia otro estado u otra relación. Es bastante evidente que por sí mismo un camaleón no podría imaginar (suponiendo que imagina) cualquier otra cosa que a un supercamaleón dotado de más colores fastuosos y más diestras capacidades depredadoras; similarmente, un topo ampliaría su depósito y túneles -- que es lo que hemos estado haciendo a nuestra manera humana. ¿Cuál es, entonces, ese “punto esfumándose” hacia algún otro sitio que siempre estuvo ahí, otra cosa que era la misma cosa, diferentemente vista e incautada?

Si hemos de considerar la mecánica materialista, nada puede salir de un sistema excepto lo que ya está contenido en él; podemos perfeccionar únicamente lo que está

ahí, en la pequeña burbuja. En un sentido, tienen razón, pero uno podría preguntarse si un asno mejorado producirá alguna vez alguna otra cosa que un asno. Parecería que el sistema cerrado de los materialistas está condenado a pobreza postrema; y que, al reducir todo al grado del desarrollo de los cromosomas y a la perfección de la materia gris, ellos se han dedicado a la súper-mecanización de la máquina de la cual partieron (la maquinaria únicamente puede conducir a la maquinaria). Pero el simio, el topo y el camaleón hacen simplemente eso: suman y restan; y nuestra maquinaria no es fundamentalmente más avanzada que la de ellos, aún cuando envíe cohetes a la luna. En conclusión, somos cierto protoplasma perfeccionado con mayor capacidad de deglución y tropismos (?) más listos, y pronto seremos capaces de calcular todo lo que se requiere para producir Napoleones biológicos y Einsteins de tubos de ensayo. De todas maneras, nuestro mundo difícilmente sería un lugar más feliz con legiones de pizarras y súper-generales, quienes no sabrían qué camino tomar -- partirían a colonizar otros mundos . . . y llenarlos de pizarras. No hay salida de él, por definición, ya que el sistema es cerrado, cerrado, cerrado.

Insinuamos que hay un mejor materialismo, menos empobrecedor, y que la materia es menos estúpida de lo que usualmente se dijo. Nuestro materialismo es una reliquia de la era de las religiones, uno casi podría decir que es su inevitable compañero, como el bien y el mal, negro y blanco, y todas las dualidades que resultan de una visión linear del mundo que ve un manojo de pasto después de otro, una protuberancia después de un agujero, y ubica a las montañas contra las planicies, sin darse cuenta de que todo junto es igual y totalmente cierto y hace una perfecta geografía en la cual no hay ni un solo agujero que llenar, una sola protuberancia que sacar, sin empobrecer todo el resto. No hay nada que quitar; hay todo para ver en la verdad global. No hay contradicciones; únicamente hay visiones limitadas. Por eso exigimos que la materia -- nuestra materia -- sea capaz de mayores maravillas que todos los milagros mecánicos que intentamos arrebatarse de ella. La materia no se coerce mediante la impunidad. Es más consciente de lo que creemos, menos cerrada que nuestro fortín mental -- prosigue por un rato, porque es lenta, luego toma su revancha, sin compasión. Pero uno tiene que conocer la palanca correcta. Hemos intentado encontrar esa palanca examinándola detenidamente científica o religiosamente; hemos inventado microscopios y escalpelos, y aún más microscopios que exploraron más profundamente, vieron más grande, y descubrieron una más pequeña y más pequeña y todavía más pequeña realidad, la cual siempre parecía ser la codiciada clave pero simplemente abría la puerta hacia otra, más pequeña existencia, empujando incesantemente hacia atrás a los límites circundados dentro de otros límites que circundaban a otros límites -- y la clave continuó escabulléndose, aún cuando dejaba en libertad a algunos pocos monstruos sobre nosotros durante el proceso. Miramos con atención a una hormiga que estaba creciendo más y más grande pero perpetuamente continuaba teniendo seis patas a pesar de los superácidos y superpartículas que descubrimos en su abdomen de hormiga. Quizás seremos capaces de fabricar otra, incluso un hormiga de tres patas. ¡Cierto logro! No necesitamos otra hormiga, aún una mejorada. Necesitamos algo más. Religiosamente, también, hemos intentado estudiar detenidamente a la materia, para reducirla a una ficción de Dios, un valle de tránsito, un reino del diablo y de la carne, las mil y una partículas de nuestros telescopios teológicos. Miramos atentamente más alto y más alto hacia el cielo, más y más divinamente, pero penosamente la hormiga continuaba teniendo seis patas -- o tres -- entre un nacimiento y otro, eternamente la misma cosa. No necesitamos una salvación de la hormiga; necesitamos algo diferente a una hormiga. A fin de cuentas, no necesitamos ver más grande o más arriba o más lejos, sino simplemente aquí,

debajo de nuestra nariz, en este pequeño conglomerado viviente el cual contiene su propia clave, como la semilla del loto en el lodo, y para proseguir en un tercer sendero, el cual no es el de la ciencia ni tampoco el de la religión -- aunque un día tal vez pueda combinar ambos dentro de su contorneada verdad, con todos nuestros blancos y negros, cosas buenas y cosas malas, cielos e infiernos, protuberancias y agujeros, en una nueva geografía humana o superhumana que todos estas cosas buenas y cosas malas, agujeros y protuberancias estaban preparando meticulosa y acertadamente.

Este nuevo materialismo tenía un muy poderoso microscopio: un rayo de verdad que no se detiene ante ningún aspecto sino que viaja lejos, lejos, a todas partes, capturando la misma "frecuencia" de verdad en todas las cosas, todos los seres, bajo todas las mascarillas o interferencias confundidoras. Tiene un microscopio infalible: una apariencia de la verdad que se encuentra en todas partes y sabe, porque es lo que toca. Pero esa verdad primero tiene que ser desenmarañada en nosotros antes de que pueda ser desenmarañada en todas partes; si el medio es claro, todo es claro. Como hemos dicho, el hombre tiene una individualidad de fuego en el centro de su ser, una pequeña llama, un grito puro de existencia debajo de las ruinas de la máquina. Este fuego es el que clarifica. Este fuego es el que ve. Pues es un fuego de verdad en el centro del ser, y es el mismo Fuego en todas partes, en todos los seres y todas las cosas y todos los movimientos del mundo y de las estrellas, y esta piedrita a un costado del camino y esa semilla alada que el viento hace flotar. Hace cinco mil años los Rishis védicos ya estaban cantando sus alabanzas:

"Oh Fuego, ese esplendor tuyo,

el cual está en el cielo y el cual está en la tierra y en los brotes y sus aguas.. .

es un brillante océano de luz en el cual hay visión divina . . . (9)

Él es el hijo de las aguas,

el hijo de los bosques,

el hijo de las cosas firmes y el hijo de las cosas que se mueven.

Hasta en la piedra él está para el hombre,

Él está ahí en el medio de su casa . . . (10)

Oh Fuego

Tú eres el nudo del ombligo de los mundos y de sus habitantes." (11)

Ese fuego lo habían descubierto los Rishis cinco mil años antes que los científicos -- lo encontraron incluso en el agua. Lo llamaron "el tercer fuego", el que no está ni en la llama ni en el relámpago: saura agni, el fuego solar, * el "sol en la oscuridad." (12). Y lo encontraron exclusivamente mediante el poder de la visión directa de la Verdad, sin instrumentos, exclusivamente mediante el conocimiento de su propio Fuego interno -- del igual al igual. Mientras que a través de sus microscopios los científicos sólo han

descubierto el sostén material -- el átomo -- de ese Fuego fundamental el cual está en el corazón de las cosas y el comienzo de los mundos. Ellos han encontrado el efecto, no la causa. Y debido a que sólo encontraron el efecto, los científicos no tienen el verdadero dominio, o la clave para transformar la materia -- nuestra materia -- y haciendo que produzca el verdadero milagro que es la meta de toda la evolución, el "punto de singularidad" que abrirá la puerta al nuevo mundo.

* No fue hasta 1938 y el ciclo de Bethe que este "tercer ojo" -- el que disparó reacciones nucleares -- fuera descubierto; y ciertamente es el fuego del sol, cuya enorme energía radiante resulta de la fusión del núcleo de hidrógeno en el helio. Antes de entonces, la ciencia conocía únicamente la primera de las dos clases de fuego: el fuego en las reacciones químicas, cuando las moléculas son destruidas y recombinadas sin cambio alguno en la estructura de los átomos constituyentes, y el fuego resultante de las modificaciones en las capas externas (los electrones), los cuales son la fuente de todos los fenómenos electromagnéticos. (Nota recopilada por P.B. Saint-Hilaire).

En este Fuego que es el poder de los mundos, el deflagrador original de la evolución, la fuerza en la roca, la fuerza en la semilla, la fuerza "en el medio de la casa." Esta es la palanca, el vidente, el que puede romper el círculo y todos los círculos de nuestras sucesivas esclavitudes -- materiales, animales, vitales y mentales. Ninguna especie, ni siquiera impelida hacia su extremo de eficiencia e inteligencia y luz, tiene el poder de trascender sus propios límites -- no el camaleón, no el simio, no el hombre -- únicamente por la orden de sus cromosomas mejorados. Es sólo este Fuego el que puede. Este es el punto de singularidad, el momento supremo de imaginación que pone fuego a los viejos límites, como un día un momento supremo similar de imaginación encendió el mismo fuego en el corazón de los mundos y lanzó esa semilla solar sobre las aguas del tiempo, y todas esas ondas, cuyos círculos a su alrededor, para ayudarla a crecer mejor, hasta que cada radícula, cada rama y ramita del grandioso florecimiento es capaz de lograr su propio infinito, entregado por su grandeza misma.

Y nuevamente regresamos a nuestra pregunta: ¿Qué es esta nueva conciencia? ¿De dónde vino si no es el fruto de nuestro precioso cerebro? . . . De forma básica, el temor del materialista es encontrarse repentinamente cara a cara, sin aviso, con un Dios para adorar, y ciertamente nos compadecemos de él cuando vemos los cuadros pueriles que las religiones han pintado de Él. Los simios, también, de haber tenido semejante idea, hubieran pintado un cuadro tan infantil de los poderes sobrenaturales y divinos del hombre. Es ser adorado lo que nos hace más amplios, más hermosos, más iluminados por el sol; y finalmente, esa amplitud, belleza y luz del sol nos son accesibles únicamente debido a que ya están en nosotros, de otra manera no las reconoceríamos. Sólo los similares reconocen a los similares. Esta creciente analogía es la única divinidad digna de adoración. Pero queremos creer que no se detiene con la dorada mediocridad de nuestros logros científicos, no más de lo que se detuvo con la proeza del pitecántropo. Esta conciencia "nueva" es por consiguiente no tan nueva; es nuestra mirada la que es nueva, la analogía que está en aumento es más perfecta (quizás deberíamos decir la exactitud del mundo que se está acercando más). Este mundo,

como ahora todos sabemos, no es como aparenta; esta materia, tan sólida para nuestros ojos, esta agua tan cristalina, esta exquisita rosa se desvanece en algo más, y la rosa nunca fue la rosa, ni el agua cristalina; esta agua fluye y borbotea tanto como esta mesa y esta piedra, y nada es inmóvil. Hemos ampliado nuestro campo de visión. Pero, ¿qué destruyó a la rosa? ¿Quién tiene razón, el microscopio o nuestros ojos? Probablemente ambos, y ninguno completamente. El microscopio no invalida ni niega nuestra visión superficial; solamente palpa otro grado de realidad, un segundo nivel de la misma cosa. Y debido a que el microscopio ve de manera diferente, puede actuar de manera diferente y nos abre un completo espectro de rayos que van a cambiar nuestra superficie. Pero puede haber un tercer nivel, inexplorado de la misma Cosa eterna -- sin embargo otra mirada más, pues ¿qué es nuevo debajo de las estrellas excepto nuestra mirada a las estrellas? Y lo más probablemente es que haya todavía más niveles, infinitamente más niveles aguardando nuestro descubrimiento, pues ¿qué podría probablemente ponerle un cese final al grandioso florecimiento? No hay cese, no hay ninguna Meta distante; está nuestra mirada que está creciendo y una Meta que está aquí a cada instante. Hay un grandioso florecimiento descubriendo gradualmente su maravilla, pétalo por pétalo. Y cada mirada nueva cambia nuestro mundo y todas las leyes de la superficie tan drásticamente como las leyes de Einstein han cambiado el mundo de Newton. Ver de manera diferente es ser capaz de hacer de manera diferente. Ese tercer nivel es la conciencia nueva. Y no invalida ni a la rosa ni al microscopio -- nada es invalidado al fin, excepto, gradualmente, nuestro desatino. Sólo conecta a esa rosa con el grandioso florecimiento total, y esa borboteante agua, esa piedrita casual, ese pequeño ser solo en su rincón, con la grandiosa corriente del único Poder el cual gradualmente nos moldea en la dorada analogía de la grandiosa Mirada interior. Y tal vez nos abra la puerta hacia Milagros menos monstruosos: diminutos milagros naturales que a cada instante traen a la vida a la grandiosa Meta y revelan la totalidad de la maravilla en un punto.

Pero, ¿dónde está la misteriosa clave hacia ese tercer nivel? En realidad, no es misteriosa después de todo, a pesar de que está llena de misterios. No depende de instrumentos complicados, no se oculta bajo un conocimiento secreto, no cae del cielo para el elegido -- está ahí, casi visible a simple vista, absolutamente simple y natural. Ha estado ahí desde el comienzo del tiempo, en esa semilla albergando un abrasador fuego: una necesidad de extenderse y tomar; en esa grandiosa nebulosa acopiando sus muy pequeñas cantidades de átomos; una necesidad de crecer y de ser; bajo aquellas aguas durmientes hirviendo ya a fuego lento con un impaciente fuego de vida; una necesidad de aire y espacio libre. Y todo comenzó a moverse, impelido por el mismo fuego: el heliotropo hacia el sol, la paloma hacia su compañera y el hombre hacia lo que no sabemos qué. Una inmensa Necesidad en el corazón de los mundos, todo el camino hacia las galaxias allí afuera, hacia los límites de la Andrómeda, la cual atrajo una hacia la otra en un abrazo mortal gravitacional. Esa necesidad que vemos en nuestro propio nivel; es pequeña o menos pequeña, pide aire o luz solar, un compañero y niños, libros, arte y música, objetos por millones -- pero en realidad tiene solamente un único objeto, pide solamente una única música, un único sol y un único aire. Es una necesidad para el infinito. Pues surgió del infinito. Y mientras que no encuentre su único objeto, no se detendrá, ni las galaxias dejarán de devorarse unas a otras, ni los hombres de luchar ni de trabajar arduamente para apoderarse de esa única cosa que piensan que no tienen, pero la cual empuja y aguijonea adentro, atizando su fuego insatisfecho hasta que logremos la satisfacción final -- e inmediatamente la plenitud de millones de objetos vanos, de una efímera rosa y su trivial pequeño gesto. Es este Fuego el que es la clave, porque surgió el supremo Poder que le prendió fuego al

mundo; es este Fuego el que ve, porque surgió de la Visión suprema que concibió esta semilla; es este el Fuego que sabe, porque se reconoce a sí mismo en todas partes, en las cosas y en los seres, en la piedrita y en las estrellas. Este es el Fuego del mundo nuevo que arde en el corazón del hombre, “Esto que despierta en las personas que duermen”, dice el Upanishad. (13). Y no descansará hasta que todo esté restituido a su plena verdad, y el mundo a su alegría, pues surgió de la Alegría y para la Alegría.

Pero, en un principio, este ser de fuego está mezclado con sus oscuros proyectos; se afana y desea, lucha y se esfuerza; se arrastra con el gusano, olfatea el viento por el aroma de su presa. Tiene que mantenerse vivo, para sobrevivir. Percibe al mundo con su pequeña antena; lo ve en fragmentos, de acuerdo a sus necesidades. En el hombre, el animal consciente, amplía su alcance; todavía siente, suma sus trozos, sistematiza sus datos: hace leyes, eruditos discursos, evangelios. No obstante, detrás, está empujando ese ser de fuego, el algo que no claudicará, que crece impaciente con leyes y sistemas y evangelios, que percibe un muro detrás de cada verdad capturada, cada ley encuadrada, que percibe una trampa cerrándose en cada descubrimiento, como si capturar fuese ser capturado, atrapado; está el algo que dirige la antena, la cual crece impaciente incluso con la antena, impaciente con palancas y toda la maquinaria para comprender al mundo, como si esa maquinaria y esa antena y esa mirada cubrieran un único último velo sobre el mundo y le impidieran lograr su realidad sin tapujos. Está ese grito de existencia en las profundidades que anhela ver, que en realidad necesita tanto ver y salir por fin al aire libre: el amo de la antena y no su esclavo. Como si, en realidad, un amo ha estado confinado allí por siempre, lanzando arduamente hacia afuera sus pseudópodos, sus tentáculos y todas sus multicolores redes para intentar unirse con el afuera. Entonces, un día, bajo la presión de ese fuego de necesidad, la maquinaria comienza a agrietarse. Todo se agrieta: leyes, evangelios, conocimiento y toda la jurisprudencia del mundo. ¡Hemos tenido suficiente! Hasta de lo mejor hemos tenido suficiente. Aún es una prisión, una trampa -- pensamientos, libros, arte y nuestro-Padre-el-cual-está-en-el-cielo. ¡Algo más, algo más! ¡Oh, algo que necesitamos tanto, que carece de nombre, excepto por su ciega necesidad! . . . De esta manera, desmecanizamos con la misma furia con la cual habíamos mecanizado. Todo está quemado, no ve nada, nada en absoluto nunca más, ni siquiera los pequeños fragmentos que tan conscientemente ha juntado. Es casi un fuego penoso. Lucha y se esfuerza y busca y tropieza con cosas; quiere la verdad, quiere la otra cosa, como una vez quiso objetos, los millones de objetos de este mundo, y se esforzó por tener. Y poco a poco, todo es consumido. Incluso el deseo por la otra cosa, incluso la esperanza de así alguna vez esa imposible verdad pura, incluso el esfuerzo personal se disuelve; todo se desliza entre nuestros dedos.

Queda una pequeña llama pura.

Una llama que no sabe, no ve, pero es. Y hay una clase de suavidad en simplemente ser esa llama, esa diminuta llanita sin objeto -- es. Simplemente es, puramente. Hasta parece como si no necesitara nada más. Nos sumergimos en ella, vivimos en ella; es como un amor por nada, por todo. Y a veces nos sumergimos muy profundamente en ella; entonces, todo el camino al final de esta tranquila llama -- tan tranquila -- parecemos vislumbrar una sonrisa ingenua, algo que mira transparentemente al mundo; y, si no prestamos atención, esa mirada se dispersa repentinamente, fluye con las cosas, respira con la planta, se marcha hacia la infinidad en todas partes, sonrío en ésta, sonrío en ésa, y todo se hace inmediato. Ya no hay nada que tomar, nada que asir, nada que querer. ¡Está ahí; todo está ahí! Está en todas partes. Una mirada sin

muros, una visión que ata, un conocimiento que no toma nada -- todo es sabido, instantáneamente sabido. Y pasa por las cosas sin esfuerzo, como el mercurio, ligero como el polen, libre como el viento, sonriendo a todo como si nos estuviésemos sonriendo a nosotros mismos detrás de todos. ¿Dónde está “el otro”, el no-yo, el afuera, el adentro, el cerca, el lejos? Se fusiona con todo, se comunica instantáneamente, como si fuera la misma cosa en todas partes. Y pronto esta pequeña llama comienza a reconocer su propio mundo; la nueva geografía comienza a tomar relieve, matices, variaciones. Es la misma cosa, y no obstante la cosa parece única; es el mismo fuego, pero cada fuego tiene su intensidad particular, una frecuencia especial, una vibración dominante y una aparentemente totalmente diferente música. Cada ser tiene su música, cada cosa su ritmo, cada momento su color, cada acontecimiento su cadencia, y todo comienza a estar ligado. Todo toma otro significado, una especie de significado total en el cual cada diminuto actor tiene su papel irremplazable, su presencia única, su nota única, su gesto indispensable. Entonces ante nuestros ojos comienza a tener lugar un inmenso, milagroso despliegue. El mundo es un milagro -- un descubrimiento a cada paso, una revelación de un orden microscópico, una infinita travesía hacia lo finito. Estamos en la nueva conciencia; nos hemos apoderado del fuego del nuevo mundo: “Oh Fuego . . . tú eres el supremo desarrollo y expansión para nuestro ser, toda la gloria y belleza están en tu codiciado matiz y tu perfecta visión. Oh Vastedad, tú eres la plenitud que nos lleva hacia el final de nuestro camino; tú eres una multitud de riquezas extendidas en todas partes.” (14)

El Cambio de Visión

Este cambio de visión no es espectacular o inmediato; es producido por pequeñas fracciones de una nueva perspectiva que uno apenas sabe que es una nueva perspectiva. Uno pasa justo delante de ella, quizás no de manera diferente al hombre de las cavernas quien pasa delante de una pipeta de oro, le echa una mirada porque reluce, y la tira. ¿Oro? ¿Qué es oro? Tenemos que pasar por el mismo punto trivial una y otra vez, que reluce un poco y tiene un algo especial acerca de él, antes de que comprendamos que el oro es oro -- tenemos que inventar el oro; tenemos que inventar el mundo entero y encontrar lo que ya está ahí. La dificultad no está en descubrir secretos ocultos sino en descubrir lo visible, y ese oro ignorado en el medio de la banalidad -- de hecho, no hay banalidad; sólo hay inconsciencia. Existe un antiguo hábito de mirar al mundo en relación a nuestras necesidades y con respecto a nosotros mismos, como el leñador en el bosque quien ve palisandro y sólo palisandro. Es necesaria cierta medida de "excentricidad" para hacer el descubrimiento. Y al final nos damos cuenta que esa excentricidad es el primer paso hacia una más auténtica centricidad y la clave a un totalmente nuevo conjunto de relaciones. Nuestro bosque se surte de una variedad de árboles desconocidos, y todo es un descubrimiento. También hemos estado influenciados por lo que podríamos llamar la "tradición del vidente". Siempre ha parecido que los privilegiados entre los hombres eran los que tenían "visiones", quienes podían ver nuestro cotidiano gris de color rosa y verde y azul, ver apariciones y fenómenos sobrenaturales -- una clase de supercine que uno deleita libre de costo en la privacidad de la habitación de uno al oprimir el botón psíquico. Y todo eso está muy bien, no hay nada que decir, pero la experiencia indica que esta clase de visión no cambia absolutamente nada. Mañana millones de hombres podrían recibir el poder de la visión por un golpe de gracia, y ellos prenderían su pequeña televisión psíquica una y otra vez; verían dioses cargados de oro (y tal vez unos pocos infiernos más de acuerdo con sus afinidades naturales), flores más espléndidas que cualquier rosa (y un desparramo de aterradoras serpientes), seres voladores o con aureolas (pero los demonios imitan muy bien a las aureolas, ellos son más ostentosos que los dioses, les gusta el oropel), paisajes de "ensueño", espléndidas frutas, casas de cristal -- pero el final, después de la centésima vez, estarían tan aburridos como antes y brincarían ansiosamente ante las noticias de las seis. Algo está teniendo ganas penosamente en esos sobrenaturales fuegos artificiales. Y, a decir verdad, ese algo es todo. Si nuestro natural no se hace más auténtico, ninguna cantidad de sobrenatural lo remediará; si nuestra morada interior es fea, ningún cristal milagroso brillará jamás en

nuestro día, ninguna fruta apagará jamás nuestra sed. A menos que el Paraíso sea establecido en la Tierra, nunca estará en lugar alguno. Dado que nos llevamos a nosotros mismos a todas partes que vamos, incluso hacia la muerte, y mientras que este “estúpido” segundo no sea llenado con cielo, ninguna eternidad jamás será iluminada con estrella alguna. La transmutación debe suceder en el cuerpo y en la vida cotidiana; de otra manera jamás relucirá oro alguno, aquí o en cualquier otra parte, a través de los años. Lo que importa no es ver de color rosa o verde o dorado, sino ver la verdad del mundo, que es tanto más maravillosa que cualquier paraíso, artificial o no, porque la Tierra, esta muy pequeña Tierra entre millones de planetas, es el sitio experimental donde la Verdad suprema de todos los mundos han elegido encarnar en lo que parece ser su contradicción misma, y, por la virtud de su contradicción misma, convertirse en todo-luz en la oscuridad, toda-amplitud en la estrechez, inmortalidad en la muerte, y plenitud viviente en cada átomo a todo instante. Pero nosotros tenemos que colaborar.

El buscador de la verdad de la Tierra se topa constantemente con esta “contradicción”. Y esa es la clave para la nueva visión. En ella se topa consigo mismo, en otros, en circunstancias: nada “funciona” como debería. ¿Dónde está la verdad en este caos, esta confusión, esta falsedad? No aquí, sin duda; debemos luchar, rechazar, corregir circunstancias, pugnar hacia un algo que está afuera de aquí, en la distancia, mañana o pasado mañana. Y la verdad continúa evadiéndonos totalmente. Otros antes que nosotros han “corregido circunstancias” -- en Babilonia, en Tebas, en Kapilavastu. Durante los últimos diez mil años hemos pasado por una civilización después de otra, y con seguridad es una ilusión creer que la nuestra no pasará, y que el mundo occidental, con todas sus verdades científicas y culturales, permanecerá por siempre el centro del mundo. Ya que, en realidad, mañana o pasado mañana no llega nunca. Si la verdad no está justo aquí ahora, nunca estará. Esa es la matemática sencilla del mundo.

La Verdad es totalmente natural, es por eso que no la vemos. Es incluso la cosa más natural en el mundo. Estuvo aquí desde la misma primera explosión de átomos, de lo contrario, ¿cuándo hubiese aparecido alguna vez, en qué período de la Andrómeda, Cáncer o la galaxia local en la que vivimos, traída por qué profeta, qué descubrimiento, qué milagro? Los profetas han venido y se han ido; un descubrimiento se suma a un descubrimiento y los milagros de hoy formarán estratos arqueológicos para los ciudadanos de otra era. Aún no estamos ahí, y no obstante siempre hemos estado ahí, en el medio del milagro. Solamente, hay un momento en el que uno abre sus ojos al milagro. Y ese es el único momento en el mundo, el Grandioso Momento de todos los tiempos y de todas los mundos -- pues todo está ligado, no hay sino un único cuerpo en el mundo y no hay sino una única mirada para todo los universos. No podemos cambiar un único punto del mundo sin cambiar todo, abrir nuestros ojos aquí sin abrirlos a todos, instantáneamente, a pesar de la distancia, porque no hay sino una única Verdad y un único centro.

¿Es decir que nadie jamás ha tocado esta Verdad? Por supuesto que ha sido tocada, pero en las alturas mentales, en extrañas iluminaciones que dejaron una huella aquí y ahí, en un rostro de Buda en Indonesia, una Atenea en el Partenón, una sonrisa en el Reims, en algún Upanishad maravilloso, unas pocas palabras de gracia que han sobrevivido como un dorado y adorable anacronismo, difícilmente real en medio de nuestras estructuras concretas y salvajismo civilizado; ha sido tocada en las profundidades del corazón, susurrada por San Francisco de Asís o Sri Ramakrishna.

Pero entonces el mundo continúa, y todos sabemos que la última palabra le pertenece a la bomba y al triunfo del último héroe democrático, quien pronto se unirá a otro bajo el mismo manto de inanidad. Pero nunca ha sido tocada en la materia; nunca ha sido tocada ahí. Y mientras que no sea tocada ahí, seguirá siendo lo que siempre ha sido, un sueño brillante sobre el caos de los tiempos, y el mundo continuará girando vanamente, agregando sus descubrimientos que no descubren nada y sus pseudo-conocimientos que siempre terminan sofocándonos. De hecho, nos esforzamos bajo un bizarra falsa ilusión: corregimos un error aquí sólo para hacer que otro surja ahí; sellamos una fisura aquí sólo para ver la herida más abierta en otro lugar. Y siempre es la misma herida; hay sólo una única herida en el mundo, y mientras que no queramos ser curados de esa afección, nuestros millones de medicamentos y parlamentos y sistemas y leyes -- millones de leyes, en cada esquina y exactamente en nuestro buzón -- nunca nos curará a nosotros o a la enfermedad del mundo. Filantropizamos y altruizamos, distribuimos y compartimos e igualamos; pero nuestras buenas acciones parecen ir de la mano de nuestras contravenciones, y la miseria, la gran miseria del mundo, se infiltra en todo y carcome subrepticamente nuestros hogares funcionales y corazones vacíos; nuestras igualaciones son la enorme, gris uniformidad que desciende sobre la Tierra, asfixiando de manera igual a los buenos y a los menos buenos, a los ricos y a los pobres, a las multitudes de aquí y de ahí -- la gran multitud humana mecanizada, desencarnada, manipulada por miles de radios y periódicos que gritan y retumban todo el camino arriba hacia las aldeas del Himalaya. Y ni una noticia en absoluto. ¡Ni una sola pizca de noticias en aquellos billones de novedades! Ni un ápice de novedad debajo de las estrellas: los hombres sufren y se mueren en ciudades pululando con desórdenes mentales. Pero mañana será mejor, pensamos, con más máquinas, más medicamentos, más cruces rojas o azules o verdes, más leyes y todavía más leyes para remediar el cáncer del mundo. Y parecemos escuchar, desde lejos, muy lejos, muy lejos en el pasado, seis mil años en el pasado, la conmovedora vocecita de Lopamudra, la esposa del Rishi Agastya: “Durante muchos otoños he estado atareada noche y día; los amaneceres me envejecen, la edad oscurece la gloria de nuestros cuerpos . . .”, (15) y aquella de Maitreya haciendo eco de ella: “¿Qué haré con aquello mediante el cual el néctar de la Inmortalidad no es alcanzado?” (16).

¿Significa esto que no hemos progresado? Ciertamente no hemos progresado como imaginamos. No somos más humanos que el tebano o el ateniense, no más “avanzados” que ellos a pesar de nuestras máquinas. Como lo expuso Sri Aurobindo, “La maquinaria es necesaria para la humanidad moderna debido a nuestro barbarismo incurable” (17). ¡Pensamos que hemos dominado, pero no hemos dominado nada en absoluto! Nuestras máquinas son un testimonio de nuestra impotencia, una inmensa prótesis para corregir nuestra incapacidad de ver lejos, escuchar lejos, penetrar el corazón de las cosas y comprender instantánea y directamente. No sabemos para nada mejor que hace diez mil años cómo modificar la materia a través de la fuerza de voluntad (quizás lo sabíamos mejor entonces), cómo iluminar con la conciencia y comprender a través de la visión. Debajo de todos nuestros aparatos, somos menos avanzados que el animal con su sexto sentido y el pigmeo de África Central. Nuestras máquinas ven mejor que nosotros, sienten mejor que nosotros, cuentan mejor que nosotros, y tal vez terminarán viviendo mejor que nosotros. La materia se nos escapa completamente. Requiere una simple falla de poder para que nos revirtamos al hombre de las cavernas. Dado que el progreso no está mejorando el mundo existente o descubriendo nuevos procedimientos: es un cambio de conciencia y de visión.

Pero al menos hemos progresado en una dirección, la cual no es la que pensamos. Hemos completado el ciclo del simio; hemos presionado hasta su última consecuencia el simple pequeño gesto que sujetaba una enredadera a una rama para hacer un arco; hemos inflado y sobreinflado el globo mental hasta su punto de ruptura. Y se cumplió el propósito de la Naturaleza, el cual no es sólo abastecerse del mundo, sino conducir a todas las especies al punto cero, a esa suprema coyuntura donde no se haya dejado una sola selva por explorar, ni un solo mar por instalarle cañerías, ni un solo Himalaya, cuando pronto no se haya dejado ni siquiera un acre de terreno para nuestras estructuras de concreto y de acero, cuando incluso los dioses hayan sido exprimidos hasta quedar secos de todos sus jugos y se acumule el polvo en los estantes de nuestras bibliotecas, cuando la vida colapse bajo su propio peso y nos deje nuevamente, como el hombre arcaico debajo de las estrellas, solo, cara a cara con el misterio de la Tierra, para encontrar el nombre de las cosas, el poder de ellas de existir, la verdadera vibración que mora en nosotros y nos conecta con el mundo: el misterio sin tapujos de este immaculado momento, la música original de las cosas, que es tal vez su verdad última y poder último, una visión original que es un nuevo nacimiento del mundo, y tal vez la promesa de su transformación. Este es el fin del mundo mental. Estamos ante la materia desnuda. Estamos en el momento del gran Invento.

Y somos casi ridículamente inadecuados para semejante aventura fabulosa. ¿Qué tenemos? Un pequeño fuego adentro, cuya meta ni siquiera conocemos, pero que arde con nosotros, acompaña nuestros pasos, nuestros miles de pasos en la gran máquina presuntuosa; un pequeño espacio libre que a veces parece tan encantador y etéreo, y tan frágil en el medio del inmenso caos vacío -- eso es todo lo que tenemos. Es ingenuo y transparente y casi ridículo en medio de los colosos ornamentados de la mente. Y, ¿qué descubrimos? Un aliento, una nada, un pedacito de oro reluciendo durante un momento y luego desapareciendo. No hay nada sensacional. Es lo opuesto de sensacional; es humilde menudencia; quizás es nada, y es todo: Es tan elocuente como el hombre inclinándose por primera vez sobre el primer río en el mundo y mirando pasar de largo a una brizna de pasto, y luego otro (¿venido de dónde, llevado hacia adónde?, un fugitivo reflejo del cielo, y esa otra pequeña cascada en su corazón. Pero todo hace a un único todo, y durante una fracción de segundo, una especie de mirada se abre y penetra esa gota de agua y la brizna de pasto con infinitud, y el allá viene de y el otro allá va hacia, como si todo ya hubiese sucedido, como si nada hubiese sucedido jamás, nada pasó jamás: un eterno encuentro entre ese rosado y el cielo, este latido del corazón y esta endeble brizna de pasto. Y otras briznas de pasto pueden venir, otros rosados o azules o negro pasar, pero siempre es la misma cosa encontrándose a sí misma, en el mismo punto, con otros rostros y otros nombres. De esta manera, algo comienza a echar raíces en este punto de encuentro de los mundos, como si la misma mirada estuviese mirando la misma historia. Y todo está tranquilo, es idéntico y claro; no hay necesidad de hacer un esfuerzo hacia mañana, tratar de asir ese rosado o azul, esta brizna de pasto o aquella; no hay otros puntos ahí afuera, o bien son las mismas cosas encontrándose mutuamente; hay únicamente un punto en cada instante, y todo el mundo pasa a través de él, junto con Sagitario y Betelgeuse y esa ramita. Todo está contenido ahí, era tras era. Nosotros simplemente tenemos que oír la música de ese punto para escuchar toda la demás música, simplemente tenemos que estar ahí para estar con todas los demás seres, pasados, presentes y futuros -- no hay sino una única historia en el mundo y un único momento y un único ser. Está justo ahí; estamos en él. No habrá nada más, ninguna otra cosa, en tres mil años o en cien mil.

A partir de entonces, cada cosa es, simple y absolutamente. Estamos en ese punto de encuentro de existencia, y miramos al grandioso mundo, completamente nuevo. No hay esperanza de otra cosa más, no hay expectativa, no hay arrepentimiento ni deseo -- ¡si no está ahí en ese momento, nunca estará ahí! Todo está ahí, la totalidad total de todos los futuros posibles. El agua puede fluir, y los rostros y los truenos del mundo, el vestido del momento, el grito del transeúnte, la semilla que vuela. El grandioso calidoscopio cambia de dirección y esparce seres, acontecimientos, países y sus reyes, y este fugaz segundo, los colorea de azul, rojo o dorado, pero todavía está la misma mirada hacia el punto de encuentro, el mismo segundo y la misma cosa en diferentes colores, los mismos seres con sus pesares, con piel blanca u oscura, en este país o en otro. ¡No hay nada nuevo bajo el sol, nada que aguardar! Está ese pequeño segundo para explorar en él, explorar y ahondar en él, para vivir totalmente, como por siempre; está esa única cosa que pasa, ese único ser, esa mota de polen o polvo, ese único acontecimiento en el mundo. Entonces todo comienza a ser llenado con semejante significado total, para extenderse y expandirse hacia los cuatro rincones del mundo, para vibrar con total significancia, como si este rostro, este encuentro casual, ese momentáneo matiz azul o negro, este inesperado tropezón o esta pluma de ave flotando en el aire nos trajera un mensaje -- cada cosa es un mensaje, una señal de nuestra posición y la posición del todo. Ya nada existe en relación a esta pequeña sombra, a sus necesidades, sus deseos, su expectativa de las cosas o de las personas -- todo es sin signo de más o de menos, bien o mal, rechazo o elección o preferencia o voluntad de ninguna clase. ¿Qué pudiésemos querer posiblemente? Ya tenemos todo, por siempre. ¡Qué más hay ahí! Cada circunstancia transitoria divulga su nota tónica, es pura música, su más íntimo significado, sin adición ni sustracción, sin un falso color virtual -- a través de cosas y seres observamos la misma tranquila evolución de la eternidad. Estamos en nuestro punto de eternidad, en una mirada de la verdad. Estamos en ese cruce de caminos, el cual, por un momento, parece abrirse innumerablemente sobre todo. Un pequeño segundo pleno. ¿Dónde está lo carente, lo vacío, lo desaparecido? ¿Dónde está lo grande, lo infinito, lo útil o lo inútil? Hemos arribado; estamos exactamente en la Cosa. No hay más "búsqueda por el palisandro" en el bosque del gran mundo; todo es palisandro y cada cosa es la única esencia. Una especie de oro cálido comienza a relucir en todas partes.

Y el buscador ha puesto su dedo sobre la cuarta regla dorada en el pasaje: Cada segundo total y claramente.

*

* *

Pero, ¿cómo ayudan a cambiar al mundo esos pequeños segundos claros? Quizás exactamente de la manera en que el breve segundo distraído del simio -- distraído de sus intereses inmediatos -- ayudó a dar origen al primer pensamiento. Pues un mundo entero comienza a verter en esa transparencia, pero en pequeños alientos imperceptibles, en pequeñas gotas de nada -- para estar seguro, la "inutilidad" de las cosas es una terrible emboscada, una trampa siempre presente, el viejo error que engulle al mundo en su oscura visión falsa. A cada momento el buscador debe luchar

contra la vieja manera de mirar, corregirse a sí mismo, atraparse en el acto. La nueva visión demanda un largo aprendizaje. Uno no sabe hacia dónde conduce ni su uso. ¿Cuál es el beneficio del reflejo del simio, excepto sus cercanas acrobacias aéreas? Y sin embargo, el buscador regresa a ella, como atraído a pesar de sí mismo; él recibe pequeñas señales, demostraciones en la carne. Es como si alguien o algo estuviese ahí, velando sobre todo y tomando ventaja de la mínima fisura en la vieja maquinaria para deslizar una gota de luz -- ¡se necesita un agujero, una fisura en la caparazón, un desliz en el viejo hábito de existencia, para que ingrese el nuevo mundo! Poco a poco el buscador claudica. Se deja ir, vuelve su mirada hacia las miles de cosas inútiles de todos los días, los incidentes insignificantes, los encuentros sin sentido, la multitud de microscópicos acontecimientos "desconectados". Él está en su fuego de existencia y mira; mira a cada cosa como una revelación que pretende ser, una verdad oculta; y si nada es revelado, él todavía persiste, observa todo, registra todo: los pasos triviales, los desvíos inútiles, los rostros cerrados, los accidentes sin razón. En lugar de brincar a lo deseable, observa su movimiento, cómo sigue su curso y alcanza su meta; en lugar de rechazar un encuentro desagradable, lo observa venir, le da la bienvenida, deja que transmita su gotita de verdad, su mensaje debajo de la falsedad o de la confusión; en lugar de irse corriendo de la oscuridad, del mal o de la negación lanzados hacia él, espera serenamente a la oscuridad para que le imparta a él su lección, la maldad su gota de bien debajo de su veneno, la negación, su más enorme sí aguardando su hora. Y finalmente él descubre un SÍ en todas partes, un bien en todas parte, un significado en todas partes, y que todo está ascendiendo, avanzando en la Grandiosa Dirección, debajo del bien y del mal, del negro y del blanco, de lo útil y de lo dañino. Gradualmente, el mundo pulula con mil pequeñas verdades centellando aquí y ahí, llenando este vacío, taponando ese agujero inútil, conectando cosas unas con otras, dejando caer en su lugar la pieza faltante del rompecabezas, y todo se une como un continuo mensaje -- cada cosa momentánea susurra en nuestro oído y el destino habla en una pluma de paloma levantada en el aire.

Pero una vez más somos impresionados por la misma peculiaridad. Lo que descubrimos no son las verdades eternas y sublimes, no son los triunfos de la mente geométrica que confina al mundo en una ecuación, no son semillas de dogma o revelaciones sobre los Sinaís del mundo, sino minúsculas pequeñas verdades, vívidas y claras, sonrisas de la verdad a lo largo del sendero y en lo común cotidiano -- una minúscula, contagiosa verdad la cual parece esparcirse de lugar en lugar e iluminar hasta las rocas: un verdad de la tierra, una verdad de la materia. Y cuando podemos atrapar un sola de estas pequeñas sonrisas caprichosas, somos más ricos que si las iluminaciones de todos los sabios reunidas nos fueran concedidas, porque hemos tocado la verdad con nuestros ojos bien abiertos y con nuestro cuerpo -- tal vez porque la Verdad Suprema también está aquí, en una infinitesimal brizna de paja tanto como en la totalidad de todas las épocas.

Pero, más allá de todos significados publicados desde su lugar de escondite, el buscador se topa con otro misterio aún más grande, algo tan esquivo y tan fuerte, que hace palpar a su corazón cada vez que piensa que ha percibido un vislumbre de él -- oh, algo que está bien escondido, que no dejará capturarse o ser puesto en pensamiento o en cifras mentales: una Cifra suprema que descifra todo y es como la verdadera clave hacia el nuevo mundo. Detrás de todas sus búsquedas a tientas y tropezones y docenas de giros equivocados cada día, sus clamores en la oscuridad, él siente una especie de Ayuda -- algo está respondiendo Uno debe haber caminado mucho en la oscuridad para apreciar la maravilla de esa respuesta particular. ¡Algo

responde, se desplaza, escucha, sabe hacia adónde estamos yendo! Como si el nuevo mundo estuviera todo aquí, ya hecho, cartografiado innumerablemente bajo nuestros pasos y bajo cada paso de cada ser a cada instante -- y gradualmente ingresamos en su geografía. Esta es en realidad la señal del nuevo mundo; no hay distancia que recorrer, no hay espera en la plegaria, no hay grito para retumbar a lo largo de espacios vacíos con el propósito de seducir la divinidad cubierta por las nubes, no hay intensidad de concentración, no hay años echados afuera o esfuerzos prolongados o arduas repeticiones para intentar mover una Fuerza sorda -- está aquí, la respuesta instantánea, la dádiva en la carne, el signo vital, la demostración viviente. No requiere sino de un simple llamado. No requiere sino de un pequeño grito de verdad pura. De hecho, no buscamos; somos buscados. No llamamos; somos llamados. Andamos a tientas sólo mientras que queramos hacer todo por nosotros mismos. ¡No hay nada que hacer! Esta todo por deshacer, y dejar que el nuevo mundo fluya libremente, y dejar que sus inesperados ríos y senderos corran debajo de nuestros pasos. Un breve segundo de abandono, y penetra; está ahí, sonriendo. ¡Ya todo está ahí! Cuando el simio sintió que se estaba esforzando tanto para capturar una pequeña vibración sutil, cuando por casualidad atrapó un pensamiento, sin saber cómo o por qué, en el momento en que su maquinaria simiesca no estaba funcionando como usualmente, él, también, quizás estaba caminando en una nueva geografía mental que estaba aguardando sus deslices de calidad de mono y un breve segundo de abandono al misterio del nuevo mundo. Pensamos que todo sale de nuestros asombrosos cerebros, pero somos los instrumentos de un ser más colosal, los intérpretes de una maravilla que se avecina, las emisoras de una creciente música. Pero a la música se le debe permitir fluir libremente; el instrumento debe estar despejado.

Y es imaginable que si el mundo girara sus instrumentos hacia esta otra música, se encontraría radicalmente cambiado.

El Ser Más Grande

¿Qué es este ser más grande?

De hecho, el ser siempre ha sido grandioso. También podríamos preguntar, “¿Qué es esa luna más grande?” Debido a que vemos un primer cuarto y luego un segundo, decimos, con nuestra visión egocéntrica, que la luna aumenta más de tamaño. Nuestros ojos ven una cosa después de otra, y para ellos las cosas crecen de tamaño o aparecen -- a menos que seamos todavía lo suficientemente ingenuos como para afirmar que caen desde el cielo o son comidos por dragones. Las cosas y los seres “mueren”, pensamos, exaltados, como la luna, por el dragón de la muerte, pero todavía están ahí, tan sólo ocultos a nuestra visión, y jamás nada muere o desaparece, no más que nada jamás nace o aparece, como la luna llena o la luna nueva. Simplemente hay algo eclipsando nuestra visión. Y cuando decimos que ese ser más pequeño o más grande es el resultado de nuestras más pequeñas o más grandes capacidades, podemos ser tan vanos como el salvaje mirando a través de un telescopio por primera vez y diciendo que esas estrellas y luces desconocidas brillando en el borde del universo son el resultado de nuestros instrumentos. El mundo no “llega” y nada “llega”; somos nosotros quienes gradualmente llegamos a la visión total. Y cuanto más plena esa visión, tanto más alcanza el mundo la perfección que siempre ha sido.

Pero, ¿qué eclipsa a nuestra visión? También podríamos preguntar, “¿Qué eclipsa a la visión lineal del tiempo?” O, ¿qué eclipsa el loto en la semilla? Para nuestros ojos, el universo se está haciendo gradualmente, pero nuestros ojos son en realidad la Mirada suprema ocultándose de sí misma para mirar a través de la eternidad de las eras y a través de nuestros millones de ojos, y con millones de colores y rostros, a la única perfección que vio en un eterno segundo claro. El mundo es uno; es una única unidad global, incluso los científicos nos lo dicen de esta manera. Y ellos están intentando encontrar esa ecuación. Pero para restablecer esta unidad, ellos han dividido y subdividido a la materia hasta la infinitud, o casi. Ellos se han encontrado con una infinitesimal existencia y una más pequeña existencia infinitesimal, una vastedad e incluso una más grande vastedad. Pero esta unidad no es ni una adición o una reducción a nivel del microscopio, no más que la eternidad es una cifra infinita de años o la inmensidad tantas millas más uno. Esta unidad está ahí, por completo, en cada punto del espacio y en cada segundo de tiempo, tanto como en todas las infinitudes reunidas y en todas las vastedades sumadas. Cada punto contiene el todo; cada segundo es eternidad mirándose a sí misma. Y nosotros quienes estamos parados en este punto en este segundo somos eternos y completos, y todas las Tierras y todas las

galaxias reunidas en nuestro punto esencial; un eterno loto brilla en nuestro corazón -- sólo que no lo sabemos. Lo sabemos poco a poco. Y no es suficiente saberlo en nuestras cabezas y corazones -- tenemos que saberlo en nuestro cuerpo. Entonces la maravilla será realmente completa y el loto eterno en las cimas del espíritu brillarán por siempre en nuestra materia y en cada segundo de tiempo.

Esta perfección, esta unidad de sustancia y conciencia y existencia, es como la memoria dorada del mundo, la borrosa imagen que cada uno y cada cosa se esfuerza en evocar y suscitar, la picana de la gran Sed del mundo, el empuje de su gigantesca Necesidad de ser y de abarcar y de crecer. Es como una memoria tenaz empujando cosas y seres y hasta galaxias hacia un abrazo mortal que quiere ser un abrazo de amor, que quiere comprender todo, sostener y poseer y abarcar todo dentro de su circunferencia. Cada cosa pugna hacia eso a tientas: la anémona de mar con sus tentáculos, el átomo con su gravitación, y el hombre con su inteligencia y su corazón. Pero nuestra sed no puede ser apagada hasta que se apodere de todo, abarque todo en su ser, y no quede ni una partícula del universo que no se haya convertido en nuestra sustancia, dado que, en realidad, todo siempre fue nuestra sustancia y nuestro ser y nuestro propio rostro bajo millones de sonrisas o sufrimientos buscando su sonrisa -- pero que en realidad no pueden sonreír mientras no hayan encontrado lo que siempre fueron. No hay otro sufrimiento en el mundo, no hay otra fisura, no hay otra carencia. Pero mientras que esta necesidad no sea satisfecha, continuaremos y continuaremos; los átomos continuarán girando en espiral para hacer cada vez más puros y etéreos tipos de materia, anémonas de mar apresando incesantemente y los hombres sumando sus tesoros, saqueando o amando -- pero una única cosa es adorable, y mientras que ellos no amen todo, no tendrán en realidad nada y poseerán únicamente su sombra.

Pero, ¿cómo es que este ser, este gran ser que somos, se dividió, multiplicó, atomizó en un millón de cosas y seres? ¿Por qué la gran travesía de recuperación? En realidad, no se dividió verdaderamente; nunca se pulverizó en estrellas separadas por años luz, en amebas de conciencia separada por tegumentos, cortezas o armaduras de existencia, en pequeños hombres separados unos de otros por una piel blanca o negra y unos pocos pensamientos vagos. Nunca nada fue separado y nuestras estrellas se reúnen en una única estrella que brilla en el corazón del hombre y en cada cosa y en cada piedrita del universo. ¿Cómo podríamos reconocer jamás el mundo si ya no estuviésemos en él? Sólo podemos conocer lo que somos, y cualquier cosa que no sea nosotros es sencillamente no-existente o invisible a nuestros ojos. Podemos predecir el mañana, percibir un accidente próximo, un sufrimiento o un pensamiento a diez mil millas de distancia, un tesoro enterrado en un campo, una diminuta vida moviéndose en una hoja frente a nosotros sólo porque estamos conectados, somos uno, y todo ya está ahí, inmediatamente y sin separación -- mañana y pasado mañana, el aquí y ahí, a la vista o fuera de la vista. No hay separación; sólo hay ojos que no ven bien. Hay una suma de cosas invisibles que gradualmente se hacen visibles, desde el protoplasma a la oruga al hombre, y no hemos agotado todo el espectro. Tal vez mañana, veamos que esa distancia entre un país y otro, un ser y otro, entre hoy y mañana es tan frágil e ilusoria como el manojito de pasto separando a una oruga de otra en el mismo campo. Y caminaremos encima del muro del tiempo y del espacio como hoy caminamos arriba del manojito de pasto de la oruga.

Hemos cortado pequeños pedazos de la gran unidad indivisible, esa plenitud del mundo, ese ser global. Hemos rebanado pequeños pedazos del espacio y del tiempo,

partículas del ser y del no-ser, protones y electrones, más y menos, estrechamente casados unos con otros, incompletos unos sin los otros, jamás completos unos con otros; ya que todas las noches y días juntos nunca harán un día completo; todos los más y menos, los bien y los mal, los seres y no-seres sumados nunca harán una belleza plena, una sola existencia. Y hemos reemplazado a la unidad por la multiplicidad, el amor por amores, el ritmo por armonías que están rotas y restablecidas. Pero nuestra fusión no es sino una adición, una vida surge de la muerte como si constantemente tuviésemos que destruir a fin de ser, fraccionar a fin de unirse a una nueva apariencia de unidad -- que es únicamente la suma de las mismas separaciones, del mismo bien y mal, del más y menos, de una individualidad que es un millón de individualidades pasadas pero ni siquiera una única gotita plena. Hemos trazado un círculo en la gran Vida indivisible, cercado a un fragmento de existencia en una cápsula de gelatina, apartado una nota del gran ritmo debajo de una coraza de bestia o humano, y atrapado unos pocos pensamientos rígidos y agudos de la gran corriente del arco iris cuyas costas penden sobre los arbustos del tiempo. Hemos cortado la gran Mirada en el corazón de las cosas y producido mil facetas irreducibles. Y como ya no pudimos ver nada del gran mundo, acorazado, fragmentado y sincopado como era, hemos inventado ojos para ver lo que hemos ahuyentado, oídos para escuchar lo susurrado en todas partes, dedos para asir unos pocos fragmentos de una belleza total que hemos truncado, y sed, deseo, hambre por todo lo que ya no era nosotros -- antenas, miles de antenas para capturar la única nota que llenaría nuestro corazones. Y ya que no podíamos asir nada sin estos inventos, estos ojos, sentidos y células grises --¡oh, tan grises!—llegamos a creer que el mundo era inaccesible sin ellos, que se asemejaba a la inscripción en nuestros pequeños diales, y tal vez fuimos incluso los creadores de las ondas rotas yendo por nuestras antenas. Hemos dicho Yo, otros, y nuevamente Yo y Yo por siempre, en una piel negra o blanca, bajo una caparazón ateniense o tebana, debajo de estas ruinas o de aquellas, debajo de las mismas viejas ruinas de los pequeños Yos que mueren sin saber por qué, que viven por fragmentos, se divierten sin divertirse jamás en realidad, y regresan una y otra vez para comprender lo que no habían comprendido, quizás, para construir la Ciudad completa del gran ser por fin. Cuando tocamos esa plenitud, nuestro bien ya no estará en conflicto con nuestro mal, nuestros más con nuestros menos, porque todo será nuestro bien y fluirá en la misma dirección; nuestras noches ya no serán el opuesto a nuestros días, nuestros amores una fracción de todos los amores, nuestras pequeñas notas un grito desgarrado de la gran Nota, porque habrá sólo una música tocando a través de nuestros millones de instrumentos, sólo un amor con un millón de rostros y sólo un gran día con sus frescas sombras y cascadas de arco iris debajo del gran árbol del mundo. Entonces puede hacerse innecesario morir, porque habremos encontrado el secreto de la vida que renació de su propia alegría -- uno muere solamente por falta de alegría y con el fin de encontrar una alegría siempre más grande.

*

* *

Todo esto, este colosal todo ha sido visto por los sabios en sus visiones y por unos pocos poetas y pensadores excepcionales: "Todo esto es Brahman inmortal, nada más;

Brahman está frente a nosotros, Brahman está detrás de nosotros, al sur de nosotros y al norte de nosotros y debajo de nosotros y encima de nosotros; se expande por todas partes. Todo esto es Brahman únicamente, todo este universo magnificante.” (18). “Tú eres mujer y tú eres hombre también; Tú eres el niño y la niña; y Tú eres aquel consumido y anciano hombre que caminaba inclinándose sobre un bastón. . . . Tú eres el pájaro azul y el verde y el de ojos de color escarlata.” (19). “Tú eres Aquello, Oh Swetaketu.” (20) Este colosal todo que es nosotros ha brillado en la cima del logro humano, dejó unas pocas huellas jeroglíficas sobre los muros de Tebas, y sustentó iniciados aquí y ahí -- a veces hemos accedido a un blanco resplandor encima de los mundos donde, en un instante, hemos disuelto el pequeño ser y emergido en una conciencia cósmica. . . . Pero nada de eso ha cambiado al mundo. Todavía no tenemos la pista que conectaría esa visión con esta Tierra y haría un mundo nuevo con una mirada nueva. Nuestras verdades permanecieron frágiles; la Tierra permaneció reacia - - y exactamente así. ¿Por qué debería obedecer a las iluminaciones desde arriba si esa luz no afecta a su materia, si ella misma no ve y ella misma no está iluminada? En verdad, la sabiduría es muy sabia y la oscuridad de la Tierra no es una negación del Espíritu, no más que la noche es una negación del día; es una expectativa y una demanda de luz, y mientras que no llamemos a la luz aquí, por qué se molestaría en moverse de sus cumbres? Mientras que no giremos nuestra mitad nocturna hacia su sol, ¿por qué sería llenada de luz? Si buscamos plenitud solar en las cumbres de la mente, tendremos la plenitud ahí, en un pensamiento adorable; si buscamos en el corazón, la tendremos ahí, en una tierna emoción -- si buscamos en la materia a cada instante, tendremos la misma plenitud en la materia y a cada instante de la materia. Tenemos que saber dónde estamos mirando. No podemos encontrar de manera razonable dónde estamos mirando. Entonces, quizás, nos daremos cuenta que esta Tierra no era tan oscura después de todo. Era nuestra mirada la que era oscura, nuestra necesidad de existencia la que dio lugar a la necesidad de cosas. La resistencia de la Tierra es nuestra propia resistencia -- y la promesa de una verdad sólida: una innumerable explosión de arco iris en una miríada encarnada en lugar de un resplandor vacío sobre las alturas del Espíritu.

Pero el buscador del nuevo mundo no ha perseguido su búsqueda en una línea recta, él no ha cerrado sus puertas, rechazado la materia, apaciguado a su alma. Él ha llevado consigo su búsqueda dondequiera que iba, en las avenidas y en las escalinatas, en la muchedumbre y en la vacía oscuridad de millones de gestos absurdos. Ha impregnado todos los páramos con existencia, encendido su fuego en todas las vanidades, y alimentó su necesidad sobre la misma estupidez que lo asfixiaba. Él no era una pequeña concentración unidireccional que se elevó directamente hacia las alturas y luego cayó dormida en la cándida paz del espíritu; él era ese caos y confusión, este deambular hacia atrás y hacia delante, en nada. Jaló todo en su red -- los altibajos, los negros y menos negros y los así llamados blancos, las caídas y los contratiempos -- guardó todo dentro de su pequeña circunferencia, con un fuego en el centro, una necesidad de verdad entre este caos, un grito de ayuda en esa insignificancia. Él era un camino intrincado, un eterno serpentear del cual él nada sabía, excepto que acarreaba su fuego ahí -- su fuego para nada, para todo. Ya ni siquiera aguardaba algo de algo; él era sólo como una sazón de combustión, como si ese fuego fuese la meta en sí misma, el ser en medio de este vacío, la única presencia en esta enorme ausencia. Incluso terminó convirtiéndose en una especie de calmo amor, por nada, por todo, aquí y ahí. Y poco a poco, está nadería se iluminó; este vacío fue puesto en llamas por su mirada; esta futilidad mezclada con la misma pequeña calidez. Y todo comenzó a responder. El mundo despertó a la vida en todas partes,

pero infinitesimal, microscópico: un reducir a polvo de pequeñas verdades danzando aquí y ahí, en hechos y gestos, en cosas y encuentros -- hasta parece como si viniesen a encontrarlo. Era una extraña multiplicación, una especie de contagio dorado.

Gradualmente, ingresó en todo, pero, oh, un “todo” completamente bizarro, que no tenía nada que ver con una conciencia cósmica o trascendente o resplandeciente -- sin embargo la cual era como un millón de pequeñas explosiones de oro, que pasaban con rapidez, evasivas, casi burlándose. ¿Podríamos, tal vez, decir “una conciencia microscópica”? y cálida: una repentina dulzura de reconocimiento, una erupción de agradecimiento, un incomprensible sonrojo de ternura, como si estuviese viviendo, vibrando, reaccionando en cada rincón y en cada dirección. Extrañamente, cuando surgía una pregunta, o una duda, o una incertidumbre sobre algo o alguien, un problema sobre un curso de acción, una ansiedad acerca de qué hacer o no, parecía como si la respuesta viniese hacia él como hechos vivientes -- no como una iluminación o inspiración, una revelación o pensamiento, nada de esa especie: una respuesta material en circunstancias externas, como si la Tierra misma, como si ella misma, proporcionara la respuesta. Como si las circunstancias mismas vinieran y tomaran su mano y dijeran, “Aquí, ¿ves?” Y no circunstancias grandiosas, no destellos sensoriales: muy pequeños hechos, al ir de un extremo de la calle hacia el otro. Repentinamente la cosa vino hacia él, la persona o el encuentro, el dinero, el libro, o el acontecimiento inesperado -- la respuesta viviente. O, por el contrario, cuando estaba esperando tanto ciertas noticias (si ya no había sido curado de la enfermedad de la esperanza), cuando estaba esperando cierto acuerdo, una apacible retirada, una solución bien definida, de pronto era engullido en un caos aún mayor, como si todo se hubiese vuelto en su contra -- las personas, cosas, circunstancias -- o caía enfermo, se encontraba con un “accidente”, abrió la puerta a una vieja debilidad y parecía estar transitando nuevamente la vieja calle del sufrimiento. Entonces, dos horas o dos días o dos meses después, se dio cuenta que esa adversidad era exactamente lo que se necesitaba, la cual condujo, a través de una ruta tortuosa, hacia una meta mayor que la que él había previsto; que esa enfermedad había purificado su sustancia, lo sacó de un camino equivocado, y lo trajo de regreso, más sutil, sobre el sendero iluminado por el sol; que esa caída ha expuesto viejos escondites dentro de él mismo y clarificó su corazón; que ese desgraciado encuentro fue una perfección de exactitud para llevar adelante todo un sistema de redes de posibilidades o imposibilidades que superar; y ese todo convergió meticulosamente a preparar sus fuerzas, su alcance, su extrema ligereza, a través de mil y un desvíos -- el todo lo preparó para el todo. Entonces él comienza a experimentar una sucesión de increíbles milagros pequeños, de extraños sucesos, desconcertantes coincidencias . . . como si, en realidad, todo supiese, cada cosa supiese qué tenía que hacer y fue directamente a su meta microscópica en medio de millones de transeúntes y hechos triviales. Primero, el buscador no cree en él; se encogieron de hombros y lo descarta, entonces abre un ojo, luego el otro, y duda acerca de su propio asombro. Es de tal exactitud microscópica, tal fabulosamente increíble precisión en el medio de esta gigantesca encrucijada de vidas y cosas y circunstancias, que es simplemente imposible -- es como una explosión de conocimiento total abarcando en un solo descenso en picada feroz a esta hormiga caminando por la Calle Principal y los miles de transeúntes y todos sus posibles itinerarios, todas sus circunstancias particulares -- pasadas, presentes y futuras -- para crear esta conjunción única, este increíble perfecto pequeño segundo en el cual todo coincide y concuerda, es inevitablemente, y proporciona la única respuesta a la única pregunta.

Y la misma cosa sucede una y otra vez; las “coincidencias” se multiplican. La oportunidad gradualmente revela una innumerable sonrisa -- o, tal vez, otro ser, un gran ser, el cual conoce su totalidad, y cada fragmento de su totalidad y cada segundo de su mundo, tanto como nuestro cuerpo conoce el más mínimo estremecimiento de sus células, y la mosca que pasa volando, y el ritmo de su corazón. Con los ojos bien abiertos, el buscador comienza a registrar un innumerable Maravilla. El mundo es un solo cuerpo, la Tierra, una sola conciencia en movimiento. Pero no un cuerpo cuya conciencia está centrada en unas pocas células grises arriba; una innumerable conciencia centrada en todas partes y tan total en una pequeña célula efímera como en el gesto que alterará el destino de las naciones. En cada punto la conciencia responde conciencia. El buscador ha dejado el recortar pequeñas verdades de la mente, las líneas dogmáticas y geométricas del pensamiento. Ingresar en una inexpresable plenitud de vista, una verdad integral en la cual cada fragmento tiene su significado y cada segundo, su sonrisa, cada oscuridad, su luz, cada aspereza, su dulzura que está aguardando. Él descubre a tientas “los panales cubiertos por la roca” (21). Cada caída es un grado de amplitud, cada paso, un florecimiento de la inevitable eflorescencia, cada adversidad, una palanca del futuro. Estar equivocado es una fisura en nuestra armadura a través de la cual brilla una llama de puro amor que comprende todo.

Armonía

Podríamos estar tentados de decir que estas son fantasías, increíbles milagros. Pero de hecho todo es muy simple.

No hay milagros. Hay una enorme Armonía la cual rige al mundo con una precisión y delicadeza tan impecable en el encuentro de átomos y el ciclo de floración y el regreso de las aves migratorias como en el encuentro de hombres y el despliegue de acontecimientos de una coyuntura particular. Hay un movimiento vasto, único del cual pensamos que estábamos separados, debido a que habíamos construido nuestros pequeños torreones mentales en la frontera de nuestra comprensión y negras líneas punteadas sobre la suavidad de una gran colina terrenal, como otros habían construido sus campos de caza, y las gaviotas de mar, su blanco archipiélago sobre las aguas moteadas de espuma. Y porque nos habíamos puesto estas anteojeras u otras para protegernos de la formidable magnitud de nuestras tierras, levantado estas pequeñas cercas para cultivar nuestro pequeño acre, la pequeña onda de energía atrapada en nuestras veleros, las pequeñas luciérnagas doradas (o menos doradas) apresadas en la red de nuestra inteligencia, la pequeña nota capturada de una Armonía demasiado grande, hemos pensado que el mundo se comportaba de acuerdo con nuestras leyes, o al menos nuestras leyes con la sabiduría factual de nuestros instrumentos y cálculos, y que cualquier cosa que excedía esta división en partes del mundo o se deslizó a través de los engranajes fue impensable o no-existente, "milagroso" -- alucinante. Fuimos atrapados en nuestra propia trampa. Y por alguna amable benevolencia -- la cual es quizás uno de los más grandes misterios a dilucidar -- el mundo comenzó a parecerse a nuestros dibujos de niños eruditos, nuestras enfermedades a seguir la prognosis del médico, nuestros cuerpos a obedecer la medicina prescrita, nuestras vidas a viajar en el surco designado entre dos muros de imposibilidad, e incluso nuestros acontecimientos a inclinarse atentamente ante nuestras estadísticas y nuestro pensamiento de los acontecimientos. El mundo, en realidad, se hizo mentalizado desde un extremo al otro y de arriba hacia abajo. El pensamiento es el último mago en la lista, después del chamán mongol, el ocultista tebano o el médico brujo bantú. Queda por ver si nuestra magia es mejor que las demás -- pero magia es, y todavía no somos conscientes de todo su poder. Pero, en verdad, hay únicamente un solo Poder, el cual utiliza un amuleto, un yantra tántrico (22) o un conjuro, similarmente así como una ecuación diferencial -- o incluso nuestro pequeño pensamiento sencillo y trivial. ¿Qué queremos? Esa es la pregunta.

Manipulamos el pensamiento de manera fortuita. Generalmente, ni siquiera lo manipulamos; él nos manipula a nosotros. Somos asediados por mil pensamientos

inútiles que corren hacia atrás y hacia delante a través de nuestra área interior, automáticamente, infructuosamente, diez, tal vez cien veces durante el tiempo que hemos caminado por la avenida o subido las escaleras. Apenas es pensamiento; es una clase de corriente pensante que tomó el hábito de seguir a alguna de nuestras circunvoluciones y circunvalaciones y vueltas y asume un color más o menos neutral, más o menos brillante, dependiendo de nuestro gusto o inclinación, nuestra herencia, nuestro entorno, y se expresa mediante palabras preferidas o habituales, filosofías azules o grises en un idioma o en otro -- pero es la misma corriente fluyendo en todas partes. Es la maquinaria mental chasqueando y chirriando y operando sempiternamente el mismo rango o intensidad de la corriente general. Esta actividad cubre todo, envuelve todo, y arroja un paño mortuorio sobre todo con su nube espesa y pegajosa. Pero el buscador del nuevo mundo está alejado un paso de esta maquinaria; él ha descubierto el pequeño tranquilo espacio libre detrás; él ha encendido un fuego de necesidad en el centro de su ser; lleva a su fuego a todas partes que va. Y todo es diferente para él. Libre de nubes en su pequeño espacio libre, comienza a ver el funcionamiento de la mente; observa el gran juego, descubre paso a paso los secretos de la magia mental -- que quizás debiera ser llamada ilusión mental, aunque si es una ilusión, es una muy efectiva. Y todas las clases de fenómenos comienzan a llamar su atención, un poco desordenado, en pequeños arrebatos recurrentes que terminan haciendo una imagen coherente. Cuanto más ve, más fuerte es su control.

Esta claridad es progresiva. Pero él no busca ver más claramente, si podemos decir, porque "buscar" es nuevamente poner en riesgo el viejo proceso en movimiento, enrollar a la máquina a luchar contra la máquina, su mano derecha a controlar su izquierda. ¡Y además, ni siquiera sabemos qué tiene que ser buscado o encontrado! Si partimos con una "idea", iremos sólo en la dirección de nuestra idea, un poco como el médico mirándose a sí mismo (como su paciente) en un diagnóstico: levantamos muros por adelantado, una trampa para algo inatrapable -- "eso" se dará por sí mismo, o no, y eso es todo. El buscador (quizás deberíamos llamarlo simplemente aquel que aspira a nacer) no está interesado en detener la maquinaria; sólo le interesa su fuego. Hace arder su fuego. Está centrado en esa necesidad en sus profundidades, ese pungente llamado por ser en medio de la gran deriva, esa casi dolorosa sed en el desierto de las cosas y seres pasando de largo y los días transcurriendo como si no existiesen. Y su fuego arde, se hace más abrasador. Y cuanto más abrasador se hace, más consume a la maquinaria, disipa la nube, los pensamientos vanos, despeja adentro y afuera. Es el nacimiento del pequeño espacio libre. Es el comienzo de una pequeña corriente clara que parece vibrar detrás de su cabeza, oprimiendo su cuello, a veces hasta presionando con fuerza -- entonces él aprende a dejarla que fluya libremente a través suyo, a no bloquear el pasaje mediante la resistencia, a hacerse dócil y poroso. Deja que el flujo lo llene, la pequeña clara vibración que parece seguir sin parar y fluir sin interrupción, como una apagada cancioncita acompañándolo, como un ritmo ascendiendo y palpitando sin parar, como dos livianas alas de ave batiendo dentro de su más íntimo azul y sosteniéndolo en todas partes, haciendo una especie de tranquila suavidad de panorama, como si la vida retrocediera, se ampliara, se hundiera en una clara infinidad vibrando con ese ritmo únicamente, esa suave, etérea, transparente cadencia únicamente. Y todo comienza a hacerse extraordinariamente simple.

Desde adentro ese silencio en él -- un silencio que no es vacío, no es una ausencia de ruido, no es un espacio en blanco frío y carente de matices, sino una tersa extensión de mar abierto, una demasía de dulzura que lo llena y no necesita palabras ni pensamiento ni comprensión: es una comprensión instantánea, el abarcamiento de

todo, el absoluto aquí y ahora. Así, ¿qué podría estar faltando? -- el buscador, el recién nacido a ser, comienza a ver el juego mental. Primero, él ve que aquellos miles de pensamientos, grises o azules o más pálidos, en realidad no emanan de ningún cerebro. Más bien, flotan entre el cielo y la Tierra, como si fuesen. Son corrientes, vibraciones, las cuales son traducidas en pensamientos en nuestras cabezas cuando las capturamos, como las ondas son traducidas en música o palabras o imágenes en nuestros aparatos de televisión; y todo cambia y se mueve y gira en diferentes niveles, fluye universalmente por encima de nuestras pequeñas fronteras abigarradas: capturadas en inglés, alemán, francés; coloreadas de amarillo, negro, o azul dependiendo de la altura de nuestra antena; rítmicas, divididas, o diseminadas en pulverizaciones de pensamientos microscópicos en nuestro nivel de recepción; musicales, rechinantes o discordantes dependiendo de nuestra claridad o complicación. Pero el buscador, el oyente, no intenta captar un canal o el otro, girar los diales de su máquina para captar éste o aquel -- está en sintonía con el infinito, enfocado en una pequeña llama en el centro, tan dulce y plena, libre de interferencia y preferencia. Él necesita sólo una cosa: que esa llama en él arda y arda, que el flujo pase una y otra vez por su espacio libre, sin palabras, sin significado mental, y no obstante lleno de significado y de todo significado, como si fuese la fuente misma del significado. Y, a veces, sin que él piense en ello o lo quiera, algo viene y lo impacta: una pequeña vibración, una pequeña nota bajando de sus tranquilas aguas y dejando una completa sucesión de ondas. Y si él se reclina un poco, para ver, se estira hacia el pequeño remolino (o esa ligera nota, ese punto dando gritos, ese desgarró en la extensión de su ser), aparece un pensamiento, un sentimiento, una imagen o una sensación -- como si en realidad no hubiera ninguna línea divisoria entre un medio de interpretación y otro; tan sólo hay algo vibrando, un ritmo más o menos claro, una luz más o menos pura siendo encendida en él, una sombra, un letargo, un desasosiego, a veces un pequeño proyectil reluciente, danzando y etéreo como un polvillo de rayo de sol sobre el mar, una efusión de ternura, una sonrisa fugaz -- y a veces un grandioso, solemne ritmo que parece elevarse desde las profundidades del tiempo, inmenso, conmovedor, eterno, que trae a la memoria el único cántico sagrado del mundo. Y fluye sin esfuerzo. No hay necesidad de pensar o querer; la única necesidad es ser nuevamente, arder al unísono con la única pequeña llama que es como el fuego mismo del mundo. Y, de ser necesario, sólo por un segundo, aparece una pequeña nota llamando a su ventana, y llega exactamente el pensamiento correcto, el impulso para la acción requerida, el giro hacia la derecha o hacia la izquierda que nos abrirá un sendero inesperado y toda una cadena de respuestas y nuevas oportunidades. El buscador, el fervoroso, comprende entonces de manera íntima la invocación de este poeta védico de hace cinco o seis mil años: "Oh Fuego, permite ser creado en nosotros el pensamiento correcto que brota de Ti". (23)

Pero los pensamientos errados, también, son una sorprendente fuente de descubrimientos. A decir verdad, más y más, él se da cuenta que esta clase de distinción es absurda. ¿Qué, al final, no es para nuestro propio bien? ¿Qué finalmente no resulta ser nuestro mayor bien? Los senderos equivocados son parte del correcto y pavimentan un camino más ancho, una más amplia perspectiva de nuestra propiedad indivisible. Lo único equivocado es no ver; es la inmensa penumbra de la tierra incógnita de nuestros mapas limitados. Y, ciertamente, limitamos nuestros mapas. Le hemos atribuido aquellos pensamientos, sentimientos, reacciones y deseos al pequeño Misisipí que fluye a través de nuestras tierras, hacia los caudalosos ríos Potomac bordeados de fortalezas y construcciones de piedra -- y por cierto, han adquirido el hábito de fluir a través de esos canales, cayendo en cascadas aquí o ahí, borbotando

un poco más abajo, o desapareciendo en nuestros pantanos. Es un hábito muy viejo, volver hacia atrás incluso antes de nosotros o del simio, o bien un apenas más reciente volver atrás hacia nuestros días de escuela, nuestros padres o el periódico de ayer. Hemos abierto senderos, y la corriente los sigue -- los sigue obstinadamente. Pero para el buscador desmecanizado, las sinuosidades y puntos de acceso comienzan a hacerse más visibles. Él comienza a distinguir varios niveles en su existencia, varios centros de canalización, y cuando pasa la corriente a través del plexo solar o a través de la garganta, las reacciones o los efectos son diferentes. Pero, por lo común, él descubre con sorpresa que es la misma corriente en todas partes, arriba y abajo, a la derecha o a la izquierda, y aquellos a quienes llamamos "pensamiento", "deseo", "voluntad" o "emoción" son varias infiltraciones de la misma idéntica cosa, que no es pensamiento ni deseo ni voluntad ni nada por el estilo, sino un chorrito, una gota o una catarata de la misma Energía consciente entrando aquí o ahí, a través de nuestro pequeño Potomac o el cenagoso Styx, y creando un desastre o un poema, un estremecimiento del milpiés, una revolución, un evangelio o un vano pensamiento en la avenida -- casi podríamos decir "a voluntad". Todo depende de la calidad de nuestra apertura y su nivel. Pero el hecho fundamental es que esta es una Energía, en otras palabras, un Poder. Y así, muy simplemente, bastante simplemente, tenemos la fuente todopoderosa de todos los posibles cambios en el mundo. ¡Es como lo quisimos! Podemos afinar ya sea aquí o ahí, crear armonía o cacofonía; ni una sola circunstancia en el mundo, ni un solo hecho desafortunado, ni una sola así llamada ley ineluctable, absolutamente nada puede impedirnos rotar la antena hacia una dirección o la otra y cambiar esta pantanosa y desastrosa crecida en una corriente límpida, instantáneamente. Simplemente tenemos que saber dónde abrirnos. A cada momento del mundo y cada segundo, en el rostro de cada circunstancia terrible, cada prisión en la que nos hemos encerrado vivos, podemos, de un golpe con un simple grito de ayuda, un simple, un simple clamor de plegaria, una simple mirada genuina, un simple brinco de la pequeña llama adentro, tumbar todos nuestros muros y nacer nuevamente de arriba abajo. Todo es posible. Porque ese Poder es la Posibilidad suprema.

Pero si creemos únicamente en el pequeño Mispí o nuestro pequeño Potomac, es claramente sin esperanza. Y en realidad creemos apasionadamente, milenariamente en la virtud de nuestros viejos caminos. Ellos también contenían un inmenso poder -- aquel del hábito. Es notable, pues ellos parecen tan sólidos como concretos, tan convincentes como todas las viejas razones del mundo, los viejos hábitos de fluir en una dirección u otra, tan irrefutable como la manzana de Newton, y no obstante, para el ojo comenzando a perder sus escalas, tan insustancial como una nube -- uno sopla sobre ellos y colapsan. Esta es la ilusión mental, la formidable ilusión que está ennegueciéndonos.

*

* *

Para el buscador, la ilusión es elucidada en pequeñas dosis, en fugaces pero recurrentes pequeños contactos, a través de diminutas experiencias pequeñas que los impulsan a abrir un ojo e intentar, después de todo. Pero, muy frecuentemente, él debe

intentar antes de encontrar la palanca, hacer interminables errores, seguir los antiguos caminos erróneos para desenmascarar los poderes de ellos. Como siempre, esto ocurre en las microscópicas simplezas de la vida. Y él descubre el poder del pensamiento. O mejor dicho, descubre el valor de la energía de un pequeño pensamiento pasajero y aparentemente trivial que ingresa en él naturalmente, "por casualidad".

Él está lúcido, centrado en su fuego, llevado por su cadencia; entonces, fuera del hábito, arranca nuevamente la maquinaria. Fija su mirada sobre esto o aquello, permite que una completa serie de ondas dispares viejos reflejos, abran esta válvula, opriman ese botón, en un segundo origina una completa red, la cual comienza a vibrar gradualmente, despertando una reacción aquí, un deseo ahí, una temor un poco más lejos -- el viejo circuito se reactivó. Él encuentra nuevamente una vieja aprensión, una ansiedad, un temor, un derrotismo sin fundamento. De hecho, él realmente se ve como un circuito de dolor. Y si él llega a mirar a la catástrofe microscópica (la cual no es nada, un aliento pasajero), si le agrega el peso de un reflejo (ni siquiera un reflejo, simplemente una mirada persistente), pronto la pequeña conmoción comienza a levantarse, a punzar y a establecerse para siempre -- parece una pequeña burbuja de poder viviente, no más grande que una mosca, pero igual de pegajosa. Y la cosa más notable es que tiene su propia fuerza independiente de propulsión: va hacia su meta obstinadamente, mecánicamente, automáticamente. Dos días o dos horas o dos minutos después, ante los sorprendidos ojos del buscador, quien ha permanecido suficientemente lúcido para seguir todo el movimiento en detalle, los resultados de su aprensión o deseo o pensamiento trivial aparecen: "por accidente", se tuerce su tobillo, tropieza con una vieja amistad, recibe malas noticias, entra en la confusión que había previsto. Todo está aliado, conspira para ir en la dirección equivocada, converge en esa pequeña burbuja negra o gris, como si hubiese atraído las circunstancias y los acontecimientos exactamente en conformidad, bien dispuestos podríamos decir, con la calidad de vibración que emana. Es una reacción química casi instantánea: esta gota de solución tornasol volverá todo rojo o azul o negro. Este es exactamente el proceso inverso del "pensamiento correcto" que engendra a la circunstancia favorable. Parece casi como una magia microscópica.

Ciertamente, es mágico. El buscador repite la misma experiencia diez, cien veces. Y comienza a mirar fascinado. Comienza, a través de una diminuta experiencia, a preguntarse un estupendo ¿por qué? . . . ¡Oh, los secretos del mundo no están ocultos en truenos y llamas! Están aquí, justamente esperando una mirada de consentimiento, una simple manera de ser que no ponga constantemente sus barreras habituales, sus posibles o imposibles, sus tú-no-puedes y tú-no-debes, sus peros y más peros, sus ineludibles, y toda la serie de sus leyes de hierro, las viejas leyes de un hombre-animal que da vueltas y vueltas en la jaula construida por sus propias manos. Mira alrededor de sí mismo, y la experiencia se multiplica, como si fuere a arremeter ante sus propios ojos, como si ese simple pequeño esfuerzo por la verdad diere inicio a innumerables respuestas, precipitadas circunstancias, encuentros, demostraciones, como si estuviese diciendo, "Mira, mira, así es como funciona". Una conciencia más allá de las palabras pone su dedo de luz sobre cada encuentro. La verdadera imagen emerge desde atrás de las apariencias. Un aliento de verdad aquí evoca la misma verdad en cada cosa y en cada movimiento. Y él ve . . . No ve milagros -- o mejor dicho, ve pequeños milagros sórdidos urdidos a ciegas por magos ciegos. Él ve pobres humanos en rebaños formando la bella burbuja, inflándola paciente e incansablemente, agregando cada día su pequeño aliento de abatimiento o deseo o impotencia, su hedor

de falta de confianza, sus pequeños pensamientos nocivos, expandiendo y alimentando la burbuja tornasolada de su conocimiento y pequeños triunfos, la implacable burbuja de su ciencia, la burbuja de su caridad o virtud. Y ellos siguen adelante, prisioneros de una burbuja, enredados en la red de fuerza que cuidadosamente tejieron, acumularon, apilaron día tras día. Cada acto resulta de esa impulsión; cada circunstancia es la oscura gravitación de esa atracción, y todo se mueve mecánica, inevitable, matemáticamente tal como lo hemos deseado en una pequeña burbuja negra o amarilla o decrépita. Y cuanto más pateamos y nos esforzamos y forcejeamos y jalamos esta fuerza interior para romper la bonita y no tan bonita pared, tanto más resistente se hace, como si nuestro último esfuerzo le trajera todavía una última fuerza. Y decimos que somos las víctimas de las circunstancias, víctimas de esto o de aquello; decimos que somos pobres, que estamos enfermos, que somos desafortunados; decimos que somos ricos, virtuosos, triunfadores. Decimos que somos miles de cosas bajo miles de colores y burbujas, y no hay nada de esa índole, ni ricos, ni pobres, ni enfermos, ni virtuosos ni víctimas; hay algo más, oh, radicalmente diferente, que está aguardando su hora. Hay una secreta divinidad sonriendo.

Y la burbuja crece. Incluye familias, personas, continentes; incluye todo color, toda sabiduría, toda verdad, y los envuelve. Está ese aliento de luz, esa nota de belleza, ese milagro de aquellas pocas líneas capturadas en la arquitectura o geometría, ese instante de verdad que sana y entrega, esa amorosa curva vislumbrada en un destello que une a esa estrella con su destino, a esta asíntota con esa hipérbola, a esta hombre con esa canción, a este gesto con ese efecto -- y llegan más hombres, hombres por miles, quienes llegan resoplando e inflando la pequeña burbuja, creando religiones rosadas y azules y eternas, infalibles salvaciones en la gran burbuja, cúspides de luz que son la suma de sus pequeñas complicadas esperanzas, abismos de infierno que son la suma de sus temores llevados en el corazón; quienes llegan añadiendo esta nota y esa idea, este grano de conocimiento y ese segundo sanador, esta conjunción y esa curva, ese momento de efectividad debajo del polvo de las miríadas de galaxias, templos cromáticos, ideadas medicinas incuestionables bajo la gran burbuja, irreducibles ciencias, implacables geometrías, diagramas de enfermedades, diagramas de recuperación, diagramas de destino. Y todo se retuerce y da vueltas tal como el médico lo quiso bajo la gran Burbuja fatídica, tal como el científico lo quiso, tal como ese momento de coincidencia entre las incontables miríadas de líneas en el universo lo ha decidido para la eternidad del tiempo. Hemos capturado un minuto del mundo y lo convertimos en una inmensa luz ámbar que nos enceguece y nos sofoca en la gran burbuja mental. Y no hay nada de eso -- ni una sola ley, ni una sola enfermedad, ni un solo dogma médico o científico, ni un solo templo es real, ni un diagrama perpetuo, ni un solo destino debajo de las estrellas -- hay un descomunal hipnotismo mental, y detrás, lejano, atrás lejos, y no obstante aquí mismo, tan aquí mismo, inmediatamente aquí, algo impenetrable, imposible de capturar por trampa alguna, sin restricción por ley alguna, invulnerable a toda enfermedad y a todo hipnotismo, no salvable por nuestras salvaciones, no corrompido por nuestros pecados, no corrompido por nuestras virtudes, libre de todo destino y todo diagrama, de toda burbuja dorada o negra -- un pájaro puro, infalible que puede recrear al mundo en el pestañeo de un ojo. Cambiamos nuestra mirada, y todo cambia. Se fue la bonita burbuja. Está aquí -- si queremos.

*

* *

Cuando la burbuja explota, comenzamos a ingresar a la condición de superhombres. Comenzamos a entrar en armonía. Oh, no explota por nuestros esfuerzos; no cede por ninguna cantidad de virtudes y meditación, que por el contrario fortalece aún más a la burbuja, le da tal brillo encantador, tal luz cautivadora que en realidad nos cautiva a nosotros, y todos estamos más prisioneros cuanto más hermosa es la burbuja, mantenidos más cautivos a causa de nuestro bien que a causa de nuestro mal -- no hay nada más resistente en el mundo que una verdad atrapada en nuestras trampas; no le interesa en absoluto nuestras virtudes o méritos acumulados, nuestros brillantes talentos o incluso nuestras oscuras debilidades. ¿Quién es grande? ¿Quién es pequeño y oscuro, o menos oscuro, debajo del ir sin rumbo de las galaxias que se ven como el polvo de un gran sol? La Verdad, la inefable Dulzura de las cosas y de cada cosa, el Corazón viviente de millones de seres quienes no saben, que no requieren que nos hagamos verdaderos para conferirnos su verdad --¿quién se podría hacer verdadero, quién podría hacerse otro que ya es, de qué tenemos capacidad realmente? Tenemos capacidad de dolor y miseria en abundancia; tenemos capacidad de mezquindad y más mezquindad, de error ataviado en una mota de luz, conocimiento que se tropieza en sus propios lodazales, un bien que es la sombra luminosa de su maldad secreta, libertad que se aprisiona a sí misma en su propia salvación -- tenemos la capacidad de sufrir y sufrir, e incluso nuestro sufrir en un secreto placer. La Verdad, la Verdad etérea, se escapa de nuestras trampas oscuras o luminosas. Corre, respira con el viento, cae en forma de cascada con el manantial, cae en forma de cascada en todas partes, pues es el manantial de todo. Incluso murmura en las profundidades de nuestra falsedad, guiña un ojo en nuestra oscuridad y se burla de nosotros. Pone sus etéreas trampas para nosotros, tan etéreas que no las vemos; nos hace señas de mil maneras a cada instante y en todas partes, pero es tan fugaz, tan inesperada, tan contraria a nuestra habitual forma de ver las cosas, tan no importante que la pasamos de largo. No podemos hacer cabeza o rabo de ella; o bien le pegamos una hermosa etiqueta para atraparla en nuestra magia. Y todavía se ríe. Le sigue la corriente a nuestra magia, le sigue la corriente a nuestro sufrimiento y a nuestra geometría; juega al milpiés y al estadista; juega a todo -- juega a cualquier cosa que queramos. Entonces, un día, en realidad no queremos más; ya no queremos nada de eso, ni nuestras miserias de falsos brillos, ni nuestras luces cautivadoras ni nuestro bien ni nuestra maldad, ni nada de todo ese arreglo policromo en el que cada color se transforma en el otro: esperanza en desesperación, esfuerzo en reacción violenta, cielo en prisión, cima en abismo, amor en odio, y cada victoria arrebatada en una nueva derrota, como si cada más atrajera a su menos, cada por su contra, y todo por siempre siguió adelante, hacia atrás, hacia la derecha e izquierda, chocando contra la pared de la misma prisión, blanca o negra, verde o marrón, dorada o menos dorada. Ya no queremos nada de todo eso; somos sólo ese grito de necesidad en nuestras profundidades, que clama por aire, ese fuego por nada, esa pequeña llama inútil que va junto a cada uno de nuestros pasos, camina con nuestros pesares, camina y camina noche y día, en el bien y en el mal, en lo alto y en lo bajo y en todas partes. Y este fuego pronto se hace como nuestro descenso del bien en el mal, nuestro poco de fortuna en la miseria, nuestro tenue brillo de luz en el caos, todo eso resta de mil gestos y luces pasajeros, el pequeño nada que es como todo, la diminuta canción de una gran miseria en progreso -- ya no tenemos bien ni mal, ni alto ni bajo, ninguna luz ni oscuridad, ningún mañana o ayer. Es todo lo mismo, miserable en negro o blanco, pero

tenemos ese pequeño fuego perdurable, ese mañana de hoy, ese murmullo de dulzura en las profundidades del dolor, esa virtud de nuestro pecado, esa cálida gota de existencia en lo alto y en lo bajo, día y noche, en la vergüenza y en la alegría, en la soledad y en la multitud, en la aprobación y en la desaprobación -- todo es lo mismo. Arde y arde. Es mañana, ayer, ahora y por siempre. Es nuestra única canción de existencia, nuestra pequeña nota de fuego, nuestro paraíso en una pequeña llama, nuestra libertad en una pequeña llama, nuestro conocimiento en una pequeña llama, nuestro apogeo de la llama en un vacío de existencia, nuestra vastedad en una diminuta llama cantarina -- no sabemos por qué. Es nuestro compañero, nuestro amigo, nuestra esposa, nuestro poseedor, nuestro país -- es. Y se siente bien. Entonces, un día, levantamos nuestra cabeza, y ya no hay burbuja. Está ese Fuego ardiendo suavemente en todas partes, reconociendo todo, amando todo, comprendiendo todo, y es como un cielo sin ningún problema, es tan simple que nunca pensamos en él, tan tranquilo que cada gota es como un océano, tan sonriente y clara que pasa por todo, entra y se desliza en todas partes -- juega aquí, juega ahí, tan transparente como el aire, un nada que transforma todo; y tal vez es todo.

Estamos en la Armonía del nuevo mundo.

Algunos poetas y sabios han palpado esta Armonía, algunos excepcionales músicos la han escuchado e intentaron traducir unas pocas notas de esa vastedad cantante. Fluye a gran altura, en las cimas de la conciencia, un perenne ritmo sin altos ni bajos, a través de azules eternidades, fluyendo y fluyendo como una alegría que podría cantarse a sí misma, haciendo rodar su inmenso torrente por encima de eternas colinas, llevando aquellos cuerpos celestiales y a todas aquellas tierras y mares, llevando todo en su resplandeciente y tranquila oleada -- un impronunciable sonido que contendría todos los sonidos y todas las notas en una, una fusión de música, un dorado estallido una única vez de un grito de amor o un grito de alegría surgiendo desde los abismos del tiempo; un triunfo puro que ha visto todos esos mundos y eras de un vistazo, y el pesar de un niño en la orilla de ese río azul y la suavidad de los campos de arroz y la muerte de ese hombre anciano, la diminuta tranquilidad de una hoja estremeciéndose en el viento del sur, y otros, incontables otros que son siempre los mismos, que suben y bajan el gran río, cruzan aquí o ahí, pasan sin pasar jamás, aumentan de tamaño y desaparecen en la distancia, en un gran mar dorado de donde vinieron, llevados por un pequeño ritmo del gran ritmo, una pequeña chispa del gran imperecedero fuego dorado, una pequeña nota persistente que impregna todas las vidas, todas las muertes, todos los pesares y alegrías; una inefable expansión azul de espacio que llena los pulmones con una especie de aire eterno, una especie de resurrección; un prorrumpir de música en todas partes como si el espacio no fuese nada sino música, nada sino un azur cantarín -- una poderosa, triunfante corriente que nos lleva adelante por siempre, como envueltos en sus alas de gloria. Y todo está realizado. El universo es un milagro.

Pero la Tierra, la pequeña Tierra, bambolea abajo, bambolea en su dolor. No sabe ni ve la alegría que la sostiene, y la cual es -- pues ¿cómo podría existir algo sin esa alegría que sostiene a todo, esa memoria persistente de alegría que da tirones en el corazón de las cosas y de los seres?

Yo, Tierra, tengo un poder más profundo que el Cielo;

Mi solitario pesar sobrepasa sus alegrías-rosadas,

Una semilla colorada y amarga de los siete embelesos; --

Mi mutismo se llena con ecos de una Voz lejana.

Junto a mí, el último limitado, anhelando,

Se esfuerza por alcanzar el último infinito desconocido,

Lo Eterno se fraccionó en vidas fugaces

Y la Divinidad se encerró en el lodo y en la piedra. (24)

Y el Ritmo, el gran Ritmo, fue diseminado, disgregado, pulverizado para entrar en el corazón de su mundo y hacerse del tamaño del milpiés o de una pequeña hoja estremeciéndose en el viento, para hacerse comprender por un cerebro, amado por un transeúnte. De él hemos extraído música sincopada, imágenes multicolores, alegrías, pesares, dado que ya no podíamos contener su total, continuo flujo. La hemos puesto en ecuaciones, poemas, arquitectura; la hemos atrapado en nuestras máquinas, encerrado en un amuleto o en un pensamiento, dado que ya no podíamos soportar más la presión de su gran flujo directo. Y hemos hecho mazmorras, infiernos, que eran la ausencia de ese ritmo, la carencia de una respiración a fondo de aire eterno, la sofocación de un hombrecito quien cree únicamente en sus sufrimientos, únicamente en los botones de su máquina y los muros de su inteligencia. Hemos diagramado, multiplicado, desmembrado, atomizado hasta el infinito; y ya no podíamos descifrar o comprender nada, dado que habíamos perdido el pequeño aliento del gran aliento, la única pequeña señal de la gran Dirección, la pequeña nota que ama y comprende todo. Y dado que hemos cerrado todo a nuestro alrededor, nos encerramos en una caparazón, nos acorazamos en nuestra lógica manera de pensar, nos equipamos con irrefutables cascos y antenas, hemos declarado que esa Armonía, ese Ritmos, no existen, que estaba lejos, muy arriba, el paraíso de nuestras virtudes, el crepitar de nuestras pequeñas antenas, el sueño de un inconsciente colectivo, el producto de la lombriz evolucionada, el encuentro de las moléculas enamoradas -- como el salvaje de antaño quien solía dividir las tierras desconocidas, hemos dividido el espacio y el tiempo, arrojado hacia atrás hacia otra geografía el Ganges y El Dorado que aún no hemos cruzado, los bonitos vados de ese pequeño río. Pero ese Ganges y ese El Dorado están aquí, al igual que muchas otras maravillas, muchas otras corrientes de la gran Corriente. Todo está aquí, debajo de nuestros pies, si sólo abriésemos la pequeña caparazón y dejáramos de posponer hasta el cielo o el día del juicio final lo que canta a cada minuto el tiempo y cada piedrita del espacio.

Esta es la Armonía del nuevo mundo, la alegría del Ser más grande. Está aquí, instantáneamente, si queremos. Todo lo que se requiere es remover nuestras anteojeras. Todo lo que se requiere es una mirada auténtica, una mirada sencilla al gran mundo. Todo lo que se requiere es un pequeño fuego interior para consumir las caparazones y los sufrimientos y las burbujas -- pues el único sufrimiento es estar confinado ahí.

El Cambio de Poder

Pero, en realidad, esta Armonía del nuevo mundo no es expresada por una gran música o alegrías eufóricas. Es mucho más discreta y mucho más eficaz --tal vez deberíamos decir mucho más exigente.

No hay sino una Armonía, como hay una Conciencia y un cuerpo terrenal, que son aquellos del Ser más grande, pero esta Armonía y esta Conciencia son reveladas un poco por vez, a medida que crecemos y las escalas caen de nuestros ojos y sus efectos son diferentes, dependiendo del nivel en que las llegamos a entender. La Armonía salmodia muy arriba, y es espléndida y sublime, pero ha salmodiado por milenios y eras sin cambiar mucho en el mundo y en los corazones de los hombres. Y la evolución ha lanzado a rodar sus ciclos, descendiendo, parece, a una grosería, densidad e ignorancia materiales en general, una oscuridad adornada con todos los artificios de los dioses para hacernos creer que nosotros éramos los amos, mientras que en realidad éramos los sirvientes de una maquinaria, los esclavos de un pequeño perno flojo lo cual era suficiente para explotar la hermosa máquina y dejar al descubierto al antiguo salvaje sin perturbar debajo. De hecho, esa evolución ha descendido; nos ha lanzado desde nuestras frágiles alturas y eras doradas, que quizás no eran tan doradas como se dice, para forzarnos a encontrar aquí, también, esa Luz y Armonía y Conciencia, en este sitio bajo, el cual es bajo sólo para nosotros. De hecho, no hay descenso, no hay caída, no hay movimiento hacia atrás; hay una precipitación sin fin de la verdad y de la armonía, que toca estratos más profundos y más profundos para revelarles la luz y la alegría que ellas siempre fueron -- de no haber caído nosotros, la luz nunca hubiese penetrado nuestra choza, la materia nunca hubiese salido de su noche. Cada descenso es un apertura para la luz, cada caída, un nuevo grado de florecimiento. A través de nuestra maldad es transmutada la sustancia. Y nuestra maldad es quizás muy sencillamente el territorio desconocido que arrebatamos de su "no existencia", la manera en que los marineros de Colón arrebataron las peligrosas Indias de sus "tinieblas".

Pero el pasaje es arriesgado.

De hecho, el primer efecto de la Verdad cuando toca un nuevo estrato es producir un espantoso desorden, o así parece. Los primeros efectos de la verdad mental cuando tocó a los primates debe haber sido traumática, podemos dar por hecho, y absolutamente subversivo del orden simiesco y de la efectividad; un campesino sólo tiene que tomar un libro por primera vez para que toda su bucólica paz sea alterada y su sana y simple noción de las cosas sean lanzadas hacia la confusión. La Verdad es

un gran perturbador. En realidad, si no estuviesen la púa y la prensa en el mundo, la piedra hubiera permanecido por siempre en su bienaventuranza mineral y el hombre en su satisfecha economía -- que es la razón por la que ninguna supereconomía, ninguna cumbre de ingenuidad política, ninguna perfección de igualitarismo o distribución de la riqueza humana, ni siquiera ningún paroxismo de caridad o filantropía puede satisfacer jamás el corazón del hombre y detener la irresistible arremetida de la Verdad. La Verdad sólo puede detenerse en la totalidad de la Verdad -- la totalidad de la Alegría y de la Armonía en cada partícula y en el universo entero -- a pesar de que no se detendrá en ninguna parte, pues la Verdad es infinita y sus maravillas son inagotables. Tendemos de manera bastante natural y antropocéntrica a declarar que hacemos grandes esfuerzos para alcanzar la luz y la verdad, y esto y aquello, pero puede ser presuntuoso de nuestra parte, y la semilla de loto se eleva inevitablemente hacia la luz, se retuerce libre del lodo y se abre de golpe a la luz del sol, a pesar de todos sus esfuerzos de convertirse, digamos, en un lirio acuático o en un supertulipán -- y ese sol presiona y presiona, agita y amasa y fermenta su rebelde suelo, lleva a ebullición a sus ingredientes químicos y rompe la cáscara, hasta que todo es regresado a su belleza última, a pesar de todos nuestros esfuerzos por convertirnos, digamos, simplemente en un tipo social e inteligente. El gran sol de evolución presiona sobre su mundo, agrietando sus viejos moldes, fermentando las herejías del futuro y llevando a evolución las pálidas sabidurías enlatadas de los legisladores mentales. ¿Hubo alguna vez un tiempo más desesperado, más vacío, más terriblemente confinado en sus endebles triunfos y esmaltadas virtudes que la así llamada belle époque? Pero el esmalte se está resquebrajando, y cuanto más tanto mejor; todas nuestras virtudes y certezas mentales y fantasías de un gran Disneylandia económica sobre la Tierra están desmoronándose, nuevamente, cuanto más tanto mejor. La Verdad, la gran Armonía a ser, está ajustando implacablemente su tornillo en nuestros casos mentales, exponiendo cada partícula de polvo, cada debilidad, extrayendo el veneno y batiendo su humanidad, como el "océano de inconciencia" de las leyendas Puránicas, hasta que entregue todo su néctar de inmortalidad.

Y el buscador descubre -- en su propia pequeña escala, en el microcosmos que él representa -- que la Armonía del nuevo mundo, la nueva conciencia que ha palpado a tientas, es un tremendo Poder transformador. En el pasado, hemos salmodiado arriba, elaborado encantadores poemas y catedrales de sabiduría y belleza, pero cuando afecta a la materia, enfrenta el rostro austro de la Madre enfadada, dándole una paliza a sus hijos y esculpiéndolos despiadadamente a la imagen de su propia imperativa Rectitud -- y la compasión, la infinita gracia que detiene exactamente en el momento debido, administra exactamente lo necesario, infiere y no infiere una onza de sufrimiento más que lo indispensable. Cuando el buscador comienza a abrir sus ojos a esta Compasión, esta infinita sabiduría en el más mínimo detalle, estos increíbles desvíos para alcanzar una más plena y más abarcante perfección, estas oscuridades estudiadas y rebeliones acordadas, estas caídas en una luz mayor, y la infinita marca de una Belleza que no deja oculta a ninguna impureza, ninguna traza de imperfección, ningún amparo para la debilidad o disimulada mezquindad, ningún descanso a la falsedad, él está lleno de un asombro que sobrepasa todas las medidas siderales y magia cósmica. Pues, verdaderamente, ser capaz de ocuparse de semejante punto microscópico de materia -- tan trivial bajo las estrellas, tan complicado en su embrollo de dolor y rebelión, su oscura resistencia que amenaza con un desastre a cada instante, y aquellos miles de pequeños desastres a evitar cada día y a cada paso, aquellos millones de pequeños sufrimientos a transmutar sin hacer explotar al mundo -- requiere un poder tal como la Tierra nunca antes ha conocido. La enfermedad está

manifestándose en todas partes, en cada país, en cada conciencia, en cada átomo del gran cuerpo terrestre -- esta es una revolución despiadada, una transmutación implacable -- y sin embargo, aquí y ahí, en cada conciencia humana, en cada país, en cada fragmento del gran cuerpo desgarrado, la catástrofe es evitada a último minuto, lo mejor lentamente sale de lo peor, la conciencia se despierta, y nuestros pasos tambaleantes nos llevan a pesar de nosotros mismos hacia la última puerta de la liberación. Tal es la formidable Armonía, el Poder imperativo que el buscador descubre paso a paso y en su propia sustancia.

Por lo tanto, hemos llegado a un nuevo cambio de poder. Un Nuevo poder tal como nunca antes ha habido desde el primer antropeide, una ola alta de poder que no tiene nada que ver con nuestras pequeñas meditaciones filosóficas y espirituales de eras pasadas, un fenómeno mundial, colectivo y tal vez universal tan radicalmente nuevo como la primera oleada de pensamiento sobre el mundo, cuando la mente se hizo cargo del orden simiesco y demolió sus leyes y mecanismos instintivos. Pero aquí -- y esta es realmente la característica del nuevo mundo que está naciendo -- el poder no es un poder de abstracción, no es un talento para obtener una visión de ave de las cosas y reducir los datos dispersos del mundo en una ecuación con el fin de hacer una síntesis, la cual es siempre inestable -- la mente ha vuelto todo en abstracción; vive en una imagen del mundo, un reflejo amarillo o azul de la gran burbuja, como un hombre dentro de una estatua de cristal -- no un poder discursivo y contingente que únicamente suma o sustrae, no un acopiamiento de conocimiento que nunca hace a un todo. Es un poder directo de la verdad de cada instante y de cada cosa armonizada con la verdad total de millones de instantes y cosas, un "poder para acceder" a la verdad de cada gesto y de cada circunstancia, lo cual concuerda con todos los demás gestos y circunstancias porque la Verdad es una y el Ser es único, y si este punto es palpado, todo lo demás es palpado instantáneamente, como célula y célula del mismo cuerpo. Es un tremendo poder de concentración de la Verdad, actuando directamente sobre la misma Verdad contenida en cada punto del espacio y en cada segundo del tiempo, o más bien, coaccionando cada momento, cada circunstancia, cada gesto, cada célula de la materia a producir su verdad, su nota correcta, su propio poder innato enterrado debajo de todas las capas de nuestras acreciones vitales y mentales -- una tremenda rectificación del mundo y de cada ser. Podríamos decir un tremendo Movimiento de "realización" -- ¡el mundo no es real! Es como una apariencia distorsionada, una aproximación mental, la cual se parece más a una pesadilla, una versión blanco y negro de algo que aún no hemos aprehendido. ¡Todavía no tenemos nuestros ojos verdaderos! Pues, al final, hay únicamente una realidad, y esa es la realidad de la Verdad -- una verdad que ha crecido, que tenía que protegerse a sí misma detrás de los muros, limitarse y opacarse bajo una caparazón u otra, una burbuja u otra, hacerse sentir por una oruga o un hombre, entonces se abre de golpe en su propia luz del sol cuando las alas del gran Ser que siempre hemos sido comienzan a abrirse.

Pero este cambio de poder, esta transición de las indirectas y abstractas verdades de la mente obviamente no se lleva a cabo en las cumbres del Espíritu -- no tiene nada que ver con estas gimnasias mentales, al igual que el otro poder no tenía nada que ver con las habilidades del simio. Se lleva a cabo de una manera muy práctica, en la vida cotidiana, en lo minúsculo, la futilidad del momento, el cual es fútil sólo para nosotros, si comprendimos que una partícula de polvo contiene tanta verdad como la totalidad de todo el espacio, y al igual que tanto poder. Por lo tanto, se aplica a mecanismos completamente materiales. El juego tiene lugar en la sustancia. Por consiguiente, se eleva contra antiguos resistencias, contra una burbuja que es quizás la primera burbuja

del protoplasma que se auto-defiende en su pozo de agua. Pero al fin “las resistencias resultan haber ayudado mediante la resistencia mucho más de lo que han impedido la intención del gran Creatix y su Promotor” (25) y, finalmente, no saben si hay una sola sombra y dolor que no aumente secretamente el poder mismo que estamos intentando manifestar. Si surgiese demasiado pronto, la verdad sería incompleta, o insostenible para los demás animáculos que comparten nuestro pozo de agua y que pronto la expulsarían -- somos un solo cuerpo humano, siempre olvidamos, y nuestros errores o lentitudes son los errores y lentitudes del mundo. Pero si podemos ganar una victoria aquí, en este pequeño punto de materia, cada uno de nosotros seres humanos tiene la formidable tarea de llevar a cabo, si comprende. Haber nacido en este mundo es un misterio mucho más poderoso de lo que hemos pensado.

*

* *

Por mucho tiempo ahora el buscador se ha liberado de la maquinaria mental. También ha puesto orden en la maquinaria mental. Y si viejos deseos, voluntades o reacciones aún vienen para enturbiar este espacio libre, son más bien del orden de imágenes de películas cinematográficas proyectadas en una pantalla, fuera de costumbre, pero sin una sustancia real. El buscador ha perdido el hábito de sentarse en la pantalla y de identificarse con los personajes -- él mira, está lúcido, observa todo; está centrado en su fuego el cual disipa todas esas nubes. A partir de entonces, sale más y más a la luz otro nivel de enmarañamiento, otro rango de la máquina (este es verdaderamente un “sendero de descenso”): un mecanismo material, subconsciente. Pero mientras que él no esté lúcido, no ve nada; no puede desenredar esos hilos que están tan entrelazados con sus actividades habituales, y “mentalizadas” como el resto, que construyen un tejido totalmente natural. Este mecanismo material, subconsciente se hace entonces extremadamente concreto, como los movimientos del pez de colores en su recipiente de cristal. Pero enfatizamos que este no es el pequeño pececillo subconsciente de los psicoanalistas -- aquellos pequeños pececillos pertenecen a la burbuja mental; son simplemente el reverso del pequeño tipo de la superficie, la acción de sus reacciones, el nudo de sus deseos, la constricción de su nutrida mezquindad, el pasado de su pequeña vieja historia dentro de una burbuja, la correa de la cabra de su pequeño ego separado atada a la estaca social y doméstica y religiosa, y las incontables estacas que atan al hombre adentro de la burbuja. Y sospechamos poderosamente que aquellos soñadores simplemente continuarán soñando dentro de una burbuja psicoanalítica, de la manera que otros sueñan adentro de una burbuja religiosa de infiernos y paraísos que existen únicamente en la imaginación mental del hombre. Pero, mientras que uno está adentro de la burbuja, es implacable e irrefutable; sus infiernos son verdaderos infiernos, su inmundicia es verdadera inmundicia, y uno es el prisionero de una pequeña nube brillante u oscura. Por eso, digamos, al pasar, que uno no se libera del lodo cavando en el lodo y arando de manera insana los caminos secundarios del tipo frontal (al igual, uno podría tomar un baño en agua sucia para limpiarse), uno no se libera de la burbuja por medio de las luces de la burbuja, o del mal mediante un bien que sólo es su reverso, sino que mediante un algo más que no es de la burbuja: un muy simple fuego pequeño adentro y en todas partes, el cual es la clave hacia la libertad, todas las libertades, y para el mundo.

Esta resistencia subconsciente es muy difícil de describir. Tiene mil rostros, tantos como tantos individuos hay, y para cada uno el color es diferente, el “síndrome”, por decir así, es diferente. Cada uno de nosotros tiene su “drama” particular, con sus situaciones de escena, preferidas, títeres del Grandioso Guignol. Pero es el mismo espectáculo de marionetas debajo de todos los colores, la misma historia detrás de todos los mundos -- y la misma resistencia en todas partes. Es la resistencia, el punto que dice no. No se revela a sí mismo inmediatamente, es evasivo, astuto. De hecho, realmente creemos que ama el drama. Esa es su razón de ser y la sal de su vida, y, si ya no tuviese ningún drama que machacar, inventaría alguno -- es el dramaturgo por excelencia. Es quizás incluso el gran dramaturgo de toda esta caótica y lamentable vida que vemos. Pero cada uno de nosotros alberga su pequeño hombre del gran “hombre de pesar” (26) como solía llamarlo Sri Aurobindo. El drama del mundo se detendrá cuando comencemos a ponerle un alto a nuestro propio pequeño drama. Pero el astuto títere se desliza entre nuestros dedos. Ahuyentado de la etapa mental donde pone en marcha a su maquinaria aclaratoria y interrogadora -- es un incansable interrogador; hace preguntas por el placer de preguntar, y si todas sus preguntas fuesen respondidas, surgiría con más, pues es también un incrédulo -- expulsado de la mente se sumerge un grado más para interpretar su número en el escenario vital. Ya no hay tierra sólida. (Cuanto más desciende, más fuerte se hace, y todo el camino hacia abajo hasta el fondo, es la imagen misma de la fortaleza, el nudo por excelencia, el punto irreducible, el absoluto NO). Todos estamos más o menos familiarizados con sus trucos sobre el escenario vital: su gran juego de pasión y deseo, simpatía y antipatía, odio y amor -- pero de hecho, ellos son los dos rostros de la misma comida, y sabe tan mal como bien, sufrimiento tanto como alegría, es exactamente como una manera de deglutir en una dirección u otra. Incluso la caridad y la filantropía sirve a su propósito. Se hace más gordo de cualquier manera. Cuánto más virtuoso es, más duro es. Idealismo y patriotismo, causas sagradas o menos sagradas son sus astutas viandas. Ha dominado el arte de acicalarse en soberbias ocasiones, puede encontrarse en todas las fiestas de voluntarios de caridad y conferencias de Paz -- pero, por supuesto, la Paz nunca viene, pues si por algún milagro la Paz viniese alguna vez, o la erradicación de toda la pobreza sobre la Tierra, ¿qué haría para subsistir? Ahuyentado de ese escenario, se hunde un grado más abajo y desaparece en las mazmorras del subconsciente. No por mucho tiempo. Ahí comienza a despejarse, por decir así, y muestra su verdadero rostro. Se ha hecho muy pequeño, muy duro, una especie de caricatura de risa burlona: “El horroroso Elfo” como lo llama Sri Aurobindo.

El hombre alberga dentro de él a un horroroso Elfo

Enamorado del pesar y del pecado.

El horroroso Elfo se estremece ante la llama del cielo

Y ante todas las cosas alegres y puras;

Únicamente mediante el placer y la pasión y el dolor

Puede resistir su drama. (27)

Está listo para cualquier cosa, se pega a todo, toma ventaja de la más mínima fisura para forzar su camino de regreso al escenario, el más mínimo pretexto para escupir su renegrida nube y nublar todo en un instante. Una densa, oscura y pegajosa nube instantánea. Es una lucha a muerte, pues sabe perfectamente bien que va a morir. Es su última mano, la que está jugando ahora es su mismísima última carta en el mundo. En el fondo, todo el camino hacia abajo al fondo mismo, es un microscópico nudo de dolor, algo que se asusta del sol y de la alegría, algo sofocando y asustado de vastedad. Es tan duro como la piedra, quizás tan duro como la piedra original de la Tierra. Un oscuro NO a vivir y NO a todo. Simplemente no lo hará. Está ahí, y no se moverá. Tal vez sea la esencia de la muerte, la raíz de las tinieblas, el grito original de la Tierra atizada por el Sol de la Verdad.

Y permanece ahí hasta el final -- de hecho, el fin del fin -- permanece ahí tal vez para forzarnos a descender al punto más bajo y descubrir nuestro rostro inmortal debajo de esta máscara de muerte. Si no estuviese ahí, ya todos podríamos haber huido hacia los cielos del Espíritu. Pero se dice que nuestra inmortalidad y nuestro cielo deben ser forjados en la materia y a través de nuestro cuerpo.

Si podemos atrapar a ese penoso elfo -- pues es penoso en sí mismo -- justo antes de que se entierre completamente, exhibe un completo mecanismo cotidiano, material e imperceptible. Esta es la gran resistencia para el cambio de poder, la madriguera intentando diferir a la ley de la Armonía. Por consiguiente, es donde la batalla está teniendo lugar en ese momento, en el microcosmos y en el macrocosmos. Es como una caricatura (o el rostro más exacto) de todas las actividades pulidas y civilizadas del brillante elfo de los niveles superiores: duda, temor, avidez, auto-centralización, todas las contracciones, prensiones y aprensiones de pseudópodo mental. Es un funcionamiento minúsculo y ridículo, y, si por casualidad lo advertimos, le restamos importancia. Pero estamos equivocados. Miramos todo desde arriba de nuestra arrogancia mental, como si esas insignificancias fueran irrelevantes. Pero ellas tienen asombrosas consecuencias. No lo vemos porque vivimos en nuestras lógicas y simétricas nubes. Pero la vida rechina, hay un chirrido inmenso, universal cuyo origen reside en aquellos ridículos pequeños granos de arena. En nivel de la materia, no hay "pequeñas cosas", porque todo está hecho de pequeñas cosas, y esa absurda reacción de duda o temor es el incalculable equivalente del juicio mental erróneo que nos hace cerrarle la puerta a una brillante oportunidad. Constantemente estamos cerrándole la puerta a la Armonía, volviéndole nuestra espalda al milagro, dejando afuera posibilidades, y enfermándonos por añadidura. Pues, en el nivel material, esta Armonía no fluye en majestuosas sinfonías a través de las grandes arterias del espíritu; usa lo que tiene. Se filtra por minúsculos canales, frágiles filamentos estremeciéndose dentro de nuestra conciencia material; ingresa de a gotitas, chorros, discretos quantum que parecen nada -- un aliento pasajero, un titilar de una sonrisa, un ademán de soltura sin razón -- que cambian todo. No advertimos el cambio porque vivimos en nuestro caos normal, nuestro usual agobio, pero el buscador, quien se ha hecho a un poco más lúcido, comienza a advertir, a sentir aquellos diminutos cambios de densidad, aquellas repentinas obstrucciones, aquellas minúsculas expansiones, aquellos pozos de aire en su sustancia material. Él ve el casi instantáneo efecto de una diminuta pequeña emanación de duda, un temor absurdo o una tensión sin causa aparente, una ridícula y mórbida imaginación cruzando su atmósfera. Descubre mil sagaces pequeñas pulsaciones, engañosas palpitaciones, oscuros impulsos en el gran estanque material. Pone su dedo sobre el temor, el gran, voraz y retráctil Temor el cual cubre al mundo como el protoplasma dentro de su membrana de gelatina -- el más leve toque, el más mínimo aliento de aire, el más diminuto rayo de sol, y se contrae, cierra la puerta y se

enrolla como en una pelota en su membrana. La reacción inmediata a todo es NO; entonces, a veces, un sí dicho de manera abrupta, como impulsado por el mismo temor a perder algo. Él descubre la fantástica, mórbida y derrotista imaginación de la materia, como si, para la materia, la vida representara una especie de horrible invasión de la cual nunca se recuperó del todo, una caída quizás de la bienaventuranza original de la piedra, una irrupción de la muerte en su apacible rutina. Todo es propenso a acarrear la catástrofe -- la gran catástrofe de la Vida-- expectativa de lo peor, anticipación de lo peor, casi un deseo y un llamado por lo peor, de esta manera esta tragedia de vida puede ser detenida por fin y todo regresa a la paz y a la bendita inmovilidad del polvo. Él descubre cómo estallan las enfermedades, se descompone la materia, envejece la sustancia -- la gran dificultad de vivir, la contracción sobre el ser, la sofocación adentro, el endurecimiento de todas las pequeñas arterias a través de las cuales puede haberse escurrido una gota de la todo-sanadora armonía. Él escucha su hartazgo de intrascendente lloriqueo, pequeños rencores, lesionadas negaciones de la materia, y por sobre todo -- sobre todo -- su desesperante leitmotiv: "Esto es imposible, eso es imposible. . . .", porque la única posibilidad segura es la inviolable inmovilidad de la piedra. Porque todo movimiento de vida y esperanza todavía está conmoviéndose por la muerte. Y cierra la puerta, apaga la luz, rechaza el milagro -- todos nosotros rechazamos el milagro. Estamos sentados firmemente encima de nuestro cáncer, los escépticos de la gran inmortal Armonía, los hombrecillos de la Tierra quienes creen en el dolor, creen en la enfermedad, creen en el sufrimiento, creen en la muerte: Esto es imposible, imposible, imposible

De esta manera, el buscador se entera de la Armonía. La conoce paso a paso, a través de prueba y error, diminutos pequeños errores que siembran enfermedad y confusión. En esta etapa, la experiencia ya no tiene lugar en el intelecto ni en el corazón; tiene lugar en el cuerpo. Hay un minúsculo juego de sensaciones, tan fugaz como debe haber sido el primer estremecimiento del radiolario bajo los cambios de temperatura en la Corriente del Golfo, y tan cargado de consecuencias físicas como una tormenta sobre los adorables maizales de la mente o un tifón sobre los tenebrosos mares del vital. Somos tan densos y ciegos en nuestros niveles "superiores" que necesitamos ser golpeados en la cabeza para comprender que el hombre frente a nosotros está enojado y que el crimen está al acecho en esos ojos tan transparentes. Pero la materia es refinada; cuanto más la experimentamos, tanto más descubrimos su increíble receptividad, operando en ambas direcciones, ¡ay, qué pena!. Cien veces o mil veces, el buscador es confrontado con esos microfones, esos diminutos torbellinos que derrumban abruptamente todo el equilibrio de la existencia, opacan todo, le dan un sabor de cenizas y desesperanza al más leve gesto, descomponen el aire que respira y descomponen todo -- una instantánea descomposición general durante un segundo, diez segundos. Un endurecimiento de todo. Repentinamente el buscador es abrumado por la fatiga; ve viniendo a la enfermedad -- y realmente está viniendo directo a él. ¿Qué enfermedad? La Enfermedad. Y exactamente detrás, yaciendo a la espera, la muerte. En un segundo, diez segundos, uno va directamente hacia el punto, uno toca la cosa. Está justo ahí, irrefutable: todo el mecanismo afuera al descampado, como una repentina llamada de la muerte. Sin embargo, afuera, todo es lo mismo. Las circunstancias son las mismas, los gestos los mismos; el sol aún brilla y el cuerpo viene y se va como es usual. Pero todo está cambiado. Es una muerte-relámpago, una cólera instantánea. Entonces se desvanece, se disipa como una nube, uno apenas sabe por qué. Pero si uno se da por vencido, uno realmente se enferma, se quiebra una pierna o tiene un accidente genuino. Y el buscador comienza a conocer la razón por esos minúsculos reveses de equilibrio. Él localiza un minúsculo infierno, el cual quizás es la

primera semilla del gran Mal con millones de rostros, el primer endurecimiento de la gran bienaventurada petrificación de la muerte. Todo está contenido ahí, en una chispa negra. Pero el día que atrapemos esa diminuta vibración venenosa, tendremos el secreto de la inmortalidad, o al menos el de la prolongación a voluntad de la vida. Morimos porque nos damos por vencidos, y nos damos por vencidos en miles de pequeñas instancias. La elección entre la muerte y la inmortalidad debe hacerse de nuevo a cada instante.

Pero esta todavía es una forma negativa y humana de acercarse a la experiencia. De hecho, la Armonía, la maravillosa Armonía que asiste a todo, no quiere enseñarnos las leyes del infierno, aún un infierno diminuto. Quiere la ley iluminada por el sol. Lanza a sus tifones y enfermedades hacia nosotros, nos arroja hacia abajo hacia el foso negro, solamente tanto como sea necesario para que aprendamos la lección, ni un minuto más. Y el segundo en que hemos recapturado el pedacito de sol, la pequeña nota, la milagrosa y tranquila corriente pequeña en el corazón de las cosas, todo cambia, es sanado, se inclina hacia la luz -- un milagro instantáneo. De hecho, no es un milagro. El milagro está en todas partes, a cada instante, es la naturaleza misma del universo, su aire, su sol, su respiración de armonía. Sólo nosotros continuamos bloqueando el camino, levantando nuestras paredes, nuestras ciencias, nuestros millones de dispositivos que "saben mejor" que esta Armonía. Debemos aprender a dejar que fluya libremente -- no hay otro secreto. No "nos empuja hacia abajo" para aplastarnos o castigarnos, sino que para enseñarnos la técnica de la maestría. Quiere que seamos los verdaderos amos de su Secreto solar, de ser plenamente lo que siempre hemos sido, libres y reyes y gozosos, y machacará y machacará nuestros miserables secretos hasta que estemos forzados a golpear a su puerta iluminada por el sol, a abrir nuestras manos y dejar que su dulzura fluya sobre el mundo y en nuestros corazones.

Pues hay un Secreto aún mayor. Enfrentamos este enorme universo encrespándonos con dificultades y problemas y negociaciones y obstáculos -- todo es una especie de constante imposibilidad a vencer mediante golpes de inteligencia, poder de voluntad, músculos materiales o espirituales. Pero, al hacer esto, estamos en términos iguales con la oruga, en términos iguales con el gnomo afligido de miedo en su agujero mortal. Y, debido a que creemos en la dificultad, somos coaccionados a creer en nuestros músculos de acero o no -- los cuales siempre colapsan. Y creemos en la muerte, creemos en el mal, creemos en el sufrimiento, como el topo cree en las virtudes de sus túneles. Pero mediante nuestra mórbida creencia, nuestra antigua creencia, nuestra gris mirada de elfo, hemos endurecido a la dificultad, la hemos armado con una hueste de instrumentos y remedios que la abultaron todavía más, la plantamos más firmemente en su implacable hendidura. El mundo está envuelto en una formidable ilusión de duendes. Está en el agarre de una Muerte formidable, que no es sino nuestro miedo a la inmortalidad. Está siendo desgarrado por un tremendo sufrimiento, el cual es nuestra negativa a la alegría y a la luz del sol. Sin embargo todo está aquí, todo milagro posible, a la grandiosa luz expansiva del sol, toda posibilidad soñada o no soñada, toda maestría simple, espontánea y natural, todo simple poder de la Gran Armonía. Sólo pide derramarse sobre el mundo, fluir a través de nuestros canales y de nuestros cuerpos. Todo lo que pide es que abramos el corredor. Si permitimos que esa luminosidad, esa divina facilidad, esa sonrisa solar, inunde por un segundo nuestro pequeño conglomerado de carne, todo se fluidifica, los obstáculos se disuelven, las enfermedades desaparecen, las circunstancias son arregladas como por milagro, la oscuridad es iluminada, la pared se derrumba -- como si nunca hubiesen existido. Y una vez más, no es siquiera un milagro; es simplicidad restablecida, realidad

recuperada. Es el punto de armonía aquí contactando a la Armonía en todas partes y de manera espontánea, automática, trayendo (o restituyendo) aquí a la Armonía instantáneamente, en ese gesto, esa circunstancia, esa palabra, esa particular conjunción de acontecimientos -- y todo es una maravilla de conjunción porque todo fluye desde la Ley. Las paredes nunca estuvieron; los obstáculos nunca estuvieron; la maldad, el sufrimiento y la muerte nunca estuvieron. Pero teníamos esa mirada de maldad, esa mirada de sufrimiento y muerte, esa mirada del elfo preso. El mundo es como lo vemos, como lo queremos. Hay otra Mirada dentro de nosotros la cual puede transfigurar todo. "Mis hijos", dijo Ella quien continuó con la tarea de Sri Aurobindo, "¡todos ustedes viven en un enorme mar de vibraciones y ni siquiera se dan cuenta! Porque no son receptivos. Hay tal resistencia en ustedes que si algo se las ingenia para penetrar, tres cuartos de lo que entra es expulsado violentamente debido a una incapacidad de contenerlo . . . Simplemente tomen el ejemplo de la conciencia de las Fuerzas, tal como la fuerza del amor, la fuerza de la comprensión, la fuerza de la creación (es lo mismo para todas ellas: la fuerza de la protección, la fuerza del crecimiento, la fuerza del progreso, todas ellas), sencillamente tomen la Conciencia, la conciencia que abarca todo, penetra todo, que está en todas partes y en todo -- ¡se siente casi como algo intentando imponerse violentamente sobre el ser, que se resiste! ... Mientras que si ustedes estuviesen abiertos y simplemente respiraran -- eso es todo, simplemente inhalaran -- inhalarían Conciencia, Luz, Comprensión, Fuerza, Amor y todo lo restante." (28). Todo esta debajo de vuestros ojos, la maravilla total del mundo, tan sólo aguardando nuestro consentimiento, nuestra mirada de fe en la belleza, en la libertad, en la suprema posibilidad que está llamando a nuestras puertas, martillando las paredes de nuestra inteligencia, sufrimiento y mezquindad. Este es el supremo "cambio de poder", el cual está llamando a las puertas del mundo y machacando en las naciones, iglesias y Sorbonas, martillando la conciencia humana y todas nuestras certezas geométricas y bien pensadas. Y si una vez, únicamente una vez, la conciencia del hombre se abre a un rayo de ese milagro viviente, si la conciencia de una sola nación entre todas nuestras naciones ciegas se abre a una chispa de esa Gracia, entonces esta implacable civilización amurallada en sus ciencia y sus leyes, en un elfo de terror y sufrimiento -- esta enorme estructura en la cual hemos nacido y que parece tan ineludible, tan indestructible y triunfante en sus pesados milagros de acero y uranio, esta astuta prisión en la cual caminamos en círculos -- se desmoronará como herrumbre. Entonces seremos hombre al fin, o más bien superhombre. Tendremos alegría, unidad natural, libertad sin paredes y poder sin artificios. Entonces nos daremos cuenta que todo este sufrimiento, estas paredes y dificultades que asedian nuestra vida eran únicamente la vía muerta del Sol de la Verdad, una restricción original para aumentar nuestra fuerza, nuestra necesidad de espacio y nuestro poder de verdad, un velo de ilusión para proteger nuestros ojos de una luz demasiado intensa, un oscuro pasaje desde la instintiva espontaneidad del animal hacia la consciente espontaneidad del superhombre -- y que al final todo es simple, increíblemente simple, como la Verdad misma, e increíblemente fácil, como la Alegría misma que concibió a estos mundos. Pues, en verdad, "el sendero de los dioses es un sendero iluminado por el sol sobre el cual las dificultades pierden toda realidad." (29)

La Sociología del Superhombre

En sí mismo, este cambio de poder no sería suficiente para cambiar al mundo si estuviese confinado únicamente a unos pocos individuos. En realidad, desde el comienzo mismo, desde los primeros pasos mismos, el buscador se ha dado cuenta que este yoga del superhombre no era un yoga individual, a pesar de que el individuo es el punto de partida e instrumento del trabajo, sino un yoga colectivo, una forma de evolución concentrada en la cual el individuo no es sino un puesto de avanzada, un propagador de la posibilidad, el encarnador y transmisor de la nueva vibración. Es un yoga de la Tierra. ¿Qué diferencia podría hacer un glorioso superhombre, sentado solo en su presuntuoso trono de armonía? A pesar de que suponemos que los primeros primates que inconscientemente realizaban el yoga de la mente no deben haber sido una legión; y sin embargo la posibilidad mental se expandió de uno al otro. Estaba ahí, "en el aire", presionando sobre las viejas estructuras simiescas. Similarmente, la posibilidad del superhombre está ahí, en el aire. El tiempo ha llegado. Está martillando deliberadamente en la conciencia humana y en los países -- los hombres inconsciente e involuntariamente están realizando el yoga del superhombre. Esta no es una teoría que estamos proponiendo sino un hecho evolutivo, nos guste o no. Únicamente, la principal diferencia entre la era premental y la nuestra es que la conciencia humana, no importa cuán cerrada, obstinada, oscura y mezquina, se ha hecho capaz de percibir la dirección de su propia evolución y consecuentemente de acelerar y prestarse al proceso. Ese fue el único verdadero propósito de la era mental: conducirnos irresistiblemente hacia el punto donde teníamos que pasar hacia algo más, todos juntos, por el desarrollo mismo de nuestra conciencia y la fuerza misma que cada uno de nosotros y que cada país había acumulado en una pequeña burbuja individual. Y en el nuevo nivel de integración nos probará que el superhombre no es una denegación del hombre sino su consumación, no una denegación de la mente sino su legítima colocación entre las muchas herramientas, conocidas y desconocidas, que el hombre debe utilizar el día que entra en posesión del poder directo de la Verdad.

Esta comprensión de la gran Meta -- o más bien de la próxima meta, dado que el desarrollo es infinito -- es una de las claves para la realización colectiva. Sólo requiere una pequeña fisura en la conciencia humana, un diminuto llamado por aire, una muy pequeña plegaria, un día, sin razón, para la nueva Posibilidad de entrar de prisa y cambiar toda nuestra forma de ver y de hacer las cosas. No aguarda grandes esfuerzos o una ardua disciplina, como hemos dicho; aguarda un momento de abandono, un diminuto grito interior, una pequeña llama que se despierta. Y una vez que unos hombres -- unos pocos hombres -- hayan probado ese néctar, nunca serán capaces de retornar a la vieja rutina del sufrimiento.

¿Cuál es, entonces, el papel de aquellos quienes están comenzando a comprender y tal vez a experimentar? ¿Cómo calza su trabajo en el inconsciente yoga de la humanidad? ¿Cómo puede el movimiento esparcirse y apresurarse? ¿Qué clase de realización colectiva pueden llevar al mundo como una muestra de lo que será?

La primera onda de esta nueva conciencia es bastante visible. Es perfectamente caótica.

Ha tomado a los seres humanos por sorpresa. Su flujo y reflujo pueden ser vistos en todas partes: los hombres han sido presa de la vida errante, o de la confusión extrema. Se pusieron en camino en búsqueda de algo que no comprendían, pero que los empujaba y agujoneaba por dentro; han tomado el camino hacia cualquier parte, golpeado en todas las puertas, los buenos al igual que los malos, han atravesado paredes y molinos de viento, o, repentinamente han sido sorprendidos por la risa, han dejado todos sus bártulos y le han dicho adiós al viejo asentamiento. Es natural que la primera reacción sea aberrante, ya que por definición se sale del viejo circuito, como el primate repentinamente se marchó de la sabiduría instintiva de la manada. Cada transición hacia un equilibrio superior es al principio un des-equilibrio y alteración total del viejo equilibrio. Por lo tanto, estos superhombres aprendices, quienes ni siquiera se conocen unos a otros, se encontrarán más probablemente entre los elementos poco ortodoxos de la sociedad, los así llamados inadaptados, los bastardos, los recalcitrantes de la prisión general, los rebeldes contra ellos no saben qué excepto que han tenido suficiente de ello. Son los nuevos cruzados sin una cruzada, los correligionarios sin un partido, los "antis" quienes están tan en contra que ya no quieren ningún contra o a favor, quieren totalmente alguna otra cosa, sin más o menos, ofensiva o defensiva, sin negro, bien, si o no, algo completamente diferente y completamente libre de todos los serpenteos de la Máquina, a la cual todavía le gustaría atraparlos en las redes de sus negaciones así como en las redes de sus afirmaciones. ¡O sino, en el extremo opuesto del espectro, estos superhombres aprendices quizás sean encontrados entre aquellos quienes han viajado por el largo camino de la mente, sus laberintos, su interminable rutina, sus respuestas que no responden nada, que plantea otra pregunta y todavía otra más, sus soluciones que no solucionan nada y todo su penoso ciclo -- su repentina futilidad al final de la calle, después de mil preguntas y mil triunfos jamás fracasados, ese pequeño grito, al final, de un hombre mirando atónito a nada y de pronto haciéndose como un indefenso niño nuevamente, ¡como si todos esos días y años y labor nunca hubiesen existido, como si nada hubiese sucedido, ni siquiera un solo segundo real en treinta años! Éstos también, entonces, se pusieron en camino. Ahí, también, hay una fisura para lo Posible.

Pero las condiciones mismas de la erradicación del viejo orden pueden por un largo tiempo falsificar la indagación por el nuevo orden. Y primero, este nuevo orden no existe; tiene que ser hecho. Todo un mundo tiene que ser inventado. Y el superhombre aspirando -- o simplemente digamos el aspirante a "algo más"-- debe confrontar una realidad primaria: la ley de la libertad es una ley muy demandante, infinitamente más demandante que todas las leyes impuestas por la Máquina. No se está deslizando simplemente dentro de algo, sino una erradicación de miles de pequeñas esclavitudes; no significa abandonar todo, sino, por el contrario, cuidar de todo, dado que ya no queremos depender de alguien o de algo. Es un aprendizaje supremo de responsabilidad -- aquella de ser uno mismo, lo cual al final es ser todo. No es una escapada, sino una conquista, no unas vacaciones de la Máquina, sino una grandiosa Aventura en el enigma del hombre. Y todo lo que pueda obstaculizar su suprema libertad, en cualquier nivel o bajo cualquier apariencia, debe ser batallado tan

ferozmente como la policía o los legisladores del viejo mundo. No estamos dejando la esclavitud del viejo orden para caer en la peor esclavitud de nosotros mismos -- la esclavitud a las drogas, a una facción, a una religión u otra, una secta u otra, una burbuja dorada o una blanca. Queremos la única libertad de sonreír a todo y de ser luz en todas partes, idéntico en la indigencia y en la fastuosidad, en prisión o en un palacio, en la vacuidad y en la plenitud -- y todo está pleno porque ardemos con la única pequeña llama que posee todo por siempre.

¿Qué harán, estos peregrinos, estos transhumanos de un nuevo país que todavía no existe? En primer lugar, quizás no se trasladen en absoluto. Tal vez hayan entendido que el cambio ha de ser forjado adentro y que, si nada cambia adentro, jamás nada cambiará afuera por centurias y centurias. Quizás ellos se queden exactamente donde están, en esta pequeña calle, este país gris, en un humilde disfraz, una vieja rutina, pero ya no será una rutina porque harán todo con otra mirada, de otra manera, con otra actitud -- un camino interior que cambia todos los caminos. Y si ellos perseveran, advertirán que esta pequeña gota de genuina luz que llevan dentro de sí tiene el poder de cambiar todo sobre ellos de manera subrepticia. En su modesto pequeño círculo, habrán trabajado por el nuevo mundo y habrán arrojado un poco más de verdad sobre la Tierra. Pero ningún círculo es pequeño cuando tiene ese centro, ya que es el centro de todo. O bien, un día, quizás se sentirán impelidos a unirse con sus pares del nuevo mundo y con ellos construir algún testimonio de su aspiración en común, como otros construyeron pirámides o catedrales -- tal vez una ciudad del nuevo mundo. Y este es el comienzo de una grandiosa iniciativa, un grandioso peligro.

Hemos sido tan ampliamente mecanizados, exteriorizados, proyectados hacia afuera por nuestro hábito de depender de un dispositivo mecánico o de otro que nuestro mismísimo primer reflejo es siempre buscar los medios externos, es decir, un artificio, pues todos los medios externos son artificiales, parte de la vieja falsedad. Por eso, estaremos tentados a expandir la idea, la Iniciativa, por todos los canales de publicidad existentes, en resumen, atraer a tantos partidarios de la nueva esperanza como sea posible -- lo cual pronto se convertirá en una nueva religión. Aquí puede ser apropiado citar a Sri Aurobindo y entender positiva y enérgicamente su categórica declaración: "Yo no creo en la publicidad excepto para libros, etc., y en la propaganda excepto para la política y medicinas patentadas. Pero para un trabajo serio es un veneno. Significa ya sea un truco publicitario o un auge -- y los trucos publicitarios y los auges agotan la cosa que llevan en su arca y la dejan exánime y agotada sin aguas en las costas de ninguna parte -- o significa un movimiento. Un movimiento en el caso de un trabajo como el mío significa establecer una escuela o una secta o alguna otra aborrecible tontería. Significa que cientos o miles de personas inútiles participan y corrompen el trabajo o lo reducen a una pomposa farsa de la cual la Verdad que estaba bajando se retira al anonimato o al silencio. Es lo que le ha pasado a las 'religiones' y es la razón de su fracaso." (30). Ciertamente, finalmente todos los hombres, la Tierra entera pertenecen a la condición de superhombres, pero el ABC's de la nueva conciencia, pero el principio regente, es diversidad en la Unidad -- e intentar confinar al superhombre por anticipado a un escenario ya hecho, un entorno privilegiado, una supuestamente única y más iluminada ubicación es recaer en la vieja farsa e inflar una vez más el viejo ego humano. Para estar seguros, la ley de la Armonía trabajará en miles de maneras y en miles de disfraces, reuniendo finalmente la miríada de notas de su grandioso flujo indivisible en un espacio más vasto sin fronteras. La Iniciativa nacerá en todas partes al mismo tiempo -- ya ha nacido, murmurando aquí y ahí, golpeando a ciegas contra las paredes -- y gradualmente revelará su verdadero rostro recién cuando los hombres ya

no sean capaces de atraparla en un sistema, en una lógica o en un santuario-- cuando todo aquí abajo sea un santuario, en cada corazón y en cada país. Y los hombres ni siquiera sabrán como estuvieron preparados para semejante Maravilla.

Aquellos que saben un poco, quienes sienten, quienes han comenzado a percibir la grandiosa Onda de la Verdad, no caerán por lo tanto en la trampa del "reclutamiento del superhombre". La Tierra está preparada de manera desigual, los hombres son espiritualmente desiguales a pesar de todas nuestras democráticas protestas por lo contrario -- a pesar de que esencialmente son iguales e inmensos en el gran Ser, y únicamente un cuerpo con millones de rostros -- no todos se han convertido en la grandeza que son. Ellos están en camino, y algunos pierden el tiempo mientras que otros parecen viajar más velozmente, pero los desvíos de los primeros también son parte de la gran geografía de nuestro dominio indivisible, se demoran o el freno que parecen ponerle a nuestro movimiento es parte de la plenitud de la perfección que buscamos y que nos compele a una mayor meticulosidad de la verdad. Ellos también están yendo ahí, por su propio camino -- y ¿qué está afuera del camino, al final, ya que todo es el Camino? Aquel que sabe un poco, que siente, sabe ante todo, a partir de haber experimentado en su propia carne, que los hombres nunca son reunidos mediante artificios -- y cuando persisten en su artificio, finalmente todo colapsa y el "encuentro" es breve; la hermosa escuela, la encantadora secta, la pequeña burbuja tornasolada de una fe o entusiasmo del momento efímero -- ellos son congregados por medio de una ley más delicada y más discreta, un diminuto pequeño reflector a través del tiempo y del espacio, y contacta a un rayo similar aquí y ahí, una frecuencia doble, una fuente de luz con la misma intensidad -- y él se va. Se va de manera fortuita, toma un tren, un avión, viaje a este país y a aquel, cree que está buscando esto o aquello, que está en la búsqueda de aventura, lo exótico, drogas o filosofía -- cree. Cree un montón de cosas. Piensa que tiene que tener este poder o esa solución, esta panacea o aquella revolución, este eslogan o aquel. Piensa que se puso en camino debido a esa sed o rebelión, ese infeliz asunto amoroso o necesidad de acción, esta esperanza o esa vieja discordia insoluble en su corazón. ¡Pero entonces, no hay nada de eso! Un día él se detiene, sin saber por qué, sin planear estar ahí, sin haber buscado ese lugar o ese rostro, ese pueblo insignificante debajo de las estrellas de un hemisferio o del otro -- y ahí está. Él ha arribado. Él ha abierto su única puerta, encontró su fuego afín, esa mirada por siempre conocida; y está exactamente en el lugar correcto, en el momento correcto, para hacer el trabajo correcto. El mundo es un fabuloso mecanismo de relojería, si sólo supiésemos el secreto de aquellos pequeños fuegos resplandeciendo en otro espacio, danzando en un gran mar interno donde navegan nuestras barcas como si fuesen guiados por un faro invisible.

*

* *

Hay diez o veinte, quizás cincuenta, aquí o ahí, en una latitud o en otra, quienes anhelan labrar una más auténtica parcela de tierra, una pequeña parcela de hombre para cultivar una existencia más auténtica dentro de ellos mismos, tal vez juntos crear un laboratorio del superhombre, poner la primera piedra de la Ciudad de la Verdad

sobre la Tierra. Ellos no saben, ellos no saben nada, excepto que necesitan algo más y que existe una Ley de la Armonía, un maravilloso “algo” del Futuro buscando ser encarnado. Ellos quieren encontrar las condiciones de esa encarnación, para prestarse al ensayo, para ofrecer su sustancia para ese experimento de vida. No saben nada excepto que todo debe ser diferente: en los corazones, en los gestos, en la materia y en la manipulación de la materia. No están buscando crear una nueva civilización, sino otro hombre; no una superciudad entre los millones de edificios del mundo, sino un puesto de escucha para las fuerzas del futuro, un supremo yantra de la Verdad, un conducto, un canal para intentar capturar e inscribir en la materia una primera nota de la grandiosa Armonía, una primera señal tangible del nuevo mundo. Ellos no posan como los campeones de nada; ellos no defienden ninguna libertad ni atacan ninguna doctrina. Simplemente intentan juntos. Son los campeones de su propia pequeña nota pura, la cual es diferente a la de la siguiente persona y no obstante es la nota de todos. Ya no son de un país, una familia, una religión o un partido; pertenecen a su propio partido, el cual no es de nadie más y no obstante es el partido del mundo, porque lo que se convierte en verdad en un punto se convierte en verdad para el mundo entero y congrega a todo el mundo. Son de una familia a ser inventada, de un país aún por nacer. No intentan corregir a otros ni a nadie, derramar caridades auto-glorificantes sobre el mundo, curar a los pobres y a los leprosos; intentan curar la gran pobreza de la mezquindad en ellos mismos, el sombrío elfo de la miseria interna, reclamar un sola parcela de verdad desde ellos mismos, un único rayo de armonía. Pues si esa Enfermedad es curada en nuestro propio corazón o en unos pocos corazones, el mundo será tanto más claro, y, a través de nuestra claridad, la Ley de la Verdad penetrará mejor a la materia y resplandecerá todo alrededor espontáneamente. ¿Qué liberación, qué alivio puede traerle al mundo un hombre que sufre en su propio corazón? No trabajan para sí mismos, aunque son el terreno primario de la experiencia, sino como una ofrenda, pura y sencilla, a aquello que no conocen realmente, pero que reluce en el borde del mundo como el amanecer de una nueva era. Ellos son los exploradores del nuevo ciclo. Ellos se han dado a sí mismos al futuro, de cuerpo y alma, la manera en que uno salta adentro del fuego, sin mirar hacia atrás. Ellos son los sirvientes del infinito en lo limitado, de la totalidad en lo infinitesimal, de la eternidad en cada segundo y en cada gesto. Ellos crean su cielo con cada paso y conquistan al nuevo mundo de la banalidad del día. Y ellos no le temen al fracaso, pues han dejado atrás los fracasos y el éxito de la prisión -- ellos viven en la exclusiva infalibilidad de una pequeña nota correcta.

Pero estos constructores del nuevo mundo tendrán que ser cuidadosos de no levantar una nueva prisión, sea ésta una ideal y culta. De hecho, ellos comprenderán, y rápidamente que esta Ciudad de la Verdad no verá ni podrá ver la luz del día hasta que ellos mismos vivan totalmente en la Verdad, y que ese sitio de edificios es ante todo el sitio de la propia transmutación de ellos. Uno no engaña a la Verdad.

Uno puede engañar a los hombres, realizar disertaciones y declaraciones de principios, pero a la Verdad le importa un bledo. Te atrapa en el acto y te arroja tu decepción de vuelta justo a tu cara a cada paso. Es un reflector despiadado, incluso si es invisible. Y es muy simple, te atrapa todo el tiempo, en el primer serpenteo; y dado que es una Verdad de materia, frustra tus planes, confronta tu gesto, te confronta con una repentina ausencia de materiales, trabajadores o recursos, provoca rebeliones, determina que las personas estén reñidas unas con otras, siembra imposibilidades y caos -- hasta que, repentinamente, el buscador se da cuenta que estaba en el sendero equivocado, levantando la vieja falsa estructura con nuevos ladrillos y exudando su

pequeño egoísmo, pequeña ambición o pequeño ideal, su estrecha idea de la verdad y del bien. De esta manera, él abre sus ojos, abre sus manos, se sintoniza nuevamente con la gran Ley, deja que fluya el ritmo, y se hace claro, claro y transparente, maleable a la Verdad, a ese algo buscando ser -- cualquier cosa mientras sea eso, el gesto exacto, el pensamiento correcto, el trabajo verdadero, la verdad pura expresándose como desea, cuando desea, de la manera que lo desea. Por un segundo, él abandona todo. Por un segundo le grita a ese nuevo mundo -- tan nuevo que él no comprende nada de ese mundo, pero al cual quiere servir, contener, crecer en su suelo rebelde. ¿Qué importa lo que él piense, sienta o sueñe, oh, qué diferencia hace realmente? -- tan sólo que sea la cosa auténtica, la única cosa necesaria e inevitable. Y todo se inclina en la luz -- en un segundo Todo se hace instantáneamente posible: los materiales llegan, y los trabajadores y los recursos, el muro se derrumba, y la pequeña estructura egoísta que él estaba construyendo se transforma en una posibilidad dinámica que ni siquiera sospechó. Él repite esta experiencia cien veces, mil veces, a cada nivel, personal y colectivo, desde la reparación de la ventana de su dormitorio hasta el repentino millón que viene como "regalo de Dios" para construir ese estadio olímpico.

No hay problemas materiales, nunca; solamente hay problemas internos. Y si la verdad no está ahí, hasta los millones se pudrirán en el acto. Es una experiencia fabulosa cada minuto, una prueba de la Verdad y, hasta más maravillosamente, una prueba del poder de la Verdad. Paso a paso, él aprende a descubrir la eficacia de la Verdad, la suprema eficacia del pequeño segundo claro -- él entra a un mundo de continuas pequeñas maravillas. Aprende a confiar en la Verdad, como si todas esos chascos, disparates, conflictos y confusión lo estuviesen conduciendo consciente, paciente, pero inexorablemente a tomar la actitud correcta, a descubrir la palanca verdadera, la mirada verdadera, el grito de la verdad que hace caer paredes y hace que florezca cada posibilidad en medio del imposible caos. Es una transmutación acelerada, multiplicada por la resistencia de cada uno tanto como por la buena voluntad de cada uno -- como si, verdaderamente, tanto la resistencia como la buena voluntad, el bien y el mal, tuvieran que ser transformados en algo más, en otra voluntad, una visión de voluntad de la Verdad que decide el gesto y la acción a cada instante. Esta es la única ley de la Ciudad del Futuro, su único gobierno: una clara visión que concuerda con la Armonía total, y convierte instantáneamente a la Verdad percibida en acción. Los farsantes son eliminados automáticamente por la presión misma de la Fuerza de la Verdad, expulsados, como peces, por un total exceso de oxígeno. Y si algún día estos diez o cincuenta pueden construir una sola pequeña pirámide de la Verdad, cada uno de cuyos escalones haya sido colocado con la nota correcta, la vibración correcta, amor simple, una clara mirada y una invitación al futuro, en realidad será construida toda la ciudad, porque ellos habrán construido la existencia del futuro en ellos mismos. Y quizás toda la Tierra se encontraría transformada por ella, porque hay un solo cuerpo, porque la dificultad de uno es la dificultad del mundo, la resistencia y la oscuridad del otro son la resistencia y la oscuridad de todo el mundo, y porque esa insignificante pequeña iniciativa de una diminuta ciudad debajo de las estrellas puede ser la Iniciativa misma del mundo, el símbolo de su transmutación, la alquimia de su dolor, la posibilidad de una nueva Tierra a través de la sola transfiguración de un trozo de Tierra y un trozo de la humanidad.

Por eso es probable que por un largo tiempo esta Ciudad bajo construcción sea un lugar donde las posibilidades negativas sean exacerbadas tanto como las positivas, bajo la implacable presión del faro de la Verdad. Y la falsedad es experta en conservar

detalles insignificantes, la resistencia a adherirse a las trivialidades cotidianas, las cuales se convierten en la señal misma de la negación. La falsedad sabe cómo hacer grandes sacrificios. Puede seguir una disciplina, elogiar un ideal, acopiar medallas al mérito y tantos, pero siempre se traiciona a sí misma en lo insignificante -- ese es su último refugio. Es realmente en la materia que se acaba el juego. Esta Ciudad del Futuro es un campo de batalla, una aventura difícil. Lo que se decide ahí con las armas de fuego, el armamento guerrillero y las acciones gloriosas es decidido aquí con sórdidos detalles y armamentos invisibles contra la falsedad. Pero una sola victoria ganada al mezquino egoísmo humano está más cargada de consecuencias para la Tierra que la reacomodación de todas las fronteras de Asia, pues esta frontera y este egoísmo son el alambre de púas original que divide al mundo.

*

* *

Por esa cuestión, el superhombre aprendiz podría comenzar esta batalla muy tempranamente, no sólo en él sino en sus hijos, y no sólo desde su nacimiento sino directamente desde su concepción. Nacemos en una envoltura de plomo. Nos rodea completamente. Es hermética e invisible, pero está ahí de todos modos, cubriendo nuestros mínimos gestos y reacciones. Nacimos "ya hechos", por así decirlo, pero la confección no es nuestra, ni en el mejor ni en el peor. Hay millones de sensaciones, que aún no son pensamientos, pero como las semillas del deseo o de la repulsión, los olores del temor, los olores de la angustia, como una sutil fungosidad revistiendo nuestras cavernas: estratos sobre estratos de prohibiciones y tabúes, y unos pocos permisos excepcionales arrojados como en un escape de la misma oscura arremetida en nuestros túneles. Y, en el medio de eso, una mirada aturdida y perdida -- a quien pronto se le enseñará la "vida", el bien y el mal, la geometría y las Tablas de la Ley. Una pequeña mirada que es más y más velada, y definitivamente perdida después de que se le haya hecho comprender todo. Pues la obvia y natural suposición es que un niño no entiende nada y se le tiene que enseñar cómo vivir. Pero podría ser que un niño entienda muy bien, incluso si eso no concuerda con nuestras construcciones, y que nosotros meramente le enseñamos a enterrar su conocimiento y a reemplazarlo con una ciencia ya hecha, la cual lo entierra para siempre. Entonces pasamos treinta años de nuestra vida deshaciendo lo que ellos han hecho, a menos que seamos un sujeto particularmente exitoso, es decir, definitivamente encarcelado entre muros, satisfecho, cortés y poseyendo títulos. Por lo tanto, una gran parte del trabajo involucra no "hacer" sino deshacer ese conjuro. Se nos dirá que esta lucha es productiva, enriquecedora, que desarrolla nuestros músculos y personalidad -- eso es incorrecto. Nos endurece, desarrolla en nosotros músculos de combate y bien puede conducirnos a un "en contra" tan nocivo como el "a favor". Más aún, no desarrolla una personalidad, sino una máscara, pues la verdadera persona está ahí, totalmente ahí, natural y bien abierta, en los ojos de un niño recién nacido -- nosotros únicamente agregamos la miseria de la lucha. Creemos absoluta, intensa y ciegamente en el poder del sufrimiento; ha sido la marca subconsciente de toda nuestra civilización occidental durante los últimos dos mil años. Quizás fue necesario, dada la densidad de nuestra sustancia. Pero la ley del sufrimiento es una ley de la Falsedad -- lo que es verdadero

sonríe, eso es todo. El sufrimiento es una señal de falsedad, el producto de la falsedad; ellos van de la mano. Creer que el sufrimiento es enriquecedor es creer que el cáncer es una dádiva de los dioses, a pesar de que el cáncer, también, puede ayudarnos a romper la caparazón de la falsedad. Como todas las virtudes, esta virtud negativa deja una sombra permanente sobre nosotros; e incluso el sol no bloqueado es todavía manchado por ella. Los golpes, verdadera y necesariamente, dejan su marca; producen seres liberados con corazones calcinados que recuerdan haber sufrido. Esa memoria es todavía otro velo más sobre la mirada natural. La ley de los dioses es una que está iluminada. Y quizás todo el trabajo de Sri Aurobindo y de la Madre es haberle llevado al mundo la posibilidad de un sendero iluminado por el sol sobre el cual el sufrimiento, el dolor y el desastre ya no son necesarios para progresar.

El superhombre aprendiz no cree en el sufrimiento. Cree en el enriquecimiento a través de la alegría; cree en la Armonía. No cree en la educación; cree en el poder de la verdad en el corazón de todas las cosas y de todos los seres -- él sólo ayuda a que la verdad crezca con la menor interferencia posible. Él confía en los poderes de esa Verdad. Sabe que el hombre siempre avanza hacia su meta, inexorablemente, a pesar de todo lo que se le dijo o se le enseñó -- él sólo intenta suprimir ese "a pesar de". Simplemente riega ese pequeño retoño de la verdad -- y nuevamente, con cierta cautela, pues algunos retoños prefieren un suelo arenoso y rocoso. Pero, al menos, en esa ciudad -- o mejor dicho, laboratorio del futuro -- el niño nacerá bajo condiciones menos sofocantes. No se le hará un lavado de cerebro, topándose en cada esquina de calle con llamativos afiches, corrompido por la televisión o contaminado por películas vulgares, ni sobrecargado por todas las vibraciones de ansiedad, temor o deseo que su madre pueda haber acumulado conscientemente en su vientre a través de lectura de "entretenimiento", películas extenuantes o una vida de un hogar destruido -- pues todo es registrado, la más leve vibración, la más mínima conmoción; todo ingresa libremente al embrión, permanece y se acumula ahí. Esto lo sabían bien los griegos, y los egipcios y los indígenas, quienes acostumbraban a rodear a la madre con condiciones especiales de belleza y armonía para que así el aliento de los dioses pudiera impregnar cada día y cada respiración del niño, para que así todo pudiera ser una inspiración de la verdad. Y cuando la madre y el padre decidían tener un hijo, lo hacían como una plegaria, un sacrificio para encarnar a los dioses del futuro. Sólo se requiere una chispa de aspiración, una llama de súplica, un aliento luminoso en el corazón de la madre para que la misma luz responda y descienda, la idéntica llama, la intensidad de vida afín -- si somos sombríos y torpes, sólo convocaremos a lo sombrío y a la nadería de millones de lánguidos hombres.

El niño de esa Ciudad nacerá con una llama, conscientemente, voluntariamente, sin tener que deshacer milenios de animalidad o abismos de prejuicio. No se le dirá incesantemente que él tiene que ganarse la vida, pues nadie se ganará la vida en la Ciudad del Futuro, nadie tendrá dinero. La vida será consagrada a servirle a la Verdad, cada uno de acuerdo con su capacidad o talento, y los únicos sueldos serán la alegría. Él no será desbordado con debes y no debes; únicamente se le mostrará la inmediata tristeza de no prestar oídos a la pequeña nota correcta. No será atormentado con la idea de encontrar un empleo, de ser un éxito, de superar a otros, aprobar o fallar calificaciones, pues nadie tiene éxito o fracasa en la Ciudad del Futuro, nadie tiene "un empleo", nadie toma ventaja sobre nadie, uno realiza el trabajo de seguir una pequeña nota clara que ilumina todo, hace todo por uno, cuida de todo por uno, une todo en su tranquila armonía, y cuyo único éxito es estar de acuerdo con ella misma y con el todo. Él no aprenderá a depender de un maestro, un libro o una máquina, sino a confiar en

esa pequeña llama interior, esa pequeña corriente vivaracha que guía sus pasos, impulsa un descubrimiento, conduce al azar hacia una experiencia y extrae conocimiento sin esfuerzo alguno. Y él aprenderá a cultivar los poderes de su cuerpo de la forma que hoy otros cultivan los poderes de apretar botones. Sus facultades no estarán confinadas a formas de visión y comprensión ya hechas; en él se fomentará una visión que no tiene nada que ver con los ojos, una comprensión que no es de los libros, sueños de otros mundos que preparan los del mañana, comunicaciones directas e intuiciones instantáneas y sentidos sutiles. Y si las máquinas todavía son utilizadas en la Ciudad del Futuro, se le dirá que ellas son muletas provisionales hasta que encontremos en nuestro propio corazón la fuente del Poder puro, el cual un día transmutará a la materia como ahora nosotros transmutamos una hoja de papel en blanco en una verde pradera con el trazo de un lápiz. Se le enseñará la Mirada, la mirada verdadera y potente, la mirada que crea, que cambia todo -- se le enseñará a utilizar sus propios poderes y a creer en su poder de la verdad, y que cuánto más puro y claro esté él, en armonía con la Ley, tanto más responde la materia a la Verdad. Y, en lugar de ingresar a una prisión, el niño crecerá en una atmósfera de unidad natural, libre del "tú", "yo", "tuyo" o "mío", donde no tendrá que ser constantemente aleccionado a levantar mamparas y barreras mentales, sino a ser conscientemente lo que inconscientemente ha sido desde el comienzo del tiempo: a extenderse hacia todo lo que es y vive, a sentir en todo lo que siente, a comprender a través de un idéntica más profunda respiración, a través de un silencio que lleva todo, a reconocer la misma llama en todas partes, a amar la misma corriente pequeña en todas partes, y a ser el ser en todas partes, detrás de mil rostros diferentes y en mil músicas que son una sola música.

Entonces no habrá más fronteras adentro o afuera, no más "Yo quiero", "Yo tomo", no más carencia o ausencia, no más un ser confinado y solitario, no más en contra o a favor, bueno o malo. Habrá una sola Armonía suprema en miles de cuerpos, punteando su acorde en este o en aquel, esta circunstancia y ese accidente, este gesto y aquel, unificando todo en un solo movimiento de quien cada uno de sus segundos es perfectos y cada acto verdadero, cada palabra exacta, cada pensamiento correcto, cada verso rítmico, cada corazón al unísono -- y la Verdad moldeará a la materia según su visión correcta. Y esta pequeña ciudad sin fronteras resplandecerá con su simple poder de la verdad, atrayendo lo que debe ser atraído, descartando lo que debe ser descartado, simplemente mediante su propia fuerza de concentración, tocando este punto del universo o aquel, esta alma o aquella, respondiendo a miles de llamados invisibles, emitiendo constantemente su clara nota alta la cual irradiará al mundo e iluminará a los corazones, de manera inconsciente a todos.

Pues tal es la Verdad, tan simple que nadie la ve, tan liviana que viaja alrededor del mundo en un segundo, desata nudos, cruza fronteras y derrama su maravillosa posibilidad en el medio de todas las imposibilidades, ante el más leve llamado.

¿Y luego?

Nosotros no tenemos el poder porque no tenemos una visión total. Si, por algún milagro, se nos diera poder -- cualquier poder, a cualquier nivel -- instantáneamente lo convertiríamos en una encantadora prisión concordando con nuestras pequeñas ideas y sentido del bien, encerraríamos a toda nuestra familia dentro de él, y al mundo, si pudiésemos. Pero, ¿qué sabemos del bien del mundo? ¿Qué sabemos incluso de nuestro propio bien, nosotros quienes hoy nos lamentamos por esta desgracia sólo para darnos cuenta mañana que estaba llamando a la puerta de un bien mayor? Durante los últimos dos mil años y más, hemos estado diseñando sistemas beneficiosos, los cuales se derrumban uno después del otro -- afortunadamente. Hasta el sabio Platón desterró a poetas de su República, tanto como hoy también nosotros desterramos a aquellos inservibles excéntricos quienes deambulan por el mundo y golpean obcecadamente a las puertas del futuro. Nos quejamos por nuestra incapacidad (de curar, ayudar, sanar, salvar), pero está exactamente, detalladamente en proporción a nuestra capacidad de visión -- y los filántropos están lejos de ser los más dotados. Eternamente estamos tropezándonos con el mismo error: queremos cambiar al mundo sin primero cambiarnos a nosotros mismos.

El superhombre ha perdido su pequeño ser, perdido sus pequeñas ideas de familia y de país, de bien y mal -- en efecto, él ya no tiene más ideas, o las tiene a todas, exactamente cuando se necesitan. Y cuando uno llega, se lleva a cabo, muy simplemente, porque han llegado su tiempo y su momento. Para él, las ideas y los sentimientos son simplemente la traslación imperativa de un movimiento de fuerza -- una idea de voluntad o una idea de fuerza -- que es expresado aquí mediante este gesto, aquí mediante esa acción o plan, este poema, esa arquitectura o cantata. Pero es la misma Fuerza en diferentes idiomas -- pictórico, musical, material o económico. Está sintonizado con el Ritmo, y él traduce de acuerdo con su particular talento y lugar en el todo. Él es un traductor del Ritmo.

Ahí todo pensamiento y sentimiento es un acto,

Y cada acto un símbolo y una señal,

Y cada símbolo esconde un poder vivo. (31)

Pero nada lo impulsa, él está perfectamente quieto y tranquilo, como el loto en el estanque, tomando los rayos del sol, sin un estremecimiento, sin una ondulación, sin el más mínimo vestigio de "Yo quiero" en ninguna parte -- él sólo quiere lo que quiere. Y en cuanto al resto, él está simplemente radiante en el sol, dejándole a otros que recojan un poco de dulzura (o no, pues él brilla para todos). Este es el simple estado

por excelencia, la simplicidad de la Verdad. Y la eficacia instantánea de la Verdad sin mamparas.

Pero este silencio tranquilo no es inactividad -- nada es inactivo en el mundo, ni "siquiera la inercia del bobo, ni siquiera el silencio del Buda inmóvil en la orilla del Nirvana." (32). No se distingue de otros ni por las meditaciones extasiadas encima de un festoneado gaddhi (33) ni por una barba blanca ni una vestimenta immaculada. Él cuida de los detalles insignificantes de la vida, y nadie sabe quién es él. No le interesa en absoluto ser reconocido, él quien reconoce todo. Y esos insignificantes detalles son la diminuta palanca con la cual opera en toda sustancia similar a través del mundo, pues no hay fronteras en ninguna parte, excepto en nuestras cabezas y nuestro pequeño cuerpo confinado -- la vida se extiende infinitamente, y este canto, este pesar, mil pesares. Toda su vida es una meditación.

Su silencio lleva la voz del mundo. (34)

Sus gestos son el símbolo de un gran Ritual que abarca a las estrellas y al movimiento de las multitudes, junto con su joven vástago de langosta y es encuentro al borde del camino.

También puede llevar a una revolución o realizar una acción impresionante y espectacular, si tal es el flujo de la Verdad en él. Él es impredecible, escurridizo como la Verdad misma; bromea cuando mira serio y sonríe cuando estudia esmeradamente la miseria del mundo, pues escucha los llamados invisibles y trabaja incesablemente para verter el Ritmo sobre las heridas de la Tierra. No realiza milagros que destellan como un fogonazo en la cacerola, luego dejan la Tierra hacia su impenitente oscuridad; él no juega con siddhis ocultos (35) que alteran las leyes de la materia durante un tiempo, para después dejarla caer nuevamente en su vieja rutina; no tiene necesidad de convertir a los hombres ni de predicar a las naciones, pues sabe demasiado bien que los hombres no son convertidos mediante ideas o palabras o mediante demostraciones sensacionales, sino mediante un cambio de la densidad interior, la cual crea un repentino pequeño respiro de comodidad y luz de sol en la oscuridad -- él planta otra ley en el mundo, abre la ventana a otro sol; cambia la densidad de los corazones a través de la tranquila efusión de su rayo. No golpea ni quiebra, no condena ni juzga; intenta liberar la misma partícula de la verdad contenida en cada ser y en cada cosa y en cada acontecimiento, y convertir a todos mediante su propio sol. Su poder es un poder de la verdad, de la materia a la materia, y su visión abarca todo, porque él ha encontrado el pequeño punto adentro que contiene todos los puntos y seres y lugares. En este mendigo que pasa caminando, en esa nube teñida de rosado, en este accidente fortuito, en la pequeña nada que le da empujones a su casa o en el joven brote que está creciendo, él ve a la Tierra entera y a sus millones de brotes creciendo hacia su afín Verdad, y la posición exacta del mundo en una titubeante casualidad o el comentario de un transeúnte. Todo está en su campo de acción. A través de lo minúsculo, él actúa el todo; en lo minúsculo, él descifra el todo. Desde un extremo del mundo al otro, él toca su propio cuerpo.

Pero el trabajo no está terminado. La evolución no ha alcanzado su cima; ni siquiera ha ingresado a su Verdad solar. Si el Trabajo fuera a detenerse aquí, hubiésemos alcanzado la cumbre del hombre y producido un super-hombre, pero no el ser de la próxima era. Nuestra conciencia ampliada, nuestras percepciones directas, nuestros sentidos refinados, nuestros gestos y movimientos exactos, nuestras acciones

perfectas, nuestros pensamientos correctos y voluntades correctas, nuestra alegría inalterable todavía descansarían sobre un cuerpo animal -- un cuerpo que envejece, precario y que decae, el cual amenazaría a nuestro luminoso aplomo con un abrupto colapso a cada momento, chequeando la operación de nuestra conciencia de la verdad con un diminuto grano de arena -- y ¿qué clase de verdad es esa si es tan frágil? La verdad es o no es, y es inmortal, infinita, invulnerable. Es etérea y luminosa, incorruptible, y no se le puede impedir ser todo lo que es, no más que el árbol de mango no puede evitar ser un árbol pleno con todas sus flores y cada uno de sus dorados frutos. No se detendrá ante esa realización limitada y no descansará hasta que toda la Tierra y todos los seres estén en su similitud, dado que toda la Tierra y todos los seres son de hecho sus propias semillas. El superhombre, también, es un “ser de transición”. Él es el predecesor de otro ser sobre la Tierra, tan diferente del hombre como lo somos nosotros del simio, y puede ser que todavía más, dado que todavía el hombre está hecho de la misma sustancia que el simio, mientras que el nuevo ser estará hecho de otra sustancia -- inmortal, luminosa y etérea como la Verdad misma. Él es el elaborador del “ser supramental” anunciado por Sri Aurobindo, y su sustancia es el humilde laboratorio de una peligrosa aventura.

Nuestras células del cuerpo deben poseer la llama de lo Inmortal.

De otra manera el espíritu alcanzaría solo su fuente

Dejando un mundo salvado a medias a su destino dudoso. (36)

Debido a que el punto no es producir una mente dotada de poderes milagrosos y luminosos, para imponer en este cuerpo una ley superior a sí mismo, o incluso para empujar a la sustancia física hasta su grado supremo de refinamiento, sino que “para crear una nueva naturaleza física”, (37) y no obstante fuera de este cuerpo, este pobre, frágil cuerpo animal, ya que es nuestro cimiento mismo, nuestro instrumento de evolución. El nuevo ser no saldrá del claro cielo azul, ya hecho. ¡Tenemos que hacerlo! Tenemos que encontrar la clave para nuestra propia transmutación en nuestra sustancia, el Secreto de todos los secretos en el microscopio, en la célula más pequeña. Es en nuestro cuerpo que la transición, el difícil pasaje, debe ser efectuada Si capturamos ese Secreto, tal vez tengamos la divina clave hacia la materia, la clave hacia el largo peregrinaje terrenal, y la radiante y potente mirada que un día nos lanzó hacia nuestro trayecto. Debemos golpear a la puerta de la muerte y liberar su poderoso secreto -- pues la Verdad se esconde ahí también, ya que todo eso es Verdad. Debemos abrir la roca del Inconsciente y encontrar la base fundamental, el asentamiento solar sobre el cual descansa toda existencia. Tenemos que tocar el fondo de la roca para tocar el Sol supremo. Dentro de una célula de nuestro cuerpo reside el misterio idéntico de todas las galaxias y de todas las Tierras. Un punto, un minúsculo punto, contiene todo -- el supremo Poder y la siempre radiante Verdad, la suprema oscuridad y eterna muerte (o así parece), atados en un peligroso abrazo con una inconcebible Posibilidad. Otro misterio nos convoca.

Surgió una voz que era tan dulce y terrible

Estremeció al corazón con amor y dolor, como si todo el infierno

Sintonizara con todo el cielo en una nota inextricable.

Surgida de las profundidades abismales sobre las más elevadas alturas para flotar,

*Llevaba todo el pesar que comparten las almas de las criaturas,
No obstante insinuaba todo éxtasis que los dioses pueden cargar. (38)*

Depende de nosotros desenredar este nudo, esta mezcla mortal, depende de nosotros encontrar la clave y atrevernos a la suprema aventura.

El sendero de descenso aún no está terminado.

La Victoria sobre la Muerte

El buscador ha seguido paso a paso el proceso de desmecanización. Grado a grado, ha desembrollado y aclarado los diferentes niveles de enredo que impidió el libre flujo de la Armonía. Ya no está atrapado en la maquinaria mental o en la maquinaria vital, en cierto grado, ya no está atrapado en la maquinaria subconsciente. El sombrío elfo todavía está ahí, pero como una sombra en una pantalla de cine, una persistente memoria del dolor, una especie de antigua pero todavía susceptible herida. En realidad ya no tiene asimiento alguno, excepto a través de esa sombra, la cual mancha a la alegría y deja un apagado sentimiento de ansiedad en las profundidades, un insondable algo que aún no ha sanado, una especie de estar al acecho. Una amenaza sin un rostro ni un nombre -- algo aún está ahí, como la memoria de una catástrofe que puede desatar una catástrofe en cualquier momento -- como si todo fuese de hecho terriblemente precario y un descuidado segundo fuese suficiente para trastocar todo hacia el viejo hábito mortal nuevamente. Resta un punto, un punto formidable, y mientras que ese punto no haya sido conquistado, nada es conquistado, nada es definitivamente cierto. Uno no sabe bien qué provoca ese repentino mecimiento hacia el otro lado, el lado mortal y doloroso, el viejo, amenazante lado cargado de angustia. (Es un estado de amenaza, una amenaza en todo, el instantáneo manto de plomo, la vieja cosa sin nombre y que aprieta la garganta, como si en un segundo -- un pequeño segundo sofocante -- milenios de noches y sufrimiento y vergüenza llegasen prorrumpiendo en el escenario y súbitamente todo pareciera como un brillante cuadro emplastado en esa oscura, inexplorada densidad, la cual lo chupa a uno hacia su destructivo vértigo). Ese oscuro balanceo baja abruptamente sobre tí, te despoja de todos tus soles, y te deja desnudo, como al comienzo del tiempo, antes del Viejo Enemigo -- quizás el primer enemigo del hombre y de la vida sobre la Tierra, un inefable misterio que te envuelve en su abrazo, una atroz caída vertical que está como teñida por el amor y el gran Temor. Tú no sabes lo que provoca -- aparentemente ningún error, ninguna disminución de tensión, ningún movimiento equivocado de la conciencia que abriría ese olvidado calabozo -- pero está abierto del todo. Y realmente algo ha sido olvidado; y mientras que ese olvido no haya sido olvidado, la gran Memoria dorada de la Verdad no será capaz de brillar todo su Sol sobre nuestro completo ser. Y ese Enemigo, esa sombra, es tal vez el Amante disfrazado quien nos atrae hacia su suprema búsqueda, su último descubrimiento. Somos guiados a cada paso del camino. Una Mano infalible esboza su serpentear para llevarnos directamente, a través de mil desvíos, hacia su feliz totalidad.

Al único inevitable resultado supremo

Ninguna voluntad puede quitar y ningún destino cambiar,

La corona de la inmortalidad consciente,

La divinidad prometió a nuestras almas pugnantes

Por lo tanto, no es a través de una decisión arbitraria y mórbida propia que el buscador emprenderá este oscuro descenso -- por un largo tiempo él ha dejado de querer cualquier cosa, sólo obedece al pequeño ritmo, al flujo que está creciendo en él, y la dirige hacia aquí o ahí según donde presione. El descenso ocurre gradualmente, casi desconocido para él, pero está acompañado, por así decirlo, por determinados fenómenos que se hacen cada vez más claros y definen las "condiciones psicológicas" del descenso. Estas condiciones psicológicas son triples. Está ese pequeño "flujo" del que hemos hablado con frecuencia, está ese "ritmo", y está ese "fuego" de existencia que abre las puertas del nuevo mundo. Uno puede estar tentado a pensar que es una ficción poética, una imaginería para niños, pero no es nada de esa especie, y todo el mundo es un poema haciéndose realidad, una imagen haciéndose clara, un ritmo tomando cuerpo. Poco a poco, un Niño mira al mundo con ojos de la Verdad y descubre la encantadora Imagen que siempre estuvo ahí; él le presta oídos a un Ritmo imperecedero y, a tono con ese Ritmo, ingresa en la inmortalidad que nunca cesó de ser. Este flujo crece realmente, ese ritmo se hace más claro, ese fuego se intensifica a medida que son clarificados los primeros estratos mentales y vitales. De hecho, ya no es simplemente un "flujo" sino una especie de corriente continua, una masa descendiente que primero envuelve a la cúspide de la cabeza y la nuca del cuello, luego el pecho, el corazón, el plexo solar, el abdomen, los órganos sexuales, las piernas, y que hasta parece llegar debajo de los pies, como si fuese una extensión de existencia todo el camino hacia aquí abajo, un abismo de existencia. Cuanto más desciende la corriente, tanto más cálida y más compacta y más densa, casi sólida, se hace -- se siente como una catarata que no se mueve. El descenso es proporcional a nuestro grado de clarificación y la embestida hacia abajo de la Fuerza (la cual crece a medida que nos hacemos más claros). Ninguna maquinaria mental o psicoanalítica tiene el poder de alcanzar esos estratos más profundos. El movimiento es irresistiblemente poderoso, a veces hasta duplicando a uno por encima, como aplastando a uno por la presión. Pero al mismo tiempo a medida que crece la presión así lo hace la estabilidad, como si finalmente, al final del descenso, hubiere una inmóvil masa de energía -- o con una vibración tan intensa, tan veloz e instantánea, que parece solidificada, inmóvil, no obstante moviéndose increíblemente rápido en el lugar -- "una reducción a polvo de oro caliente", dice la Madre. Eso es lo que Sri Aurobindo llamó la Fuerza supramental. Casi parecería como si se convirtiera en "supramental", o adquiriese cualidades supramentales, a medida que desciende en la materia (es decir, a medida que consentimos en dejarla pasar, a medida que las resistencias se caen bajo la presión y penetra victoriosamente todo el camino hacia abajo hasta el fondo). Decimos "supramental", pero es lo mismo con esta palabra como con todo lo demás: hay sólo una Fuerza, como hay sólo una luna, la cual gradualmente se hace llena para nuestra visión, pero la luna siempre estuvo llena y la Fuerza siempre fue la misma. Es nuestra receptividad la que cambia y la hace ver diferente de lo que siempre fue. Es ese "flujo" que espontáneamente, automáticamente, sin ninguna voluntad o decisión de parte nuestra (todas nuestras voluntades agregan más confusión), efectúa el descenso, derrumba obstáculos, expone falsedades bajo su implacable reflector, expone al lánguido elfo, ilumina todos nuestros lugares de escondite, limpia, purifica, ensancha y trae infinidad a cada nivel y en cada grieta -- y no abandona, no se detiene ni por un segundo hasta que todo, hasta el último detalle, el más mínimo movimiento, sea restaurado a su alegría original, su infinidad, su luz, su visión clara, su correcta voluntad y divino consentimiento. Esta es la Fuerza del yoga, la Fuerza de la

Conciencia de la que habló Sri Aurobindo. Es la que forja al superhombre, la que forjará al ser supramental -- la que se forjará a sí misma en ese olvido de sí.

Tu dorada Luz descendió a mi cerebro

Y las grises habitaciones de la mente se iluminaron por el sol

Una brillante respuesta al plano oculto de la Sabiduría

Tu dorada Luz descendió a mi garganta,

Y toda mi habla es ahora una divina melodía

Mis palabras están embebidas de Inmortal néctar.

Tu dorada Luz descendió a mi corazón

Impactando mi vida con tu eternidad

Tu dorada Luz descendió a mis pies:

Mi tierra es ahora tu campo de juegos y tu asiento. (40)

Entonces ahí está ese “fuego”. Esto tampoco es un mito: “Se ve la masa rojo brillante de él”, dijo el Veda,. “(Agni, el fuego) adorable, grande de cuerpo, extensa de luz.” (41). Al comienzo, sin embargo, este cuerpo es sólo una pequeña chispa, su masa rojo brillante, una oscilante llama a veces encendida pero frecuentemente apagada, la cual tiene que ser re-encendida una y otra vez. Es un diminuto grito de sofocación en la noche del mundo, una anónima necesidad caminando con nosotros, subiendo y bajando nuestros serpenteos, siguiéndonos tenazmente como una memoria de algo más, una dorada recolección entre la languidez de los días, un reclamo por aire, una necesidad de espacio, una necesidad de amar, una necesidad de ser auténtico. Y este grito, este fuego, crece:

El hombre es un puente estrecho, un llamado que crece. (42)

Primero es sólo una pequeña llama en la mente, algo rastreando en busca de una inspiración más vasta, una verdad más grande, un conocimiento más puro, que remonta vuelo, remonta vuelo, y tan pronto seccionaría todo el peso del mundo, los impedimentos, las ataduras y los embrollos de la Tierra. Remonta vuelo y a veces emerge, pura, punzante, sobre cimas de blanca luz donde todo es eternamente conocido y auténtico -- pero la Tierra, entretanto, permanece falsa; la vida y el cuerpo permanecen en el oscuro conflicto, y mueren y decaen. De esta manera, esta pequeña llama blanca comienza a meterse en el corazón. Anhela amar, sanar, salvar. Anda buscando a tientas en la oscuridad, ayuda al semejante, da ayuda, se ofrece a sí misma y canta una canción que le gustaría abarcar todo, contener todo, tomar toda la vida en su corazón. Ya es una llama más cálida y más densa, pero sus momentos de iluminación son como una pálida y frágil luciérnaga en un océano de vida oscura.

Constantemente es apagada, devorada, barrida bajo la ola y bajo nuestras propias olas de oscuridad -- nada es cambiado y la vida continúa en su rutina. Así, el buscador decide dirigir su fuego, esta ardiente verdad, hacia cada uno de sus momentos y gestos, hacia su sueño y hacia sus días, hacia su bien y hacia su mal, hacia toda su vida, para que así todo pueda ser purificado, consumido por el fuego -- para que así algo más pueda nacer al final, una vida más verdadera, una existencia más verdadera. Ingresa en el sendero del superhombre. Y el fuego continúa creciendo. Desciendo y descendo los grados de la existencia, se zambulle en las cuevas subconscientes, desaloja al lúgubre elfo, desaloja a la miseria interna, y arde más y más continuamente, poderosamente, como activado por la oscura presión. Ya es un cuerpo casi a semejanza nuestra, de color rojo bermellón, rayando ya el dorado. Pero aún es fluctuante y precario, carece de una base fundamental, un cimiento permanente. Así el buscador decide conducir su fuego hacia su sustancia y su cuerpo. Él quiere su propia materia para reflejar la Verdad, para encarnar la Verdad; quiere que el exterior irradie como el interior. Ingresa al sendero del ser supramental. Pues, en verdad, su creciente ser de fuego, su cuerpo ardiente que guarda más y más parecido con nuestro arquetipo divino, nuestro hermano de la luz arriba, y que parece excedernos en todas partes e incluso irradiar todo alrededor con una vibración ya anaranjada, es el cuerpo mismo el que formará el ser supramental. Es la siguiente sustancia terrenal, "más dura que el diamante y sin embargo más líquida que el gas", dijo Sri Aurobindo. (43) Es la condensación espiritual de la gran Energía antes de que se convierta en materia.

Pero, ¿cómo inducir este fuego en nuestra materia, cómo efectuar el pasaje, o transfusión, de este cuerpo oscuro y mortal hacia ese ardiente e inmortal? El trabajo está en progreso; es difícil hablar sobre él. Realmente no sabremos cómo se hace hasta que esté hecho. Nadie conoce el país o el camino hacia él ya que nadie ha llegado ahí jamás. ¡Jamás nadie ha hecho un cuerpo supramental! Pero será hecho, tan inevitablemente como el hombre y el simio y el milpiés ya fueron hechos en la gran Semilla dorada del mundo. Esta es la última aventura de la Tierra, o acaso la primera de una serie más maravillosa en una nueva Tierra de la verdad. No conocemos el secreto, sólo sabemos en qué dirección caminar -- aunque conocer la dirección quizás ya sea conocer el secreto, dado que se despliega bajo nuestros pasos y se forma al caminarlo.

De esta manera al menos podemos indicar la dirección, la simple dirección, pues como es habitual los secretos son simples. El fuego es creado por la partícula de la conciencia que ponemos en un acto inconsciente. Visto desde arriba, es inconsciencia resistiendo y calentándose por la fricción de la nueva conciencia buscando acceso -- es ese gesto trivial y automático el que tiene problema al desenrollar su habitual carril y rotando de manera diferente, bajo otra impulsión y tenemos que desenrollar el viejo viraje mil veces, insistir y persistir hasta que una pequeña llama de conciencia reemplace la oscura rutina. Visto desde abajo, es esa inconsciencia la que sofoca y grita y golpea y busca. Y ambas son ciertas. Es la memoria en el interior la que llama al rayo dorado, es el gran Sol eterno el que hace brotar ese llamado por la luz del sol. El proceso, el gran Proceso, es simple: debemos encender ese pequeño fuego por grados, poner el rayo en cada gesto, cada movimiento, cada aliento, cada función del cuerpo. En lugar de hacer cosas como es usual, automáticamente, mecánicamente, debemos recordar a la Verdad ahí también, anhelar a la Verdad ahí también, infundir la Verdad ahí también. Y nos encontramos con resistencia, olvido, fallas, la máquina hace huelga, cae enferma, se niega a tomar el sendero de la luz. Debemos comenzar nuevamente miles y miles de veces, punto a punto, gesto a gesto, función a función.

Debemos recordar una y otra vez. Entonces, repentinamente, en un pequeño punto del cuerpo, en ese pequeño aliento momentáneo, algo ya no vibra de la vieja manera, ya no funciona como es habitual; de pronto nuestra respiración sigue otro ritmo, se hace ancha y soleada, como una honda respiración, una respiración de un aire nunca antes conocido, nunca antes saboreado, el cual refresca todo, cura todo, incluso alimenta como si estuviésemos inhalando el néctar de los inmortales. Entonces todo recae en el viejo hábito. Debemos comenzar todo de nuevo, en un punto, en otro punto, a cada instante –la vida se llena de una extrema preocupación, una intensa absorción. Una minúscula victoria del segundo nos fortalece para otro descubrimiento, otra victoria. Y comenzamos a trabajar en cada rincón y en cada fisura, cada momento, nos gustaría que todo fuese llenado de verdad y con ese sol que cambia todo, le da otro sabor a todo, otro ritmo, otra plenitud. Entonces el cuerpo mismo comienza a despertar, a ansiar la verdad, el brillo del sol. Comienza a encender su propio fuego de anhelo aquí y ahí, comienza que no querer olvidar nunca más; y en el momento que se olvida de esa nueva pequeña vibración, inesperadamente se siente sofocado, como si estuviese deslizándose hacia atrás hacia la muerte. El proceso es simple, infinito, perpetuo: cada gesto u operación realizada con una partícula de conciencia amarra a esa conciencia, esa pequeño fuego de existencia, al gesto u operación, y gradualmente la transforma. Es una infusión de conciencia, una microscópica y metódica e innumerable infusión de fuego, hasta que la materia misma, bajo esa presión consciente, despierte a la necesidad de conciencia como la semilla despierta a la necesidad de la luz del sol. Entonces todo comienza a crecer junto, inevitablemente, irresistiblemente, bajo esa dorada atracción. Por grados, el fuego es encendido, la vibración irradia, la nota se expande, las células responden al Influjo. El cuerpo inaugura un nuevo tipo de funcionamiento, un funcionamiento de verdad consciente.

La virtud del cuerpo es su obstinada permanencia; una vez que ha aprendido algo, nunca lo olvida -- continúa repitiendo su funcionamiento luminoso veinticuatro horas al día, día y noche, con la misma obstinación con la cual solía repetir sus enfermedades, temores, debilidades y todo su oscuro, antiguo funcionamiento animal.

Esta “desmaquinización” por consiguiente se parece a la de los niveles superiores, mentales y vitales, pero en lugar de llenar un páramo de inconsciencia mental entre este farol y ese, de un extremo de la calle a la otra, debemos llenar un páramo de una inconsciencia corporal entre esta respiración y la otra, este movimiento y ese, de una extremidad del cuerpo a la otra. En lugar de confrontar a una maquinaria produciendo mil pensamientos triviales, enfrentamos a una maquinaria corporal fabricando mil temores imperceptibles. Y cada “recuerdo”, cada interrupción de la maquinaria para fijar la mirada de la conciencia sobre este oscuro proceso crea y sujeta a esta gotita de luz, su breve momento de ser, su pequeño fuego, agregando una gota a otra, y finalmente comienza a hacer otro flujo en esas venas, otro ritmo y otra canción, un nuevo ardor corporal que se siente como otro cuerpo en el cuerpo, una especie de doble luminoso que se convierte en el soporte, el “conductor”, podríamos decir, el viejo cuerpo sombrío. Es este luminoso doble el que finalmente reemplazará (?) o transmutará al otro. Es el siguiente cuerpo terrenal, el “Hijo del cuerpo” del cual hablaban los Rishis Védicos.

En resumen, debemos reemplazar el “programa” automáticamente sustentado en células y el completo código ribonucleico inexorable que continúa produciendo sus pequeñas señales de angustia y llamados glandulares con un “programa” consciente, un clamor por luz, un código solar en ese traqueteo de válvulas y pistones y enzimas ambulantes que, mientras compensan nuestra debilidad y taponan los agujeros de

nuestra incapacidad de absorber directamente la gran corriente de Armonía restaurativa, nos encierra en un calabozo de energía microscópica que pronto está agotada y descompuesta.

Tiene que ser inventado un nuevo entrenamiento espiritual del cuerpo.

Al igual que los demás cambios de programa -- mental, vital y subconsciente -- este cambio de programa corporal, celular es, según uno puede deducir, extremadamente desestabilizador para el antiguo equilibrio, pues la primera tarea de la Verdad siempre es sembrar caos, es decir, desalojar a la falsedad, apuntar su reflector y exponer a todas las pequeñas ratas haciendo una madriguera en los recovecos del cuerpo, o las mil y una bacterias de muerte, deberíamos decir. Si pensamientos malos e impulsos equivocados son las falsedades de la mente y del corazón, las enfermedades son las falsedades del cuerpo -- y la muerte la primera de todas las falsedades. Pero, como es habitual, nuestras falsedades resultan no ser tanto un error fundamental o una falsedad fundamental como una resistencia contra un orden superior. Esta resistencia es protección de la vida -- y su sepultura. Siempre consideramos a la enfermedad como una lucha contra un agente nocivo y destructivo, pero podría ser, primero, la señal superficial de una batalla contra la verdad y un rechazo de la verdad, que espontánea y automáticamente invita a la muerte. El buscador, por consiguiente, será confrontado por las falsedades del cuerpo, las enfermedades y la muerte se convertirán en su campo de batalla cotidiano, quizás hasta hora a hora y minuto a minuto -- enfermedades repentinas y muertes repentinas --para que él aprenda el oficio de la Verdad y el código inmortal en su mortalidad.

Pero enfermedad es una palabra para algo que no existe. Uno no muere cuando uno deja su cuerpo, no más que cuando uno va de una habitación a otra o se cambia de ropa. En realidad, la muerte no está "del otro lado"; está exactamente aquí, a cada instante, inextricablemente entremezclada con la vida; la llevamos a todas partes que vamos, a veces, se convierte en muerte. Ese "a veces", ese momento, o más completo movimiento de muerte en nosotros, es de lo que debemos aferrarnos. La muerte no es "otro estado más", un accidente que nos empuja repentinamente hacia otra cosa. Está incrustada en la vida misma; es su base, su oscuro cimiento. Y si pudiésemos desenredar esas hebras estrechamente entretrejidas, esa muerte en los vivos, ese ser de muerte que golpea suavemente dentro nuestro y día a día intenta, casi hora tras hora y a cada instante, suplantar la vida a voluntad. Uno muere sólo por carencia de verdad. Es la única carencia en el mundo. Si fuésemos totalmente auténticos, seríamos totalmente inmortales. La muerte es la disolución de la falsedad -- pues la falsedad es en esencia decadencia -- y moriremos sólo mientras no seamos verdaderos desde la cabeza a los pies y en cada célula de nuestro cuerpo. En resumen, la muerte es el guardián de la Verdad, el ángel negro parado en el umbral inmortal que destruye todo lo que no es capaz de pasar puramente hacia el interior la Verdad. Ya hemos cruzado el umbral en nuestra mente purificada; tal vez lo hemos cruzado en nuestro corazón y en nuestros sentimientos -- debemos cruzarlo en nuestro cuerpo. El ser de la verdad debe reemplazar totalmente al ser de la muerte. El proceso de inmortalización ocurre de arriba hacia abajo: primero en la mente, luego en el corazón y en los sentidos, luego en el cuerpo --pero la suprema resistencia también es la suprema victoria.

Se requiere una resistencia. La muerte es una resistencia a la ley de la Verdad, para el siempre renovado flujo de la Armonía. En lo muy profundo, estamos basados sobre la "roca del Inconsciente" (44) de la cual hablaban los Rishis Védicos, la roca que tal vez

es el primer momento cuando la gran Energía se solidificó, se convirtió en materia, se sumergió en la oscura contracción de sí misma, “se hundió” en la inerte quietud de su flujo triunfante, perdida en un oscuro, paralizado éxtasis que era como la inversión de su éxtasis solar en las cumbres. Aquellos quienes han tenido la experiencia de descender hacia el Inconsciente material saben que la imagen de los Rishis Védicos no es sólo una imagen sino más bien una formidable realidad a atravesar. Es verdaderamente una roca -- inmensa y aparentemente sin fondo -- un acantilado descenso hacia un abismo de basalto, el cual ni siquiera puede ser denominado negro porque no hay ni siquiera una chispa de negrura ahí, ni un indicio que le permita a uno llamarlo negro -- es la Negrura, absoluta, sin un aliento, sin una vibración de algo sea lo que sea: una instantánea sofocación, un ahogo mortal, un mundo absolutamente silencioso, absolutamente cerrado, como estrangulado en sí mismo, sin un sonido, sin un movimiento, sin un eco de nada en absoluto. Un vacío absoluto, y no obstante una existencia negra, asfixiante, algo que está a pesar de todo -- pero es como una densidad de negación absoluta, un rechazo tremendo que eleva sus paredes de basalto y se sumerge, se sumerge como un abismo en un abismo, como una muerte en una muerte. El descenso ahí es de hecho como morir. Es muerte. Es el Inconsciente. Uno no puede estar ahí; uno no debe estar ahí. Es como un supremo repudio a todo lo que se mueve y que respira, todo lo que lleva una partícula de luz haciéndole posible vivir. No se mueve. No respira. Es un NO. Un tremendo NO a todo y de todo, que te traga o te expele -- o te fuerza a convocar a una luz más grande que esa Oscuridad.

Y sólo hay una luz más grande que la espesa, asfixiante Negrura: la Luz suprema, el Grandioso Sol de la Verdad.

Es por eso que se dice en los Upanishads que Yama, el dios de la muerte, es el hijo del Sol. (45)

El sol supremo está en el fondo de la oscuridad suprema. La “muerte” es el pasaje hacia la inmortalidad, el guardián del gran Sol total, la última compulsión hacia la Verdad integral. En ese momento, cualquier cosa es incapaz de convocar a la Luz, todos los fragmentos no purificados del ser son estallados por ese NO, disueltos en él, congelados en su negro éxtasis, porque ellos mismos son una pequeña chispa de ese NO, una pequeña negación de esa gran Negación, un fragmento de esa formidable Roca.

Y, como resultado, tenemos la clave para todo lo que crea muerte en vida -- nuestras incontables pequeñas muertes a cada minuto. Y comprendemos que este cuerpo, este siempre tan frágil e insignificante pequeño cuerpo, el cual otros rechazan como a un viejo harapo o a un obstáculo para el supremo retozo del Espíritu liberado, de hecho es el sitio de una conquista suprema y de una liberación suprema, y que el cielo del Sol de la Verdad es esculpido en la Tierra y en nuestro cuerpo a cada minuto por nuestra adherencia a la negación de la luz, por nuestra elección, minuto a minuto, entre nuestro ser de luz y nuestro ser de muerte.

La existencia supramental es una existencia eternamente liberada de la muerte y, a través de su liberación, la muerte será liberada, compelida hacia su supremo Sol su suprema oscuridad.

El Ser Transformado

El buscador de la verdad integral es por consiguiente como un batallador de la muerte, pero eso fue de hecho lo que él ha estado haciendo desde siempre, siempre desde que se detuvo un minuto sobre esa avenida para traspasar ese oscuro ajeteo de la máquina con su grito. Él ha luchado contra la falsedad de la inconsciencia en su mente, en su corazón, en su vida y en cada gesto, y en su subconsciente; y ahora la falsedad le muestra su verdadero rostro: Era la muerte la que se paseaba por las avenidas de la mente, en los recovecos del corazón y en las cuevas del lúgubre elfo, la muerte que secretamente invitó a los pensamientos corrosivos, los oscuros descensos del deseo, el agarre del ego. Detrás de esa imparable búsqueda de sed y posesión, detrás de las miles de preguntas de la mente, los miles de gestos anhelantes, había como dos armas mortales deseando trabar por siempre y presionar contra un corazón, finalmente calmo, la gran saciedad de un nada sin deseo, sin un aliento, sin la más mínima tensión de dolor en cualquier sitio. El lúgubre elfo ha sumido su rostro de piedra; el ego mental ha colocado el último ladrillo de su impenetrable fortaleza. Nuestras brillantes maestrías son las maestrías de la muerte; un día, dejan salir al gato de la bolsa, cuando el encarcelamiento se acabó: el hombre muerto en el interior viene a superponerse sobre el hombre muerto afuera, exactamente, como hemos erigido gesto por gesto. Uno no va al otro lado; uno siempre ha estado del lado de la muerte. Pero para el batallador de la Verdad, el juego se hace claro. Diez minutos, cien veces por día él se da cuenta que está yendo hacia el lado de la muerte, él cruza la línea una y otra vez, se inclina imperceptiblemente hacia la falsedad con diminutos nadas en los que la muerte se refugia, retrocede y avanza entre la vida y la muerte en las arterias de su cuerpo. Aprende la técnica del pasaje. Ordena la mezcla mortal.

Dejé los dioses superficiales de la mente

Y los insatisfechos mares de la vida

Y ciego me sumergí a través de los callejones del cuerpo

Hacia los misterios más bajos. (46)

Es un trabajo largo, monumental. Cada victoria se transforma en derrota, cada derrota se convierte en una victoria más grande; y debe ser comenzada nuevamente en otro punto, y en otro más todavía, interminablemente. Y parecemos escuchar la conmovedora voz de Sri Aurobindo al final del largo trayecto, su grito de indomable certeza reverberando a través de las frágiles paredes de la muerte:

Hice una cita a escondidas con las Tinieblas, . . .

Y viajé a través de una vastedad oscura y sin salida

Hacia la sombría costa donde arrollan sus ignorantes aguas.

Camino cerca de la fría ola a través del fastidioso fango

Y todavía ese aburrido peregrinar no conoce fin;

Perdido en la brillante divinidad más allá del Tiempo,

No llega voz alguna del Amigo celestial,

Y sin embargo sé que la huella de mis pisadas serán

Un sendero hacia la Inmortalidad. (47)

Pero esta es todavía una manera negativa de decir las cosas, pues el viajero del sendero iluminado por el sol no busca infiernos ni Tinieblas, ni las diminutas muertes repentinas, aunque a veces le ocurren en un grito de sofocación. Él busca permanecer siempre sintonizado con el gran flujo de la Armonía y de la Luz y de la Verdad, en todo lo que hace, cada función suya, cada aliento de aire que toma, cada latido del corazón. Es un meticuloso colonizador de la Luz. Lo empuja hacia adentro de cada uno de los rincones y grietas de su cuerpo, hacia adentro de su sueño al igual que su vigilia, hacia cada actividad, cada momento, cada oscuro callejón del cuerpo, como en el pasado en las avenidas afuera, y él gana terreno paso a paso, célula a célula. Enciende el fuego de la necesidad -- necesidad de la verdad, necesidad de luz, necesidad de espacio -- en cada una de estas infinitesimales fortalezas y empuja cada vez más hacia atrás la línea de la inconsciencia. Le sobrevienen enfermedades, su fuerza declina, * la muerte sonríe burlonamente por un instante, pero ya no hay ni siquiera una trampa o una caída, pues él tiene bien abiertos sus ojos y ve que una Mano infalible lo ha conducido hacia este abismo de manera que él pueda encender un fuego de la verdad ahí, también, un grito de auxilio, una necesidad de espacio e infinitud -- y en el momento en que el grito real estalla, todo se desvanece; enfermedad, muerte, todo se ha ido en una fracción de segundo, como un sueño irreal. Conoce la irrealidad de la muerte. Es la suprema irrealidad; ella se desmorona en un pestañeo bajo un solo pequeño aliento de la verdad. Pero si creemos en ella, es una muerte instantánea. El implacable flujo del basalto nos devora en su nadería -- la cual no es nada realmente, inexistente, ¡el grito de un niño lo atraviesa fácilmente! No hay sino una sola realidad, la cual es la Verdad inmortal, el Sol eterno, el gran y suave flujo que mueve a los mundos y cuerpos -- si queremos creer en él, queremos dejarnos llevar por él, si le damos el consentimiento al sendero iluminado por el sol. Es la única Realidad. La muerte no existe, es únicamente el olvido de Aquello. Un segundo de recuerdo, y todo destella nuevamente en el sol -- todo jamás ha dejado de destellar en el sol. Nunca hubo sombra alguna, nunca hubo muerte alguna; estaba esa falsa mirada. La muerte es una mirada falsa. El mundo está creciendo hacia su verdadera Mirada, la cual cambiará todo en lo que realmente es; está creciendo hacia su Fuego, el cual transmutará todo en lo que realmente es. La Verdad de un punto revelará la Verdad de todos los puntos; la Verdad de la materia actuará sobre cada fragmento de la materia -- y la muerte y la sombra y el NO enterrados en el corazón del mundo revelará su rostro inmortal, su luz eterna, su permisivo y glorioso SÍ, porque ellos habrán tocado su supremo fondo y completado su misión, la cual nos ha de llevar a las puertas del Sol, en nuestro cuerpo y sobre una Tierra de la verdad.

* Efectivamente él es mucho más consciente de las viejas fuerzas vitales que está perdiendo que de las nuevas fuerzas que está adquiriendo, las cuales son más sutiles, inusuales para su cuerpo, y con cuyo funcionamiento él no está familiarizado -- parecen desvanecerse por un segundo, mediante un minúsculo cambio de conciencia, y regresar también en un segundo y refrescarlo, mediante otro cambio de conciencia el cual aún no comprende plenamente. Pero ese pequeño segundo de refrescarse es inexpresivamente más revigorizante que horas de descanso físico y parece poner de nuevo todo en orden desde la cabeza a los pies, como una completa renovación de la existencia.

Pero el rastrear a la falsedad y a la inconsciencia en el cuerpo todavía no nos traería la inmortalidad. Sólo prolongaría la vida a voluntad. Y "quién le importaría usar un saco durante cien años o estar confinado a una morada estrecha e invariable en una larga eternidad," dijo Sri Aurobindo (48). Perpetuar la vida en su funcionamiento presente, sería realmente una horrible carga, de la cual pronto deseáramos librarnos. Así, esta prolongación de vida a voluntad es sólo un primer paso funcional para darnos el tiempo de construir la existencia supramental en nuestro cuerpo. Hacerlo requiere tiempo; es una carrera entre la rapidez de la muerte y la velocidad de la transformación. Sri Aurobindo estimó que llevaría trescientos años formar esa existencia. Pero parece que el movimiento se está acelerando más y más, y quizás esa suprema transformación no depende tanto de la duración del tiempo de la preparación individual como lo hace de la preparación del cuerpo de la Tierra como un todo y sobre su capacidad para aceptar al nuevo mundo. Y la Fuerza del Nuevo Mundo está golpeando despiadadamente a la Tierra; está avanzando a pasos gigantes. Las juntas se están agrietando, y lo que parecía un distante repiqueteo se está convirtiendo en un ensordecedor toque de difuntos, el cual oculta a la siguiente resurrección. Estamos tocando el fondo de la roca; estamos ante la puerta de las profundas Tinieblas que velan lo inesperado.

Aquí todo es milagro y por milagro puede cambiar. (49)

*

* *

Este génesis del ser supramental no es realmente una fase distinta; está íntimamente mezclada con aquel del superhombre, y sólo la mente nos fuerza a trazar líneas divisorias. En realidad, es un largo trayecto a través de vidas y eras, cuerpo tras cuerpo, el lento crecimiento de un pequeño fuego interno, no más grande que una luciérnaga, que siempre estuvo oculto en el átomo, en la piedra, en la planta, y que se ha hecho consciente de sí mismo en el hombre que ha crecido a través de la lucha y del dolor, experiencia tras experiencia en una piel morena o en una blanca, bajo esta latitud u otra, que ha emergido en la mente como un frío rayo, dividió a la oscuridad en mil haces contradictorios, que ha golpeado en el corazón como una cálida pequeña

llama, luchado y forcejeado contra viento y marea, ajetreado en el amor y ajetreado en la congoja y ajetreado en el placer; que ha perforado esta caparazón de vida, brillado por nada, puro, como una fogata de otoño en las costas del mundo, buscado aquí y buscado ahí, encendido su llama con mil nadas que nunca ha hecho una plenitud, puesto en llamas a los días y a las horas, tomado en los minutos, el gran gesto y el pequeño, las estaciones frías y las calurosas, hasta que hubo una sola estación de fuego, una sola canción de la llama aquí y ahí. Y se ha convertido en el cuerpo de nuestro cuerpo, el corazón de nuestro corazón, el elevado pensamiento surgiendo desde las blancas flamas del Espíritu, la visión pura atravesando el dolor de las apariencias, el amor puro como una nieve bermellón sobre los tristes campos de la Tierra, la música pura, el ritmo puro en tono con todo -- se ha convertido en nuestro cuerpo de plegaria por el mundo, nuestro cuerpo de luz por la humanidad, nuestro cuerpo ardiente por el futuro de la Tierra, nuestra pira viviente por la transfiguración de la materia. Y cuánto más profundo se sumergía en esa densa oscuridad, esa negación en las profundidades, esa mezquindad de mil gestos y latidos de corazón por nada y rutinas de muerte, cuánto más brillante se hacía, tanto más brillaba, cuánto más dorado resplandecía como un sol, se hacía concreto, como si estuviese en el borde de una última transfusión, una dorada invasión de material, un último grito de amor que haría caer las paredes y llevar adelante la gloria viviente del nuevo cuerpo, del Amor de toda esta evolución. "Oh, Fuego . . . los rayos llameantes con cien tesoros . . . Oh, sol del cuerpo . . . Tú basaste lo mortal en una suprema inmortalidad." (50)

Un día él surgirá, el Amo del largo trayecto del fuego, la meta de todos esos sufrimientos, el epítome de las eras. Y toda la Tierra será modificada por él, apresado por su irresistible rayo de alegría y belleza, convenciendo a la sonrisa por una sonrisa. Y todas las sombras serán disipadas, como si nunca hubiesen existido.

Una perfección del hombre aún puede salvar al mundo. (51)

Su mirada de la verdad le quitará el velo a la verdadera mirada en cada uno de nosotros. Su pura Verdad hará brillar a la misma Verdad en cada corazón y en cada átomo. Su Realidad hará verdadero al mundo. La Tierra será transfigurada por el irresistible resplandor de su propio Sol.

Sólo la alegría puede convertirse en alegría.

*

* *

¿Cómo será ese cuerpo supramental, esa "vida divina" en la Tierra? Aquí nuevamente, los milagros resultarán ser la sencilla naturaleza del mundo y la nueva vida para seguir una lógica divina, la lógica de la divina verdad de la materia. Lo que será ya está aquí, en bruto, tosco, escasamente consciente de sí mismo, limitado por nuestra propia visión limitada, pues en verdad el mundo es una visión siendo revelada. Esa Energía estupenda, innumerable, inagotable, esa Fuerza de Conciencia, esa inmensa Armonía de la que estamos escindidos -- parapetados como estamos en un pequeño cuerpo

egoísta, confinados en una pequeña carcaza de deseo y dolor -- fluirá a través nuestro sin impedimentos, porque nuestro ser se habrá convertido en el ser del mundo, nuestra mente el transmisor del grandioso ritmo, nuestro corazón el difusor del grandioso palpitar de unidad, nuestra ley la única Ley iluminada por el sol que mueve a los mundos, y nuestro cuerpo el símbolo del grandioso cuerpo terrenal. No habrá más ninguna nota falsa en nosotros, no más una mampara personal, no más vidrios que distorsionan, no más voluntad egoísta, sino la única Voluntad que mueve a los mundos y la única nota que hace cantar a las esferas. La Armonía entonces será capaz de fluir en todos los niveles de nuestro cuerpo, directamente, poderosamente, puramente. Los pequeños centros de conciencia, (52) los chakras de los diferentes plexos, se habrán convertido en poderosos condensadores de la Energía cósmica, sus proyectores sobre la materia. Nutrirán a nuestro propio cuerpo directamente en la manera que hoy la comida nos nutre indirecta y pesadamente. Cada uno de ellos recibirá la vibración exacta correspondiente a su función, la "frecuencia" de luz correspondiente a su acción: los rayos del pensamiento de voluntad instantáneo que ejecuta, los destellos de la visión de la verdad que pone a las cosas en su lugar y abre y libera a la verdad de cada ser, cada objeto, cada circunstancia, el sol del corazón que cura, el torrente de Fuerza de Vida que elimina los obstáculos, el grandioso rayo de la Fuerza original que modela a la materia mediante la verdad de la materia. Todos los nervios, tejidos finos, células que hemos desmecanizado, purificado, liberado de su congestión de inconsciencia se convertirán en canales libres para la Fuerza supramental e inundarán nuestro cuerpo con las luces del Espíritu, con la Alegría del Espíritu, con el néctar inmortal -- hasta el día en que este dorado Influjo esté suficientemente concentrado e individualizado para reemplazar el funcionamiento pesado de los órganos y se muestre a través de todos los poros de la vieja piel, impregnando y transmutando el cuerpo denso, o reabsorbiéndolo en su luminosidad solar, como la gravitación poderosa de átomos reabsorbe a las partículas y libera su cuerpo de energía radiante.

¡No sabemos nada, nada en absoluto del último movimiento! Pero ocurrirá, tan inevitablemente como la vaina del laburno estalla para liberar su dorada cascada. El cuerpo mortal habrá terminado su trabajo, el cual tenía que generar un cuerpo inmortal sobre la Tierra mediante su propio grito y revelar el Espíritu contenido desde siempre en sus oscuras células.

El ser supramental liberado será capaz entonces de moverse dentro de su propia sustancia solar líquida, liviana, luminosa, para viajar a voluntad, para retirarse dentro de una auto-concentración invisible o proyectarse victoriosamente afuera, para cambiar color y forma de acuerdo con su estado de ser, nivel de concentración o necesidad funcional, para comunicarse directa y musicalmente, para manipular a la materia a voluntad, modificarla a voluntad, reproducirla o rediseñarla a voluntad, mediante la manipulación simple y directa de la vibración de la verdad en las cosas, para construir a voluntad, disolver a voluntad y llevar a cabo simple e instantáneamente todas las operaciones que cumplen indirectamente nuestras máquinas a través de una torpe versión de nuestros poderes mentales. Pues, en verdad, él es un ser "supramental" no porque esté dotado con una super-mente equilibrada un grado más alto que la mente y que posee un poder más imperativo sobre la materia, sino porque está dotado con un grado de poder más interno, el cual no se impone sobre la materia ni le arrebató milagros, sino que libera su propia energía creativa, su propia alegría creativa, y la hace cantar su propia nota de luz de la manera en que el pastor hace que cante su flauta.

Y la vida exterior obedecerá a la vida interior.

Será el fin del Artificio. Este fabuloso, monstruoso mundo encrespándose con las máquinas en cada piso y en cada nivel -- devorado por una maquinaria que nos devora y devora el más leve movimiento de vida, el más mínimo aliento de pensamiento, el más leve latido del corazón, que rueda debajo de su enorme tanque blindado en el cual esos más ricos en poderes falsos, más armados con palabras mentirosas, más acaudalados en colores falsos y baratijas y falsificaciones, luces de televisión artificiales, cuyo cascarón de inconsciencia triunfante es el más pesado, dominan a una masa hipnotizada que acepta este cruel sacrificio para Moloc, esta esclavitud universal y total, pormenorizada hasta la más diminuta reacción subconsciente, en la cual hasta los hombres más iluminados todavía son incitados por la amortiguada reverberación de la Máquina, alienados a partir de sus propios poderes de ver, sentir y comunicar, sofocados debajo de un enorme mecanismo que condiciona sus pensamientos y sentimientos y creencias, regimentados por la ciencia, regimentados por la ley, regimentados por la Máquina uno debe continuar cliqueando para vivir, comer, respirar y viajar, mantener vivo para permanecer vivo -- que se desvanecerán como alguna pesadilla irreal bajo la tranquila mirada la de la Verdad, la cual pondrá cada cosa en su lugar, dotará a los más verdaderos con poder, vestirá a cada uno según su propia luz, iluminará a cada uno con su verdadero color, expondrá la más íntima vibración sin subterfugio, sin falsa vestimenta, clasificará a los seres espontánea, automática, visiblemente, de acuerdo con la calidad de su llama y la intensidad de su alegría, impartirá su poderoso ritmo a los más cristalinos, le dará a cada uno un mundo a su medida, una morada en su color, un cuerpo inmortal acorde a su alegría, un campo de acción en proporción al campo de su propio rayo, un poder de moldear y de utilizar la materia acorde a su intensidad de la verdad, su capacidad para la belleza y su grado de genuina imaginación. Pues, al final, la Verdad es Belleza, es Imaginación suprema la cual, a través de esos millones de años y billones de pesares, buscó hacernos redescubrir nuestro propio poder de amar, de crear y de erradicar la muerte por medio de la alegría inmortal.

Pero, ¿cómo obedecerá al poder del Espíritu esta materia, tan pesada y obstinada como es, esta insensible roca? ¿Cómo se permitirá la materia de la Tierra ser transformada sin ser aplastada, violada, pulverizada por algún martillo pesado de una clase u otra, calentada a miles de grados en nuestras calderas nucleares? También podríamos preguntar cómo esa roca podría escaparse alguna vez de la tortuosa escalada de la oruga -- no vemos más allá de nuestro condicionamiento mental, pero nuestra visión es falsa y la materia que aplastamos sin misericordia es tan viva, activa, sensible como el rosario de estrellas encima de nuestras cabezas o el invisible estremecimiento del loto debajo del sol de verano. La materia también está viviendo, es también una sustancia de lo Eterno, y puede reaccionar tanto como la mente, el corazón o la planta. Sólo tenemos que encontrar el punto de contacto, para conocer el verdadero lenguaje, al igual que hemos encontrado el lenguaje de los números, sólo para extraer unos pocos engendros. Otro idioma más necesita ser encontrado para otra visión más, un lenguaje concreto que imparta la experiencia de lo que nombra, traiga a la luz lo que dice, toque lo que expresa, que no traslade sino que materialice las vibraciones y mueva cosas al emitir la misma nota. Una completa magia de la Palabra necesita ser encontrada nuevamente.

Pues también hay un Ritmo, el cual tampoco es una ficción, no más de lo que lo es ese "fuego" o esa "corriente". Son la misma cosa con un triple rostro *, en sus aspectos

individual y universal, en su condensación humana o espacio interestelar, en esta roca o esa ave. Cada cosa, cada ser tiene su ritmo, al igual que cada acontecimiento y el regreso de las aves del norte. Es el grandioso Ritual del mundo, su sinfonía indivisible de la cual estamos separados en un pequeño cuerpo mental. Pero el ritmo está ahí, en el corazón de todo y a pesar de todo, pues sin él todo se desintegraría y se dispersaría. Es el primer agente de pegado, la red musical que ata las cosas, su vibración más íntima, el color de su alma y su nota. Los antiguos textos tántricos decían, “El Nombre Natural de cualquier cosa es el sonido que es producido por la acción de las fuerzas en movimiento que la constituyen.” (53) Es el verdadero Nombre de cada cosa, su poder de existencia, y nuestro real y único nombre entre las millones de apariencias. Es lo que somos y lo que está detrás de todos los vocabularios y seudónimos que la ciencia y la ley nos infligieron a nosotros y al mundo. Y tal vez toda esta búsqueda del mundo, esta angustiante evolución, esta lucha de cosas y seres, es una lenta búsqueda de su verdadero nombre, su identidad singular, su verdadera música bajo esta enorme parodia --¡ya no somos cualquiera! Somos completamente alguien en la barahúnda mental que pasa de uno a otro, y sin embargo, somos una nota única, una pequeña nota que brega hacia su música más grande, que chirría y rechina y sufre porque no puede ser cantada. Somos una persona irremplazable detrás de este carnaval de nombres falsos, somos un Nombre que es nuestra tonalidad única, nuestro pequeño faro de existencia, nuestra simple consagración en la grandiosa Consagración del mundo, y la que todavía nos conecta secretamente con todos los demás faros y todos los demás nombres. Conocer el Nombre es conocer todos los nombres. Nombrar una cosa es ser capaz de recrearla por su música, apoderarse de las fuerzas similares en su armónica red. El ser supramental es ante todo el “conocedor del Mundo” del cual hablaban los Rishis Védicos, “el sacerdote del Mundo,” (54) “el que hace” al invocar simplemente la verdad de las cosas -- él es el Poeta de la futura era. Y su poema es una efusión de verdad cada una de cuyas sílabas creadoras de cada hecho y creadoras de la materia está afinada con la Grandiosa Armonía: una recreación de la materia a través de la música de la verdad en la materia. Él es el Poeta de la Materia. A través de esta música, él transmuta; a través de esta música, él comunica; a través de esta música, el sabe y ama -- porque, en realidad, ese Ritmo es la vibración misma del Amor que concibió a los mundos y los lleva por siempre en su canción.

* No dice el Rig-Veda, en una de sus espectaculares frases, “Esto es él (la llama) quien tiene la palabra de la verdad”. (1.59.7)

Hemos olvidado a esa pequeña nota, la nota sencilla que llena los corazones y llena todo, como si el mundo repentinamente estuviese cubierto de ternura anaranjada, vasta y profunda como un amor insondable, tan antiguo, tan antiguo que parece abarcar las eras, brotar desde las profundidades del tiempo, desde las profundidades del pesar, todos los pesares de la Tierra y todas sus noches, sus andanzas, sus millones de penosos senderos vida tras vida, sus millones de difuntos rostros, sus amores extintos y aniquilados, que de pronto regresan para agarrarnos nuevamente en medio de la explosión anaranjada -- como si hubiésemos sido todos esos dolores y rostros y seres en los millones de senderos de la Tierra, y todas sus canciones de esperanza y desesperación, todos sus amores perdidos y fallecidos, toda su música jamás extinguida -- en esa pequeña nota que estalla por un segundo en la espuma salvaje y

llena todo con una indescriptible comunión anaranjada, una comprensión total, una música de suavidad triunfante detrás del dolor y del caos, una desbordante instantaneidad, como si estuviésemos en la Meta por siempre.

Hemos llegado a la costa.

El ser supramental y el superhombre son sólo la perfección de esa pequeña nota. ¡Ellos están ahí! ¡Están llegando! Están golpeando a la puerta de nuestra era:

Los vi cruzar el crepúsculo de una era,

A los niños de ojos de sol de un maravilloso amanecer, . . .

A los trituradores de barreras del mundo, . . .

A arquitectos de la inmortalidad. . .

A los cuerpos hechos hermosos por la luz del Espíritu,

Llevando la palabra mágica, el fuego místico

Llevando la copa dionisiaca de la alegría. (55)

Y ellos harán caer nuestras paredes.

Aún resta el irritante secreto de la transición entre el cuerpo de luz y este cuerpo de oscuridad, ese cuerpo de la verdad y este cuerpo mortal. Hemos hablado de “transfusión” o quizás reabsorción de uno dentro del otro, y también de transmutación de uno por el otro. Pero estas son palabras que ocultan nuestra ignorancia. Cómo será abierta esta “cáscara”, como la solía llamar Ella quien continuó con la labor de Sri Aurobindo (y quien se atrevió a la arriesgada aventura, el último gran saltus de evolución material), y darle lugar a esa flor de fuego largamente alimentada? ¿Cómo hará sus aparición, se materializará esa nueva sustancia material -- la sustancia del nuevo mundo? Pues ya está ahí; no caerá desde el cielo. Ya está resplandeciendo para aquellos quienes tienen la visión de la verdad. Ha sido construida, condensada, por la llama de aspiración de unos pocos cuerpos. Casi parece como si una mera nada fuese suficiente para sacarla hacia lo abierto, visible y tangible para todos -- pero no sabemos qué es esa “nada”, ese velo impalpable, esa última mampara, o qué la hará caer. No es nada, en realidad, apenas una cáscara, y detrás, palpitando y vibrando, está el nuevo mundo, tan intenso, radiante y cálido, con tal ritmo veloz y vívida luz, tanto más vívida y real que la luz actual de la Tierra que uno realmente se pregunta cómo es todavía posible vivir en esta vieja sustancia insensible, estrecha, espesa y torpe, y que toda la vida como es parece como una vieja cáscara disecada, delgada y plana y sin color, una especie de caricatura de la vida real, una imagen bidimensional de otro mundo material lleno de profundidades y vigor, de significados superpuestos y mezclados, de la vida real, la alegría real, el movimiento real. Aquí, afuera, sólo hay pequeñas marionetas de existencia desplazándose, figuras momentáneas en una danza de sombra, encendidas por algo más, moldeadas por algo más, que es la vida de su sombra, la luz de su noche, el significado sagrado de su pequeño gesto trivial, el verdadero cuerpo de su pálida silueta. Y no obstante, es un mundo material, absolutamente material, no alguna gloriosa ficción, no una alucinación con ojos cerrados, no una ambigua área de pequeños santos. Está ahí. Es como “verdadera materia”, solía decir Sri Aurobindo. Está golpeando a nuestras puertas, buscando existir para nuestros ojos y nuestros cuerpos, martillando al mundo, como si la grandiosa Imagen eterna estuviese intentando entrar en la pequeña, el mundo verdadero ingresar en esta caricatura que está sufriendo un percance en todas partes, la Verdad de la materia a entrar en esta capa falsa e ilusoria -- como si la ilusión estuviese realmente en este lado, en esta mirada falsa hacia la materia, esta estructura mental falsa que nos impide ver las cosas como son. Pues ya están, como la plenitud de la luna ya está, sólo que escondida para nuestra visión nublada.

Esta consistencia de la sombra, esta eficacia de la ilusión, es probablemente la pequeña “nada” que está de pie en el camino. ¿Pudo la oruga haberse evitado ver un mundo lineal, tan concreto y objetivo para ella, tan incompleto y subjetivo para nosotros? Nuestra Tierra no es completa; nuestra vida no es completa; nuestra materia misma no es completa. Está llamando a la puerta, llamando a la puerta para hacerse una y plena. Bien podría ser que toda la falsedad de la Tierra resida en su mirada falsa, la cual resulta en una vida falsa, una acción falsa, una existencia falsa que no es, que clama por ser, que llama y llama a nuestras puertas y a las puertas del mundo. Y sin embargo, esta “cáscara” existe -- sufre, muere. No es una ilusión, incluso si, detrás, yace la luz de su sombra, la fuente de su gesto, el verdadero rostro de su máscara. ¿Qué impide la conexión? . . . Tal vez simplemente algo en la antigua sustancia que aún se toma a sí misma por su sombra en lugar de tomarse por su sol -- quizás es únicamente un asunto de una conversión de nuestra conciencia material, de su cambio total e integral de la pequeña sombra a la gran Persona? Un cambio que es como una

muerte, un balancearse hacia tal diferencia radial que equivale a una desintegración del antiguo tipo. ¿Una instantánea muerte-resurrección? ¿Una repentina opinión diferente? ¿Una zambullida en la Vida -- vida verdadera -- que suprime o “deshace” a la antigua sombra?

Todo el trayecto, el trayecto simple, es posiblemente sólo para advertir lo que ya está ahí -- y para aprender a confiar.

Pero esta inconmovible cáscara, esta antigua materia ilusoria en todas partes debajo de nuestros pies, continua existiendo, al menos para otros. Su imperante percepción es el criterio de objetividad, lo que llamamos el mundo como es. ¿Es concebible que un puñado de seres más avanzados, de pioneros del nuevo mundo, vivirán en ese camino verdadero, ese cuerpo verdadero (invisible para otros), mientras que otros continuarán viviendo y viendo en la vieja sombra, tropezando junto a ella y sufriendo y muriendo con ella, hasta que ellos también sean capaces de llevar a cabo la última conversión y de ingresar al nuevo mundo -- el cual se convertirá en la prevaleciente objetividad -- no obstante sobre esta Tierra y en esta materia, pero vista con la mirada verdadera? La vieja cáscara caerá cuando cada uno sea capaz de ver con la misma mirada -- cuando cada uno, confíe en una “época” más avanzada, vea el árbol en flor más que a la vieja vaina? . . . El árbol está en flor porque ha llegado la época. Probablemente tengamos que esperar hasta que los hombres se den cuenta de que la época y que todas las flores están ahí, sobre el hermoso árbol -- realmente están ahí, excepto por aquellos quienes haraganean en invierno cuando la primavera está estallando en todas partes. La conciencia supramental, el ritmo supramental, es verdaderamente un ritmo extraordinariamente veloz -- la Tierra actual parece inmóvil y estática para ese ritmo -- y tal vez esa simple “aceleración” es lo que hace toda la diferencia, lo que extrae la dulzura de la naranja de la radiación supramental, sus cálidas y vívidas profundidades, su etérea Tierra, la forma en que la aceleración de las galaxias vuelve rojas o púrpuras a las estrellas según la dirección de ellas. ¿Cómo podría esta nueva visión, tan concreta como la de todos los Himalayas juntos, incluso más concreta porque hace conocer todas las profundidades más íntimas de los Himalayas y su paz viviente, su sólida eternidad, no cambiar radicalmente a toda la vida de la humanidad, al menos para aquellos quienes pueden ver, y gradualmente todos, tan radicalmente como la percepción del hombre cambió al mundo como era percibido por la oruga? . . . Pues, finalmente, esta nueva visión no proscribe al mundo; lo revela como es (y este supramental “como es” es también capaz de crecer con las futuras eras --¿dónde está el fin?) No es cierto que la materia repentinamente se hace “diferente” por algún golpe milagroso y transmutador -- se hace (para nuestros ojos) lo que siempre fue. Cesa de ser esta serpenteante y escarpada huella de la oruga para estabilizarse en sus praderas bañadas por el sol, las cuales se extienden más y más allá con nuestra mirada. La verdadera materia, la materia supramental, estuvo esperando eternamente nuestra verdadera mirada -- sólo lo análogo reconoce a lo análogo. La estación divina está esperándonos en la Tierra, si consentimos en reconocer este Análogo del cual ahora somos únicamente una similaridad. Y todo el problema de la transmutación surge nuevamente: Es una transmutación de materia o una transmutación de visión? Indudablemente es ambas, pero el cambio de visión es lo que activa el cambio de materia; el cambio en la visión es lo que permite una nueva manipulación de la materia, como nuestros ojos humanos han permitido una nueva manipulación del mundo. Y este cambio de materia parece posible sólo si la humanidad es un todo, o una suficientemente efectiva proporción del gran cuerpo terrenal -- porque somos un cuerpo individual, siempre olvidamos -- acepta respirar el aire nuevo, a absorber la savia, a

dejar de creer en sus fantasmas y temores y antiguas imposibilidades mentales. Y podemos creer -- hasta podemos ver que este cambio de visión es contagioso. Hay un contagio de la Verdad, una irrefrenable propagación de la Verdad. Es la Verdad la que está rompiendo nuestros moldes y nuestras conciencias humanas y nuestra ley y nuestros sistemas y nuestros países bajo su invisible presión dorada -- el mundo está abajo de un hechizo solar, el cual está sacudiendo a nuestra era y está arrojándola al pánico por su influjo de vigor, y la Verdad de unos pocos forzaré al resto a cambiar, tan simple e inevitablemente como el primer toque de primavera se expande de rama en rama y estalla de brote en brote.

Los secretos son simples, hemos dicho, y nos preguntamos si esa "difícil" transmutación, esa compleja alquimia, esos gruesos manuales y misteriosas iniciaciones, esas eruditas austeridades y ejercicios espirituales, esas meditaciones y retiros y torturada respiración, toda esas actividades del espíritu no son realmente las actividades de la mente intentando hacerlo difícil, tremendamente difícil, así puede inflarse más, y luego glorificarse en deshacer el enorme nudo que ella misma ha atado. Si las cosas son demasiado simples, no cree en ellas, porque ella no tiene nada que hacer -- porque ansía hacer, a todas costa. Ese es su alimento y subsistencia -- es subsistencia del ego. Pero la pontificación e vanidad del ego pueden ocultarnos una absoluta simplicidad, una suprema facilidad, un supremo no hacer eso, es el arte de hacer bien. Hemos tenido que hacer y hacer nuevamente, deambular alrededor de las huellas de la mente para individualizar un fragmento de esa formidable, inmensa Fuerza de Conciencia, esa universal Armonía de Energía, para hacerla auto-consciente, ya que estaba, en una forma y en billones de formas. Pero, ¿no ha llegado el tiempo, al final del largo trayecto de la pequeña llama, para romper el molde que nos ayudó a crecer y a redescubrir la totalidad de la Conciencia y de la Energía y de la Armonía en un pequeño centro de existencia, un pequeño punto de materia, en una pequeña nota clara, y dejar que Eso haga, que Eso cambie nuestros ojos, que Eso impregne nuestros tejidos, que Eso amplíe nuestra sustancia -- para dejar que un Niño supremo quien corre por las grandes praderas del mundo, juegue en nosotros y para nosotros, si queremos, porque él está en nosotros? Esta difícil transmutación puede no ser tan difícil después de todo. Debe ser tan simple como la verdad, simple como un niño jugando. Tal vez todo depende simplemente de que si deseamos tomar el sendero de la dificultad -- el sendero de la mente inflándose desesperadamente para tratar de inflarse hasta el tamaño del universo, el sendero de los "peros" y de los "por qué" y "cómo" y todas las implacables leyes que nos sofocan una y otra vez en nuestra camisa de fuerza mental -- o el sendero del pequeño algo desconocido colándose a través del aire, centellando en el aire, haciendo guiños en cada esquina de calle y en cada encuentro, en todo, todas las trivialidades del día, como llevándonos hacia un indescriptible despertar dorado en el cual todo es fácil y simple y milagroso -- ¡estamos justo en el medio del milagro! Estamos en plena estación supramental. Está golpeando a todas nuestras ventanas cerradas, a todos nuestros países, nuestros corazones, nuestros sistemas que se están desmoronando, nuestras vacilantes leyes, nuestras titubeantes sabidurías, en nuestras miles de enfermedades que continúan apareciendo, nuestras miles de pequeñas mentiras abandonando la barca en zozobra -- está deslizándose suavemente su dorada barca debajo de las antiguas apariencias especiosas. Está cultivando sus inesperados brotes debajo de los viejos harapos, aguardando a que una diminuta pequeña fisura surja hacia el espacio abierto, un diminuto pequeño llamado. La transmutación no es difícil, está toda ahí, ya realizada, sólo aguardándonos a que abramos nuestros ojos a la irrealidad de la miseria y de la falsedad y de la muerte y nuestra impotencia -- a la irrealidad de la mente y las leyes de

la mente. Está esperando nuestro saltus radical hacia el futuro de la verdad, nuestra masa sublevándose contra la vieja jaula, nuestra huelga general contra la Máquina. ¡Oh! Dejémoselo a los ancianos, los viejos ancianos del viejo mundo, los viejos creyentes en la miseria y en el sufrimiento y en la bomba y en los evangelios que bregan por una porción del mundo, para poner en funcionamiento a su chirriante máquina por unos pocos días más, para tener disputas por las fronteras, discutir sobre reformas de la decadencia, debatir acuerdos de desacuerdo, acumular bombas y conocimiento falso y bibliotecas y museos, predicar a lo bueno y lo malo, predicar al amigo y al enemigo, predicar al país y al no-país, construir más y más máquinas y supermáquinas y cohetes a la luna y miseria para todo recurso -- dejémosles las últimas convulsiones de la falsedad, los últimos gritos de la decadencia, nosotros a quienes no nos interesan países, fronteras, máquinas y todo ese futuro tapiado, nosotros quienes creemos en un etéreo e inexpresable algo que está llamando a las puertas del mundo y llamando en nuestros corazones, en un futuro completamente nuevo, completamente claro y vibrante y maravilloso, sin fronteras, sin leyes, sin evangelios, más allá de sus posibilidades e imposibilidades, su bueno y malo, sus pequeños países y pequeños pensamientos -- nosotros quienes creemos en la Verdad, en la suprema belleza de la Verdad, la suprema alegría de la Verdad, el supremo poder de la Verdad. Nosotros somos los hijos de un Futuro más maravilloso que ya está ahí, que surgirá al espacio abierto por nuestro grito de confianza, llevándose a la vieja maquinaria como a un sueño irreal, una pesadilla de la mente, un viejo fuelle llenado sólo con tanto aire como todavía consentimos a prestarle. La transmutación tiene que ser hecha en nuestros corazones, la última revolución a ser llevada a cabo, la revolución supramental de la especie humana -- como otros han lanzado a la revolución humana entre los simios -- su gran rebelión contra la Máquina, su huelga general contra el conocimiento mental, el poder mental y las fabricaciones mentales -- contra la prisión mental -- su masiva deserción del viejo surco del dolor, y su llamado por lo que tiene que ser, su simple grito por la verdad en medio de los escombros de la era mental: la verdad, la verdad, la verdad, y nada sino la verdad.

Entonces la Verdad será.

Porque es simple como un niño y responde al menor llamado.

Y hará todo por nosotros.

Referencias y Notas

La mayoría de las citas de Sri Aurobindo se refieren a la edición completa de sus trabajos en 30 volúmenes (la Edición Centenaria) y están indicadas por el número de volumen seguido por la página. La referencia se hace en particular a los siguientes volúmenes:

5-Poemas recopilados

15-El Ideal de la Unidad Humana

17-La Hora de Dios

20-La Síntesis del Yoga

26-Sobre Sí Mismo

28-Savitri

29-Savitri

1. Savitri, 28:256.
2. Sri Aurobindo, Savitri, 28; 370.
3. Sri Aurobindo, La Hora de Dios, 17:1.
4. La Síntesis del Yoga, 20:82.
5. Sri Aurobindo, "Musa Spiritus", 5:589.
6. Sri Aurobindo, "Final del Trayecto", 5; 570.
7. Este sendero ascendente ha sido descrito en Por el Cuerpo de la Tierra y los planos superiores de la mente han sido discutidos en Sri Aurobindo o la Aventura de la Conciencia.
8. Sri Aurobindo, "Una Labor de Dios", 5:99.
9. Rig Veda, III.22.2.
10. Rig Veda, I.70.2
11. Rig Veda, I.59.1.
12. Rig Veda, III.39.5.

13. Katha Upanishad, V.8.
14. Rig Veda, II.1.12.
15. Rig Veda, I.179.1.
16. Brihadaranyaka Upanishad, IV.5.4.
17. Pemsamientos y Aforismos, Nro. 383.
18. Mundaka Upanishad, II.2.12.
19. Swetaswata Upanishad, IV.3.4.
20. Chhandogya Upanishad, VI.8.7.
21. Rig Veda, II.24.4.
22. Un esquema geométrico utilizado por los ocultistas tántricos para materializar determinadas fuerzas.
23. Rig Veda, III.7.II.
24. Sri Aurobindo, "Los Cielos de Vida," 5:575.
25. Sri Aurobindo, El Ideal de la Unidad Humana, 15:558.
26. Nirodbaran, Correspondencia con Sri Aurobindo, II.112.
27. Sri Aurobindo, "Una Labor de Dios," 5:99.
28. Madre, Conversación de Septiembre 16, 1953.
29. Madre, Algunas Palabras de la Madre, p. 31.
30. Sri Aurobindo, Sobre Sí Mismo, 26:375-76.
31. Sri Aurobindo, Savitri, 28:183.
32. Sri Aurobindo, La Síntesis del Yoga, 20:253.
33. Trono (en particular para líderes espirituales).
34. Sri Aurobindo, Savitri, 29:573.
35. Poderes.
36. Sri Aurobindo, Savitri, 28:35.
37. Sri Aurobindo, Sobre Sí Mismo, p. 172.
38. Sri Aurobindo, "Surgió una Voz," 5:117.

39. Sri Aurobindo, Savitri, 28:59.
40. Sri Aurobindo, "La Luz Dorada," 5:134.
41. Rig Veda, V.1.2, V.1.9.
42. Sri Aurobindo, "El Mudo Inconsciente," 5:163.
43. A.B. Purani, Charlas del Atardecer con Sri Aurobindo, II.291.
44. Rig Veda, I.71.2.
45. Katha Upanishad, I.I.7.
46. Sri Aurobindo, "Una Labor de Dios," 5:101.
47. Sri Aurobindo, "El Peregrino de la Noche," 5:132.
48. Pensamientos y Aforismos, Nro. 376.
49. Sri Aurobindo, Savitri, 28:85.
50. Rig Veda, I.97.5, I.59.7, III.4.2., I.31.7.
51. Sri Aurobindo, Savitri, 29:531.
52. Ver Sri Aurobindo o La Aventura de la Conciencia.
53. Arthur Avalon, El Poder de la Serpiente, p. 96.
54. Rig Veda, I.10.1.
55. Sri Aurobindo, Savitri, 28:343-44.